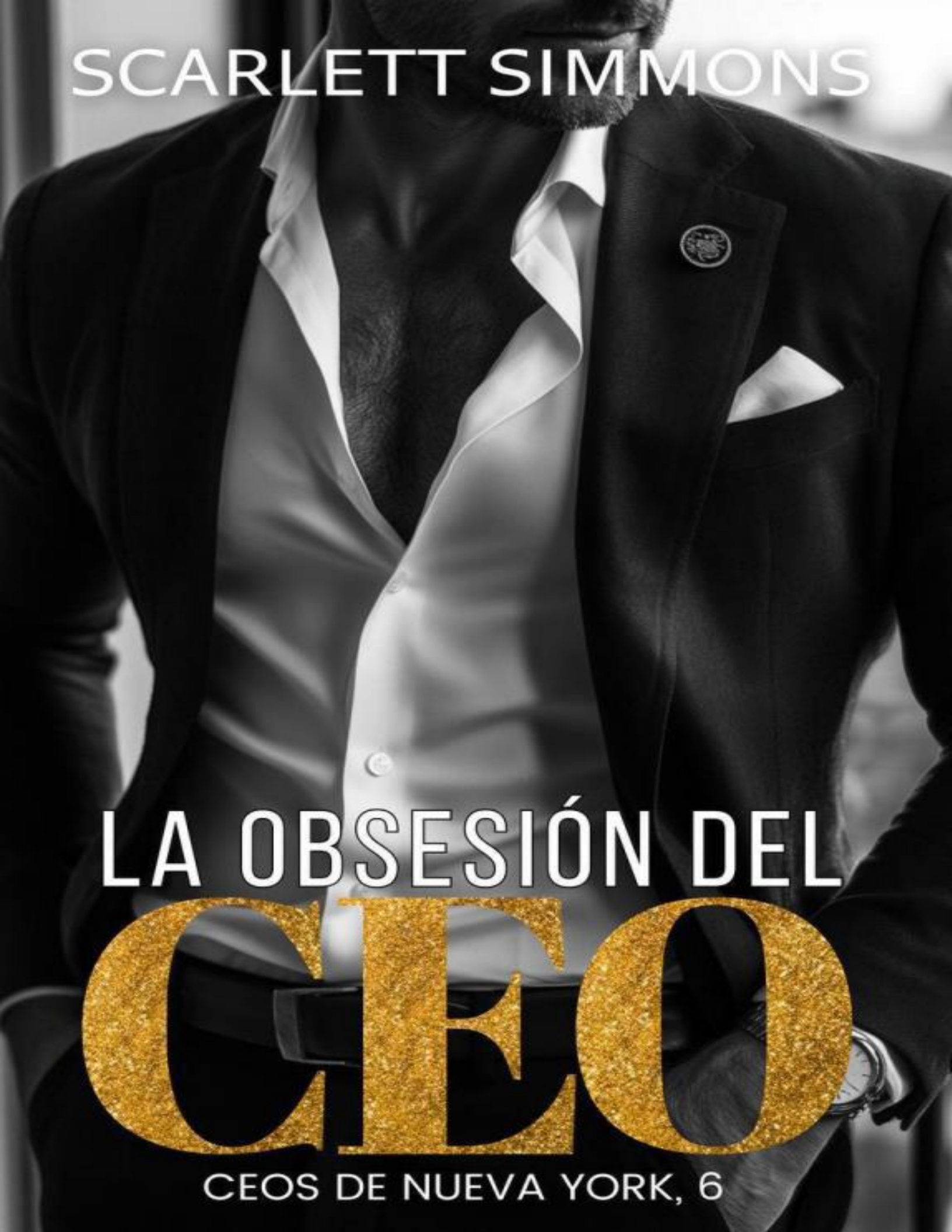




SCARLETT SIMMONS

LA OBSESIÓN DEL
CEO

CEOS DE NUEVA YORK, 6

LA OBSESIÓN DEL CEO
Scarlett Simmons

SERIE

CEOS DE NUEVA YORK

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2025

Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons

Imagen de cubierta generada por IA (MidJourney)

Distribuido por Amazon

Registrado en CEDRO

Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

SERIE CEOS DE NUEVA YORK

de Scarlett Simmons

La serie CEOs de Nueva York recoge seis historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, empresario y dirigente, con diferentes problemas que irás descubriendo. Cada uno por una razón diferente se relaciona con la protagonista femenina según el *troppo* que utilice en la historia.

En esta sexta novela *La obsesión del CEO*, encontramos a Bradley Westbrook, que acaba de heredar la empresa de su padre y una costumbre que detesta: celebrar la fiesta anual de la corporación la noche de San Valentín.

Un CEO que desea seguir los pasos de su padre, ser merecedor del puesto que ha heredado, ser aceptado por los empleados e impresionar a unos inversores europeos que estarán en la fiesta, a pesar por su doble obsesión: tenerlo todo bajo control y odiar la cursilería del día más romántico del año. La empresa que les organiza todos los eventos, Luxe Events, envía a una encargada diferente y que, por supuesto, adora San Valentín.

Ideas contrarias, encuentros casuales fuera de la oficina, moscones que se creen con derecho a todo, malos entendidos y hasta un conato de incendio, serán los ingredientes de esta novela tan tierna como romántica.

Te dejo con esta historia, la sexta de la serie. Te recuerdo que son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees.

Por orden de publicación, encontrarás estos títulos:

La ambición del CEO

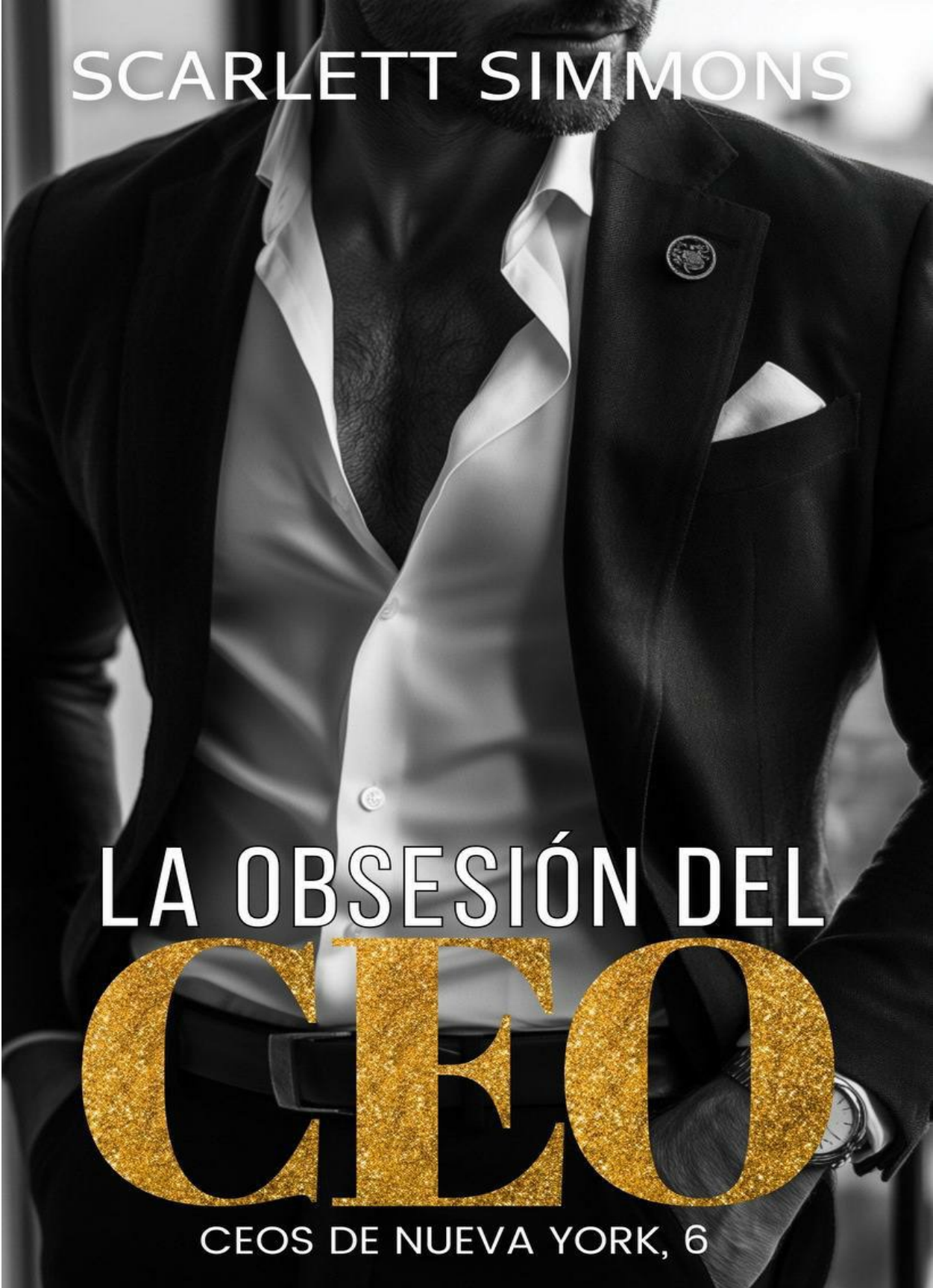
El misterio del CEO

La desconfianza del CEO

La arrogancia del CEO
Fin de año con el CEO
La obsesión del CEO

Encuéntralas aquí:



A black and white photograph of a man from the chest up. He is wearing a dark suit jacket over a light-colored dress shirt that is unbuttoned at the collar. He has a beard and is looking slightly to the side. The background is blurred.

SCARLETT SIMMONS

LA OBSESIÓN DEL
CEO

CEOS DE NUEVA YORK, 6

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



S.S.

INDICE

<u>Capítulo 1</u>
<u>El control lo es todo</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Lo que no se planifica</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Lo que el control no prevé</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Lo peor de lo mejor</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Juego de miradas</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Noches sin tregua</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Sombras entre globos</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>La semana de las dudas</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Ecos del fin de semana</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>La recta final</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>La sospecha</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Entre el hielo y el fuego</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Corazones en llamas</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>En el ojo del huracán</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Sombras y fuego</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>La magia comienza</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Corazones en la pista</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Despertar inesperado</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Un día en Los Hamptons</u>

Epílogo

Un San Valentín inolvidable

CAPÍTULO 1

El control lo es todo

Brad

Nada en mi despacho estaba por casualidad. Cada detalle proyecta el poder que me otorga mi cargo y la seriedad con la que deseo gestionar la empresa. Desde el frío mármol negro del suelo hasta las paredes de cristal que ofrecen una vista panorámica del *skyline* de Nueva York. La luz de la mañana rebota en las superficies pulidas, y crean reflejos que, como todo aquí, están bajo control. En mi despacho de la planta cuarenta y cinco de la torre Westbrook, nada está fuera de lugar y, por supuesto, nada se deja al azar. Esa es mi norma: control absoluto. Quizá por eso odio tanto la idea de organizar una fiesta de San Valentín. Me parece innecesaria, una distracción superflua en una empresa que se construyó sobre la eficiencia y los resultados.

Miro el informe trimestral que tengo delante, con la intención de encontrar cualquier dato que pueda necesitar antes de la reunión con el consejo. La fiesta anual de San Valentín, sin embargo, me quema en la mente de forma obsesiva. No es algo que vaya a organizar por gusto. Durante años, ha sido una tradición en la empresa, un evento que los empleados esperan con ansias, porque es la fiesta anual en la que todos se relajan, y al que nunca acudí antes de ser el CEO. «Es un incentivo para mejorar la moral», me dijeron cuando heredé la compañía de mi padre hace ocho meses. Para mí, solo es una herramienta más, una manera de mantener a los equipos motivados y, quizá, impresionar a algunos clientes potenciales que suelen asistir. Este año, además, estamos en plena negociación con una importante inversora europea que no duda en mezclar negocios con eventos sociales. La fiesta no puede fallar, por más que me pese tener que celebrar una fecha tan absurda, por mucho que mi padre pensara que era necesaria.

El sonido de unos tacones atraviesa el silencio en el que me he sumergido y me distrae. Alzo la vista justo cuando la puerta se abre. Espero ver a Shannon Morgan, la organizadora de eventos con la que había acordado trabajar, persona de confianza de mi padre y con la que tengo una cita a las doce en punto, pero en su lugar entra una mujer completamente desconocida.

Es alta, con el pelo castaño recogido en un moño algo descuidado, y que parece accidentalmente perfecto. Sus ojos, grandes y de un verde intenso, me miran con desconfianza y desafío, o así me lo parece a mí. Lleva un traje gris perla, ajustado, que le da un toque profesional y que resalta sus curvas sin insinuarse. Siento algo en su presencia que me obliga a enderezarme en la silla. Su porte es relajado y firme al mismo tiempo, con la seguridad de alguien que sabe cómo actuar sin pedir permiso. Imagino que le habrán hablado de mí y viene bien preparada.

—Buenas tardes, señor Westbrook. Soy Amanda Hayes. Me envían de Luxe Events para ocuparme de la fiesta de San Valentín.

Sus palabras me desconciertan. Frunzo el ceño mientras cierro el informe que examinaba hace unos segundos. Me levanto para darle la mano muy a mi pesar.

—¿Amanda Hayes? Pensaba que trataría con Shannon Morgan. No me han informado de ningún cambio.

—Shannon tuvo una emergencia personal y yo soy su sustituta. Llevamos años trabajando juntas —contesta sin inmutarse, con un tono firme y seguro—. Le aseguro que estoy perfectamente preparada para organizar el evento al mismo nivel al que están acostumbrados.

No suelo tolerar cambios inesperados y, mucho menos, cuando alguien entra en mi oficina con esa actitud tan soberbia. La observo durante unos segundos, mientras trato de decidir si su confianza es real o solo una imagen que proyecta para ganar clientes.

—Espero que así sea, porque no tengo tiempo para errores ni ganas de dedicarle a esa fiesta ni un minuto; para eso les contrato a ustedes —respondo, y bajo la mirada para hacer unos garabatos en la hoja en blanco que he preparado para tomar notas. Mirarla a ella me desconcierta y no es mi deseo que se dé cuenta de una falta de control en mí.

Amanda Hayes suelta una risa tranquila, casi imperceptible. No es una carcajada, sino un sonido sutil que me resulta desafiante.

—No se preocupe, señor Westbrook. Nosotros nos ocupamos de todo, como siempre. Usted solo tendrá que asistir si no desea involucrarse en nada más. Solo necesito su aprobación al proyecto que le voy a presentar y vía libre para llevarlo a cabo con el equipo que formemos.

Esa osadía en sus palabras me hace alzar la vista de nuevo. Amanda coloca una carpeta sobre mi escritorio y, con un gesto elegante, toma asiento sin esperar a que se lo ofrezca. Su postura, relajada y segura al mismo tiempo, me irrita tanto como me intriga. ¿Qué se ha creído?

—Muy bien —afirmo, al tiempo que cruzo los brazos—. Convénzame de que esta fiesta no es una completa pérdida de tiempo y de recursos, y que su trabajo merece cada céntimo que le voy a pagar a Luxe Events. Tiene que encantar a los invitados; pero no se haga ilusiones, conmigo no lo va a conseguir, así que ni se moleste en hacerlo a mi gusto, siempre que respete mis normas de sobriedad y elegancia.

Amanda abre la carpeta y comienza a hablar. Su voz es clara, segura, y sus ideas son sorprendentemente creativas. Propone transformar el salón principal de la torre en un espacio sofisticado, con un diseño minimalista pero impactante. Sugiere llevar a cabo actividades que fusionen el *branding* de la empresa con una experiencia inolvidable para los asistentes. Aunque no pienso admitirlo, me encuentro impresionado por su presentación.

Cada pregunta o crítica que lanzo la responde con rapidez. Amanda no solo parece tener respuestas para todo, sino que sus propuestas son tan lógicas como originales. Sus gestos son seguros, acompañados por una ligera inclinación de la cabeza que parece subrayar cada afirmación. Sin embargo, sigo sintiendo una profunda resistencia. Esta fiesta representa todo lo que detesto: sentimentalismos innecesarios, disfrazados de algo profesional. No entiendo que a mi padre se le ocurriera esta tontería y por eso nunca he participado. Pero también sé que cancelar el evento podría ser un error estratégico. Los empleados lo esperan, y la inversora europea estará observando cada detalle. No es momento de que se rebelen contra mí.

—Está bien —digo cuando termina, tras una pausa calculada para ponerla nerviosa, cosa que

no consigo—. Acepto sus propuestas, pero con una nueva condición: aunque no desee involucrarme en algo tan estúpido, es dinero de la empresa y quiero estar al tanto de cada detalle para que no se salga de la línea que me ha dicho, sin cursiladas de San Valentín. Vendrán clientes y unos inversores muy importantes, cuyos nombres ya le daré para que los trate como VIP. Si algo sale mal, no dudaré en buscar otra agencia.

Amanda cierra la carpeta y me lanza una sonrisa que me desconcierta. No se muestra ni complaciente ni nerviosa por mis palabras, sino que me regala una sonrisa desafiante. Creo que acaba de aceptar un juego en el que piensa ganar.

—Entendido, señor Westbrook. Mañana le enviaré el primer informe detallado con el *planning* y lo que necesito de la empresa para formar equipo y empezar.

Cuando se levanta y comienza a caminar hacia la puerta, sigo cada uno de sus movimientos con la mirada. Amanda Hayes tiene carisma. No es como la mayoría de las mujeres que trato, y noto que ha perturbado la calma de la seriedad de mi despacho. Quizá sea la forma en que ha desafiado mi autoridad hasta el límite en el que no iba a protestar. Quizá sea el eco de sus palabras que aún resuenan en mi mente: «La perfección también necesita un toque de espontaneidad», dijo entre otras muchas cosas en su presentación y no sé si ha sido casual o ha querido enviar una flecha a mi fama de obsesivo del control.

Cuando la puerta se cierra tras ella, suelto un suspiro y me recuesto en el respaldo de la silla. Espero que Amanda Hayes no haya llegado para trastocar mi orden. Solo me faltaba tener que supervisar a una novata con lo tranquilo que estaba con Shannon. Tendré que llamarla para que me dé referencias y que sepa que no estoy contento con los cambios de última hora de su empresa. El control no admite variables inesperadas, pero Amanda parece haber llegado para desafiar esa norma.

CAPÍTULO 2

Lo que no se planifica

Amanda

No puedo creer que me haya tocado él. Cuando Shannon me llamó hace dos días diciendo que tenía una emergencia familiar y que necesitaba que la cubriera con la cuenta de Westbrook Enterprises, pensé que estaba exagerando. ¿Cómo de difícil podía ser reunirse con un CEO que, según ella, era el cliente más exigente pero también el más rentable? Ahora lo entiendo.

El tipo me miró como si fuera una becaria que había entrado por error a su oficina. Su ceño fruncido, esa mirada gélida que parecía atravesarme, y el tono de voz condescendiente fueron suficientes para que mi orgullo se encendiera como un incendio forestal. La primera impresión fue pésima. Bradley Westbrook, el CEO al que le entregaron la empresa en bandeja hace menos de un año, actúa como si llevara toda la vida dominando el mundo. Ese aire de superioridad es tan evidente como el corte perfecto de su traje.

Cuando entré en su despacho, me sentí pequeña. No porque él me intimidara —o eso me gusta pensar—, sino porque todo en esa oficina grita poder y perfección. Las paredes de cristal ofrecen una vista de Nueva York que corta el aliento, pero también me hizo preguntarme cómo debe ser vivir tan lejos del suelo, tan alejado de las personas reales. Los muebles son minimalistas, carísimos y perfectamente dispuestos. Hasta el aire parece estar calculado para no perturbar un equilibrio que me pareció muy superficial.

Y luego está él. Alto, de complexión fuerte y elegante, con el pelo oscuro, perfectamente desordenado, y ni un solo detalle fuera de lugar. Sus ojos grises no paraban de escrutarme, como si intentara decidir si yo era digna de ocupar su tiempo. Seguramente esperaba que me disculpara por no ser Shannon Morgan, su organizadora de eventos habitual, pero no quise darle ese gusto. Su porte de modelo de revista masculina no encaja con la idea que me había hecho de él cuando me dijeron que es de trato más distante que su padre y que le gusta tenerlo todo planificado y bajo control.

—Shannon tuvo una emergencia personal y yo soy su sustituta —le dije con mi mejor voz profesional, aunque por dentro deseaba soltarle alguna indirecta mordaz.

—Espero que esté a la altura —fue su respuesta, sin siquiera molestarse en disimular su escepticismo.

Estupendo. Ahora, además de lidiar con los detalles de una fiesta que tiene que ser impecable, también tengo que ganarme la confianza de un hombre que probablemente no confía ni en su sombra. Y no solo eso, sino que no quiere la decoración típica de San Valentín, con lo que a mí me gusta. Me propuse mantener la calma y demostrarle que no necesita a Shannon Morgan.

Aunque, siendo honesta, me encantaría ver cómo se le torcería esa expresión arrogante si algo se saliera del control que tanto idolatra. Una idea fugaz de niña mala atraviesa mi mente. «No, Amanda, ni te atrevas a contravenir sus normas», me digo. Pero la idea sigue ahí, juguetona y posible.

Cuando me pide que lo convenza de que esta fiesta no es una completa pérdida de tiempo, me contengo para decirle de todo. Lo escucho hablar de eficiencia y recursos como si fueran su mantra personal y, todo lo que puedo pensar es: «¿Cómo puede alguien vivir tan desconectado de la realidad?». Para él, esta fiesta es un obstáculo en su apretada agenda, una molestia que no merece su atención, excepto porque tiene que tratar con unos inversores extranjeros. Pero para mí, es una oportunidad. No solo para demostrar a mis jefes que soy tan buena como Shannon, sino para recordarme a mí misma que puedo conseguir cualquier cosa que me proponga, por mucho que comience torcida.

—Muy bien, señor Westbrook. Esta fiesta será todo menos una pérdida de tiempo —le aseguro mientras coloco la carpeta sobre su escritorio. Empiezo a explicarle mi propuesta, consciente de que cada palabra debe ser impecable y ajustada a sus ideas.

A medida que avanzo con la presentación, puedo sentir cómo su atención cambia. Al principio, parecía escucharme solo por educación —o quizá porque no tenía otra opción—, pero ahora noto en su postura una actitud de alerta. Sus preguntas son incisivas, pero yo tengo respuestas para todo. Shannon me enseñó bien, y no voy a dejar que este hombre me haga tambalear.

Sin embargo, hay algo en su forma de interrogarme que me irrita y me intriga al mismo tiempo. Bradley Westbrook no solo busca perfección, busca control. Y algo me dice que mi presencia aquí no encaja con su plan. Eso me motiva aún más para hacer de esta fiesta el evento del año en Manhattan. Quiero que vea que, aunque no sea Shannon, puedo hacer esto tan bien o mejor que ella.

Cuando, al terminar la conversación, acepta mis propuestas, siento alivio, pero, sobre todo, supone un pequeño triunfo, mayor del que he obtenido con mis proyectos anteriores. Aunque insiste en recibir actualizaciones constantes —como si no confiara en que puedo gestionar esto sola—, me quedo con la satisfacción de haber superado la primera prueba. Salgo de su despacho con la cabeza en alto, aunque por dentro mi corazón late como loco. ¿Era realmente necesario que tuviera esa mirada tan intensa en sus preciosos ojos grises? Es como si pudiera verte el alma y juzgar cada imperfección.

En el ascensor, aprovecho que no hay nadie y me apoyo en la pared del cubículo con los ojos semi cerrados. Respiro hondo y trato de sacudirme la tensión. ¡Vaya primer encuentro! No esperaba que fuera un cliente fácil, pero tampoco imaginaba que me encontraría con alguien tan... desconcertante. No es solo su actitud de superioridad, es algo más. Algo que me hace sentir como si hubiera entrado en un campo de batalla sin darme cuenta.

De vuelta en la oficina, Shannon me llama para saber cómo ha ido todo.

—¿Y bien? ¿Ha sido tan terrible como pensabas? —pregunta con una voz cansada pero curiosa.

—Peor —le respondo mientras me apoyo en el respaldo de mi silla—. Es como un robot con traje caro. Pero aceptó las propuestas, así que, por ahora, sobrevivimos. No me he hecho cambiar

nada, solo me ha pedido que no sea cursi.

Shannon se ríe al otro lado de la línea.

—Sabía que podrías con él. Eres más fuerte de lo que crees, Amanda. Recuerda, estos tipos quieren resultados, y tú sabes cómo dárselos.

—Lo sé. Pero no prometo no imaginármelo tropezando «sin querer» con una bandeja de champán el día de la fiesta.

Ambas nos reímos, y, por primera vez en todo el día, siento que puedo relajarme un poco. Miro la lista de tareas pendientes que tengo por delante y suspiro. Me espera mucho trabajo en las próximas dos semanas y sé que lidiar con Bradley Westbrook no será fácil. Pero si algo tengo claro es que esta fiesta va a ser la mejor que haya visto en su vida. Lo juro por mi hija.

CAPÍTULO 3

Lo que el control no prevé

Brad

El correo de Amanda llega justo a las ocho de la mañana, como había prometido. Es tan puntual como eficiente. Abro el archivo adjunto con mucha cautela y con expectación por ver qué nos envía. La planificación es detallada, meticulosa y, a simple vista, impecable. Cada espacio de la torre está asignada a una función precisa, desde el salón principal hasta las salas de reuniones que se usarán como zonas de descanso. Incluso hay un apartado con sugerencias de cócteles personalizados para los inversores y juegos para que los empleados interactúen entre ellos. Amanda Hayes no se deja nada al azar.

Reviso el calendario que propone y veo que ha reservado una reunión conmigo a las once para hacer un recorrido por los espacios. Respiro hondo. Esto debería ser rápido, pero algo me dice que con Amanda nunca es suficiente.

Cuando bajo al salón principal, Jeff, el asistente que he asignado para el proyecto de San Valentín, ya está allí con Amanda. Ella lleva un vestido negro sencillo y ajustado, acompañado de una chaqueta clara. Profesional, sin duda, pero también imposible de ignorar porque no pasa desapercibida. Reconozco que no me fijé tanto en la primera reunión, quizá por lo ofuscado que estaba al no encontrar a Shannon. Hoy Amanda lleva el pelo suelto, y sus ojos verdes parecen estudiar cada rincón con una concentración que me hace sentir que nada podría escapársele.

Jeff, aunque parezca increíble, se comporta como un adolescente y no pierde la oportunidad de ser un completo idiota. Mientras Amanda le explica cómo planea sacar partido a la iluminación natural de las ventanas, él aprovecha para acercarse más de la cuenta a ella o le suelta algún comentario innecesario sobre su vida personal.

Observo la escena desde unos metros de distancia y me doy cuenta de que Amanda endurece ligeramente la mandíbula cada vez que Jeff se acerca a ella, sobre todo cuando le habla en un tono meloso. Ella le ofrece respuestas educadas y demasiado corteses, pero la tensión en su postura es evidente. Nunca había visto así a Jeff o, al menos, jamás se ha comportado de esta forma en mi presencia, y me doy cuenta de que esto no va a funcionar.

—Jeff, ve a comprobar que el equipo de mantenimiento tiene todo lo que necesita en la sala de conferencias —le digo, cortando su monólogo sobre lo bien que quedará la decoración con ella de anfitriona.

Mi asistente me lanza una mirada confundida, pero asiente y se marcha. Cuando por fin estamos solos, Amanda deja escapar un suspiro apenas audible. Me acerco y me coloco junto a ella, guardando una distancia prudente, mientras observo la luz que entra por los ventanales.

—Lo siento —digo, sin rodeos—. Jeff... No sé qué decir. No me esperaba esa actitud.

Amanda me mira, y se cruza los brazos sobre el pecho en señal de protección. O de enfado. Por su expresión, no sé si considera aceptar mi disculpa o hacerme pagar por lo ocurrido.

—No se preocupe, estoy acostumbrada a lidiar con ese tipo de gente, por desgracia —responde, aunque su tono deja claro que preferiría no tener que hacerlo.

Camino unos pasos hacia el centro del salón y me giro para mirarla.

—No debería tener que acostumbrarse. Haré que otra persona se encargue de ayudarla con lo que necesite. Quizá prefiera trabajar con Laura, mi asistente de proyectos. Es discreta y eficiente.

Amanda parece sorprendida por mi reacción, pero luego asiente con una leve sonrisa.

—Gracias. Sería de gran ayuda.

El resto del recorrido transcurre con más fluidez. Amanda me explica cómo planea usar la terraza para una recepción al atardecer y, aunque me cuesta porque no me gustan las fiestas, logro imaginar el espacio transformado bajo la luz cálida de las lámparas y las velas. Su pasión por los detalles es evidente y, a pesar de que intento concentrarme en los aspectos técnicos, me descubro admirando cómo se ilumina su rostro cuando habla de lo que solo ella ve en su cabeza.

De vuelta en mi despacho, Amanda toma asiento frente a mí y coloca una carpeta sobre la mesa.

—Aquí tiene un desglose del presupuesto actualizado, con algunas alternativas para reducir costes si es necesario, y los menús que propone la empresa de catering para elegir, con opciones veganas. Se puede adaptar si hay alguien intolerante a algún alimento, alergias, etcétera.

Tomo la carpeta, pero no la abro. En cambio, la miro a ella directamente.

—Quiero que sepa que lamento cualquier incomodidad que Jeff haya podido causarle. No volverá a ocurrir.

Amanda se recuesta ligeramente en la silla, con los labios curvados en una sonrisa forzada que no veo en su mirada.

—Agradezco su preocupación, señor Westbrook. Pero estoy aquí para trabajar, y puedo manejar ese tipo de situaciones mejor de lo que cree.

—Lo sé. Pero no debería tener que hacerlo —insisto.

Por un instante, el aire entre nosotros parece menos frío. Amanda asiente lentamente y recoge su bolso.

—Gracias por el recorrido. Mañana le enviaré el cronograma actualizado y la disposición de las mesas y del estrado, según lo que hemos hablado.

Cuando se levanta para irse, la acompaño hasta la puerta. La observo salir y, durante unos segundos, me quedo atrapado en la forma en que su vestido se ajusta a las caderas al andar, las piernas de vértigo, perfectas, y la seguridad en sus pasos, como si nada pudiera detenerla. Entonces, la imagen de Amanda con el gesto endurecido cuando Jeff se acercó más de lo correcto con sus insinuaciones, hace que algo en mi interior se revuelva.

Vuelvo a mi escritorio y me siento, me paso las manos por la cabeza ante de apoyar los codos

en la mesa y pensar en lo que acaba de ocurrir. Las mujeres como Amanda Hayes, inteligentes y buenas en lo que hacen, deberían ser valoradas solo por su trabajo, pero están obligadas a demostrar más de lo necesario, más que si fueran un hombre. Es injusto para ella y la idea de que alguien como Jeff, o cualquier hombre, la haga sentir incómoda, me molesta y no sé por qué. No es algo que me hubiera planteado antes, sin embargo, verlo de cerca, la expresión de Amanda que se traga el asco por el bien del proyecto, me ha hecho darme cuenta. Porque, sin duda, ella es una mujer muy guapa y tiene un cuerpo de escándalo, pero, en el trabajo no debería ser valorada solo por su físico. Eso me recuerda que tengo que hablar con Shannon Morgan para que me convenza de que es la persona idónea para que la fiesta de San Valentín sea un éxito.

Marco su número y espero a que conteste. Shannon atiende al tercer tono con su voz habitual, siempre calmada y segura.

—¿Señor Westbrook? ¿Todo bien? Pensé que Amanda ya había resuelto los detalles contigo.

—Llámame Brad, por favor, siempre te lo tengo que pedir. Sí, de Amanda te quería hablar. Está haciendo un buen trabajo —respondo, acomodándome en la silla—. Pero quiero asegurarme de que es la mejor opción para manejar este evento, ya que estamos acostumbrados a trabajar contigo. Necesito que sea impecable.

Shannon suelta una pequeña risa.

—¿La mejor opción? Bradley, Amanda es más que capaz. Te aseguro que no solo sabe lo que hace, sino que lo hace mejor que la mayoría. La entrené yo misma y, si algo he aprendido, es que Amanda trabaja mejor bajo presión. Hemos hecho muchos eventos juntas y, además, adora su trabajo. Siento no haber avisado con más tiempo, pero estoy segura de que si notas el cambio, será para bien.

—No lo dudo —admito—. Bueno, también quería comentarte otra cosa por si ella te dice algo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Shannon, con un tono más serio ahora.

—Mi asistente, por ejemplo. Hoy estuvo más pendiente de acercarse a Amanda que de lo que decía. Como mujer, me refiero. Lo he apartado y le he asignado a Laura Weston, no quiero que esas situaciones sean un problema.

Shannon suspira al otro lado de la línea.

—Eso no me sorprende, pero me alegro de que lo hayas notado. Amanda tiene una gran capacidad para mantener la calma en esas situaciones, que le ocurren a diario, pero sí, estoy de acuerdo. Haré que mi equipo se coordine con ella para que tenga todo lo que necesite y no haya que lidiar con tonterías.

—Gracias, Shannon. Aunque deteste San Valentín y lo que representa, esta fiesta debe ser perfecta. Y si dices que Amanda puede lograrlo, tienes mi total confianza.

Cuando cuelgo, me quedo mirando el teléfono, absorto en mis pensamientos. Amanda Hayes no es solo buena en su trabajo; es excepcional según su jefa. Mejor, así podré dejarla a su aire y no tendré que encontrarme con ella ni estar pendiente de que se cumplen mis normas. Debo reconocer que me he sentido tan perturbado por su presencia como Jeff y es mejor evitar la tentación.

CAPÍTULO 4

Lo peor de lo mejor

Amanda

Hay días en los que amo mi trabajo y otros en los que me pregunto si realmente merece la pena. La mayoría del tiempo, organizar eventos es un desafío que disfruto, un juego constante de creatividad, organización y logística. Pero lo peor, sin duda, es tener que lidiar con hombres que piensan que el hecho de ser una mujer guapa me convierte automáticamente en parte del decorado. Como si mi opinión profesional fuera algo secundario frente a mi aspecto. Me revuelve el estómago.

Llevo años luchando para llegar donde estoy. Trabajé horas interminables, aprendí de los mejores y, sí, también tuve que tragarme demasiadas «sonrisas babosas» como las que Jeff me dedicó hoy. Pero no he llegado hasta aquí para dejar que hombres como él me hagan sentir como un objeto sexual. Me prometí a mí misma hace mucho tiempo que no permitiría que sus comentarios o insinuaciones afectaran a mi trabajo. Y hasta ahora, lo he cumplido.

En el taxi de vuelta a la oficina, dejo que mis pensamientos se arremolinen como un torbellino. Agradezco que Bradley Westbrook interviniera. Aunque deteste admitirlo, su disculpa y el cambio de asistente fueron un gesto inesperado. A pesar de su frialdad inicial, parece que hay algo de decencia bajo esa fachada de robot corporativo. Claro que no lo suficiente como para que olvide su actitud condescendiente en nuestra primera reunión.

Cuando llego a mi despacho, abro el portátil y reviso los correos que han llegado durante el día. Mi equipo ha avanzado en la selección de proveedores y, por suerte, la mayoría ya han confirmado su disponibilidad para el evento. Marco varias tareas para revisar mañana, pero antes de cerrar el ordenador, mi asistente, Mónica, se asoma a la puerta.

—Amanda, tenemos un problema con la floristería. Dicen que no pueden garantizar las flores que pediste porque hay escasez en el mercado.

—¿Escasez? —repito, sintiendo que la tensión empieza a instalarse en mis hombros—. Perfecto, justo lo que me faltaba para acabar el día —digo con ironía—. Adiós a mi sueño de un baño con sales y una copa de vino.

Mónica me lanza una mirada comprensiva antes de entrar y cerrar la puerta tras ella.

—Podemos buscar otra floristería, pero las opciones son limitadas si queremos mantener el presupuesto.

Suelto un suspiro y me froto las sienes. Las flores son una parte esencial del evento, especialmente para la temática elegante y sofisticada que estamos intentando crear en el marco de San Valentín. No puedo permitir que esto falle.

—Llámalos y diles que hablaré directamente con el gerente. Quizá podamos llegar a un acuerdo.

Mónica asiente y sale del despacho y enseguida me pasa los datos de contacto de la floristería. Mientras espero que atiendan la llamada, me doy cuenta de que el tiempo apremia. Este proyecto no es solo un trabajo más, es una oportunidad para demostrar que puedo manejar cuentas tan grandes como la de Westbrook Enterprises con la misma eficiencia que Shannon.

La conversación con el gerente de la floristería resulta ser más complicada de lo que esperaba, pero al final logramos llegar a un acuerdo. Tendré las flores, aunque con algunas variaciones en los colores y con algunos complementos de relleno. No es lo ideal, pero al menos no tendré que buscar un proveedor nuevo a última hora.

Cuando cuelgo, miro el reloj y compruebo que ya son las ocho de la noche. Estoy exhausta, pero satisfecha por haber resuelto otro obstáculo. Mientras recojo mis cosas, Mónica aparece de nuevo, con una sonrisa de alivio.

—Menos mal que lo solucionaste. Pensé que tendríamos que cambiar todo el diseño floral.

—Nunca subestimes el poder de una buena negociación —le respondo, tratando de sonar más segura de lo que me siento—. Venga, vete que es tardísimo, Mónica. Gracias por quedarte esta noche, pero sabes que no tienes que hacerlo.

—No te iba a dejar sola con el marrón. Ya me lo compensarás —sonríe mientras se dirige a la puerta de salida y se despide con la mano.

Al salir de la oficina, me paro un segundo en la acera de la Quinta Avenida para respirar profundamente el aire fresco de la noche. El brillo de las luces de la ciudad siempre me ha dado energía, y esta vez no es diferente. Camino hacia el metro con la cabeza en alto. Hay días buenos y malos, pero lo importante es que sigo adelante. Y si tengo que demostrarle a Bradley Westbrook que soy la persona adecuada para organizar su fiesta, lo haré. No por él, sino por mí.

Cuando llego a casa, la oscuridad del pasillo me recibe con un silencio que solo se rompe por el sonido del televisor en el salón. Dejo mi bolso sobre el mueble de la entrada y camino hacia la sala, donde encuentro a Tammy, mi hija de seis años, casi dormida en el sofá. Está envuelta en su manta favorita, con los rizos rubios desparramados sobre la almohada.

—Hola, mi pequeña —susurro, agachándome para acariciar su frente.

Tammy abre los ojos perezosamente y me regala una sonrisa somnolienta, antes de echarme los brazos al cuello.

—Hola, mamá. Brooke dijo que me podía quedar despierta para darte las buenas noches.

Mi corazón se encoge al escuchar eso. Miro a Brooke, la canguro, que está recogiendo sus cosas en la cocina.

—Gracias por quedarte hasta tan tarde —le digo mientras saco la cartera para pagarle.

—No hay problema, Amanda. Tammy es un encanto. Solo te diré que se ha empeñado en esperar despierta para verte, aunque estaba agotada.

Brooke se despide y cierra la puerta tras de sí, dejándonos solas. Cargo a Tammy en brazos y la llevo a su habitación, donde la arropo en su cama y le doy un beso en la frente.

—Buenas noches, princesa. Mañana desayunaremos juntas, lo prometo.

—¿Con tortitas? —murmura con la voz arrastrada por el sueño.

—Con muchas tortitas —le respondo, sonriendo a pesar del nudo que siento en la garganta.

Cuando salgo de su habitación, la culpa me golpea con fuerza. Me estoy perdiendo demasiados momentos de su infancia. Las noches en las que la dejo con Brooke, las funciones escolares a las que no llego por culpa de una reunión... Tammy es la razón por la que lucho tanto, pero a veces siento que también es quien realmente paga el precio de mis sacrificios.

Me tumbo en el sofá y cierro los ojos embelesada por el olor que ha dejado mi hija en los cojines, y el cansancio me invade. Mañana será otro día lleno de obstáculos y reuniones, pero esta noche, decido permitirme sentir la tristeza que he estado reprimiendo. Aunque sea solo unos minutos, lloro con lágrimas calientes por todo, lo que he conseguido a golpe de trabajo y esfuerzo, y por lo que está mal, como no poder pasar más tiempo con mi niña. Mi adorable e inocente niña.

CAPÍTULO 5

Juego de miradas

Brad

El sábado por la mañana, mi amigo y antiguo compañero de universidad, Steve, me convence para ir al club deportivo para jugar un partido de tenis. Es parte de nuestro ritual mensual, una excusa para salir del despacho y, según él, «demostrar que seguimos en forma». Aunque lo dudo en su caso, acepto. El club está animado, como siempre, con las pistas llenas y el bar rebosante de grupos charlando con el relax de los sábados.

Mientras esperamos que quede libre una pista, nos dirigimos a la zona de *paddle* para ver cómo van los partidos. Steve siempre está buscando nuevos rivales y yo aprovecho para revisar el correo desde mi teléfono. No estoy prestando demasiada atención hasta que, de repente, una risa femenina me llama la atención. Es clara, melodiosa, y algo en ella me resulta familiar. Al levantar la vista, mis ojos se clavan en una mujer en una de las pistas.

Lleva ropa deportiva blanca que le queda impecable, ajustada a sus curvas y con una faldita del mismo color, que se mueve cuando salta. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, que también baila con el movimiento y le da un aspecto aniñado. Aunque está de espaldas, su postura y la forma en que se mueve, me hace pensar que es Amanda Hayes, aunque solo la he visto con ropa formal de trabajo y no estoy seguro. Cuando se gira para devolver una bola, la duda se disipa. Es ella.

—¿Pasa algo? —pregunta Steve, al no responder a lo que sea que me ha preguntado. Le oía hablar sin atender.

—Nada —murmuro sin quitar la vista al partido.

Amanda está jugando con una mujer rubia y dos hombres que parecen encantados con la situación. Uno de ellos, un tipo alto y atlético, no deja de sonreírle y hablarle al otro lado de la red. Ella parece relajada, diferente de la Amanda que he conocido en el trabajo. Ríe con facilidad, bromea con sus compañeros y parece estar completamente en su elemento.

Cuando el partido termina, los cuatro salen de la pista entre risas. El tipo alto se acerca a Amanda y le da un beso en la mejilla, algo completamente casual, pero que me hace apretar la mandíbula sin darme cuenta. Amanda le pone una mano en el brazo y ambos se dirigen hacia el interior del club con sus amigos. Deseo seguirlos, pero algo me detiene.

—¿La conoces? —pregunta Steve, siguiendo mi mirada.

—No estoy seguro —respondo, aunque es una mentira obvia.

Steve me lanza una mirada de incredulidad y luego vuelve a mirar hacia el grupo.

—Pues si no la conoces, deberías. Vaya mujer. ¡Está para pedirle un favor!

La forma en que lo dice, tan irrespetuosa, me irrita demasiado. Sus palabras, además, no son suficientes para describir a Amanda, porque ella es inteligente, decidida y, sí, hermosa, pero reducirla a eso me parece insultante.

—Deberías centrarte en el juego —le digo con sequedad—, si te distraes te machacaré al primer set.

—¡Vaya! ¿He dicho algo malo? —se burla Steve, pero lo ignoro.

Más tarde, después de nuestro partido, pasamos por el bar del club antes de irnos. Y allí está Amanda, sentada en una mesa junto a la mujer rubia y los dos hombres. Está más relajada que nunca, con una cerveza entre las manos y una sonrisa en los labios. Me debato entre acercarme o marcharme sin que me vea, pero entonces ella levanta la vista y nuestras miradas se encuentran. Lo que siento dentro de mí es indescriptible.

Por un instante, parece sorprendida, pero luego me dedica una sonrisa preciosa. No tengo otra opción que acercarme.

—Señor Westbrook —dice, levantándose ligeramente de su asiento—. Qué sorpresa verlo aquí.

—Brad, por favor. Estamos fuera del trabajo —respondo de forma amistosa.

—Entonces, Brad —dice, y mi nombre en sus labios me parece tan sensual que tengo que agarrarme bien a la raqueta—. ¿Vienes a menudo? Creo que nunca te había visto por aquí.

Antes de que pueda responder, uno de los hombres en su mesa interviene.

—¿Un amigo tuyo, Amanda?

Ella se gira hacia él y lo presenta sin dudar.

—Brad, él es Marc. Y ellos son Sabrina y Patrick, mis compañeros de *paddle*.

Me estiro para estrechar la mano de todos con cordialidad. Sin embargo, siento una tensión inexplicable cuando Marc me mira con curiosidad. Amanda parece a gusto con ellos y, por alguna razón, eso me hace sentir fuera de lugar.

—Bueno, no quiero interrumpir. Solo pasaba a saludar —digo, dando un paso hacia atrás.

—No interrumpes, pero gracias. Nos vemos el lunes —responde Amanda con una sonrisa.

Cuando llego a la barra donde me espera Steve, me giro hacia ellos una vez más. Amanda está totalmente metida en una conversación, ríe con sus amigos como si yo nunca hubiera estado allí. Esa imagen se queda conmigo mientras salgo del club. Me doy cuenta de lo fácil que es olvidar que las personas con las que trabajamos tienen vidas fuera de la oficina, mundos propios con otros intereses, aficiones, amigos y momentos que no tienen nada que ver con los informes y las reuniones. Amanda tiene su propio universo, parece más humana fuera de la oficina, y yo no había pensado en eso hasta ahora. Me carcomen las ganas de saber más de ella, de su vida, y no sé por qué. Normalmente, tomo de los demás lo que tienen para mí: trabajo en la empresa, amistad como Steve... y no me imagino metido en sus mundos de los que no formo parte. Ni me interesa. En cambio, con Amanda...

En el camino hacia la salida, paso por el vestíbulo principal del club, donde un grupo de empleados está poniendo la decoración para San Valentín. Globos rojos y corazones de cartón adornan las columnas, pegatinas cursis en los ventanales, y otras patrañas melosas que solo hacen que recargar el espacio. Toda la escena me resulta empalagosa y completamente innecesaria.

—¿San Valentín? ¿Aquí también? —gruño, sin dirigirme a nadie en particular—. Es como una plaga que arrasa con todo.

Steve, que está a mi lado, se ríe entre dientes.

—¡Oh, venga! Acepta el espíritu festivo, hombre. Quién sabe, quizá te animes a traer a una cita al club. El día que te enamores vas a ser el más empalagoso de todos, lo veo venir...

Lo miro con una ceja alzada, dejando claro que no estoy para bromas, aunque él se ría a carcajadas de mí. Odio que se burle de esa manera.

—Tú sabes lo que pienso de estas cosas. Es del todo innecesario. El amor no se demuestra con una tarta en forma de corazón, ¡es de críos!

—Lo sé, lo sé. El gran Bradley Westbrook y su desprecio por el amor comercial. Pero, admitámoslo, te vendría bien relajarte un poco y abrirte. Nunca sabes con quién puedes acabar. A veces, una rosa te abre el corazón de una chica..., y algo más.

—Lo dice el que va de flor en flor, señor «no quiero nada serio».

—Al menos le doy una oportunidad al amor —replica—, en cambio, tú estás casado con tu empresa. ¿No echas de menos que alguien te haga cariñitos, pequeño Brady? —dice tocándome la oreja, para irritarme más, y noto cómo el calor me sube a las mejillas cuando nos cruzamos con Amanda, que pasa cerca, me saluda con la mano, y se vuelve a meter en el bar. ¿Qué habrá pensado del espectáculo que hemos dado? Steve siempre tan poco oportuno.

Sacudo la cabeza y me despido de mi amigo con un gesto y una palabra muy poco amable, antes de dirigirme al aparcamiento. Cuando subo al coche, pienso en el ridículo que acabo de hacer delante de Amanda, y su imagen se queda en mi cabeza mientras conduzco de vuelta a Manhattan. Verla en ese entorno, tan distinta de la imagen que proyecta en el trabajo, me ha hecho darme cuenta de que Amanda Hayes es mucho más que una organizadora de eventos eficiente con un cuerpo espectacular. ¿Qué más hay en su vida, que la hace vibrar, qué le sorprende, qué le gusta? ¿Habrá algo en su vida que le quite el sueño?

«¿Y a ti que te importa, Brad?», me reprendo al llegar a mi edificio y darle las llaves al chófer para que aparque el coche.

CAPÍTULO 6

Noches sin tregua

Amanda

Si hay algo que no me deja dormir por las noches es mi hija, sobre todo cuando está enferma. Y hoy me toca no dormir. Iba a arreglarme para salir con Sabrina y los chicos, cuando Álex ha llamado a mi puerta. Me ha telefonado desde el coche para avisarme y lo primero que veo al abrir es la carita pálida de mi niña que me lo dice todo.

—No se encontraba bien y no quería comer nada —me explica Álex mientras carga con la mochila de su hija y me la pasa como si fuera un paquete de Amazon.

—Hola, Tammy, cariño, ¿qué ha pasado? —susurro, acariciando su cabello rubio y desordenado.— Vamos, pequeña, entra en casa.

Tammy me abraza y apoya su cabeza en mi hombro, algo que siempre hace cuando no se siente bien. El nudo en mi garganta crece porque, por mucho que luche para equilibrar mi vida, siempre me siento insuficiente. Insuficiente para Tammy, insuficiente para mí misma.

Álex no se queda mucho tiempo. Mientras deja la mochila de Tammy en el suelo, lo observo mirando el reloj con impaciencia.

—¿Estás segura de que no necesitas que me quede? Tengo una cita temprano, pero si la cosa empeora... —dice, aunque su tono suena más a excusa que a preocupación real.

Lo miro fijamente, intentando decidir si merece la pena discutir. Y opto por el no, no suele ser buena idea y menos con la niña delante.

—No te preocupes, Álex. Ya lo tengo bajo control. Puedes irte.

—Bien. Llámame si hay alguna urgencia —responde rápidamente, como si hubiera estado esperando esa respuesta—. Nena, mamá te va a curar. El próximo día haremos algo especial para compensar; piensa dónde quieres ir—. La besa en la frente, luego me da una palmada en el brazo y se marcha sin mirar atrás.

Cuando cierro la puerta, dejo escapar un suspiro largo. Aunque no siempre estoy de acuerdo con cómo Álex maneja las cosas, al menos cumple con su papel de padre de forma funcional. Pero a veces desearía que estuviera un poco más presente, que mostrara algo de verdadera preocupación por Tammy. Al final, siempre recaen en mí las decisiones importantes y con él solo pasa buenos momentos los fines de semana alternos.

—Vamos a ponerte cómoda, princesa. Hoy dormirás conmigo —le digo a Tammy mientras la llevo en brazos al salón.

La acomodo en el sofá, cubriéndola con su manta favorita. Su respiración es lenta, y su cuerpecito está caliente al tacto. Le tomo la temperatura y confirmo que tiene fiebre. Busco el jarabe en el botiquín y me siento a su lado mientras se lo doy con cuidado.

—No quiero jarabe, mamá... sabe asqueroso —se queja, girando la cara.

—Lo sé, amor. Pero te ayudará a sentirte mejor. Mira, si te lo tomas ahora, mañana desayunaremos tortitas con chocolate. ¿Qué te parece?

Tammy asiente con un puchero y, tras unos segundos, acepta el medicamento. Luego se acurruca contra mí, con la cabeza apoyada en mi pecho.

—Y ahora tómate el caldito —le digo tras sacar un *tupper* del microondas. Menos mal que siempre tengo caldo congelado para estos casos.

—Mamá, ayer en el cole Kathy me dijo que yo siempre llevo cosas bonitas porque tú trabajas mucho. ¿Es verdad que trabajas mucho?

—Bueno, sí. Trabajo mucho porque quiero que tengas todo lo que necesitas. Pero siempre trato de pasar tiempo contigo, ¿verdad?

—Sí, pero me gusta más cuando estamos juntas todo el día.

Su honestidad me rompe el corazón. Paso los dedos por sus rizos rubios, intentando calmar la culpa que se ha instalado en mi pecho.

—Lo sé, princesa. Y también me gusta mucho estar contigo. Por eso mañana será un día solo para nosotras. Y si no te pones mejor, el lunes nos quedamos las dos en casa, ni colegio ni trabajo, ¿qué te parece?

Tammy sonrío débilmente antes de cerrar los ojos. Mientras ella duerme, yo me quedo a su lado, observando su respiración, y siento cómo la preocupación y el cansancio se acumulan bajo mis ojos. La cojo en brazos y la meto en mi cama después de ponerle el pijama.

Regreso al sofá y me sirvo una copa de vino. A pesar del cansancio, no tengo sueño y quiero vigilar un poco a mi hija antes de dormirme. Cojo el mando de la tele y paso de programa en programa sin fijarme en nada porque mi mente vuelve una y otra vez a Brad y a lo ocurrido en el club. Fue todo tan confuso. ¿Por qué me importa tanto cómo se comportó o cómo me miró?

Recuerdo que casi le propuse tomar algo, pero no llegué a hacerlo. Sabrina y Marc me insistieron al ver, según ellos, cómo me había cambiado la expresión al encontrarme con él. Tonterías tuyas, pero me dije, ¿y por qué no? Solo es una cerveza. Salí tras él, pero lo que vi me paró, me sentí cohibida y ni supe cómo reaccionar. El gesto de su amigo era muy íntimo, o eso me pareció. Puede que no fuera nada comprometedor, pero ahora me hace dudar. ¿Será Brad gay? Porque esa caricia en la oreja... me dejó confundida. Las veces que nos hemos visto en el trabajo, no me lo ha parecido. Sin embargo... Sé que no debería importarme, pero lo hace. Me quedé tan sobrecogida que regresé con mis amigos. No les dije lo que había visto y ellos me dieron la charla para convencerme de que Brad me gusta. Es verdad. Esta semana, aunque he interactuado poco con él y que me pareció un CEO algo obsesivo, es cierto que los días que lo he visto he estado más alegre. No voy a autoengañarse como tampoco me voy a hacer ilusiones, porque ser guapo y rico no es lo único que busco en un hombre. Aunque si es gay, ni me lo planteo. Es curioso, jamás lo hubiera pensado.

Además, no puedo permitirme un desliz como el de Álex, que fue amabilísimo conmigo durante la preparación de un evento benéfico, y caí. Una noche de debilidad que me demostró que no quería nada más y que lo cambió todo. Fue una velada elegante, con mucha gente que coordinar y detalles que controlar. Yo estaba cansada, había trabajado mucho durante semanas para que el evento fuera perfecto y Álex, con su sonrisa encantadora y sus palabras dulces, parecía la única persona que entendía mi agotamiento. Cuando me ofreció un brindis por el éxito de la noche, acepté sin pensar demasiado. Una copa llevó a otra y, antes de darme cuenta, estábamos compartiendo algo más que palabras. A los nueve meses, éramos padres.

No me arrepiento de tener a Tammy. Ella es lo mejor que me ha pasado, pero aquella decisión impulsiva me enseñó una lección dolorosa: mezclar el trabajo con lo personal solo trae complicaciones. Álex no estaba preparado para ser padre y, aunque ha hecho lo posible por cumplir, nuestra relación nunca fue más que un error de una noche. Desde entonces, me he prometido no repetirlo. No importa cuán guapo, inteligente o intrigante sea Brad Westbrook, no cometeré el mismo error. Así que, si es gay y tiene pareja, mejor para mí. El próximo día lo miraré con otros ojos.

Cuando el reloj marca las cuatro de la madrugada, me meto en la cama. Toco a mi niña que parece estar más tranquila. La fiebre ha bajado y, aunque tiene el domingo para recuperarse, decido que el lunes nos quedamos en casa las dos. Trabajaré desde aquí para asegurarme de que está completamente bien. Mañana será un día largo, pero lo importante es que mi pequeña se recupere.

Con Tammy dormida profundamente a mi lado, cierro los ojos y trato de dejar de pensar en Brad, en el trabajo y en todo lo que me está robando la paz. Mañana será otro día.

CAPÍTULO 7

Sombras entre globos

Brad

El lunes llego a la oficina temprano, como siempre. Mi rutina es mi refugio, la constante que mantiene todo bajo control. Sin embargo, hoy todo parece un poco diferente; no sé si soy yo que me siento más alegre o que el ambiente parece impregnado de algo distinto. Una vocecita me dice que estoy expectante por ver a Amanda, pero otra dice que no, eso no puede ser. Yo no soy como Jeff o Steve y sé comportarme de manera hiperprofesional, sobre todo en mi empresa, mi gran obsesión desde que mi padre dejó todo en mis manos.

Al entrar en el edificio, me cruzo con un equipo de empleados que lleva cajas llenas de objetos de decoración para la fiesta de San Valentín. Globos rojos, corazones brillantes y cintas de seda invaden el vestíbulo, y siento algo parecido a ganas de vomitar ante tanta cursilada que empalaga mis sentidos. Frunzo el ceño. Es lunes y demasiado temprano para tanto dulzor romántico.

—Buenos días, señor Westbrook —me saluda una de las empleadas del equipo de Amanda, una mujer joven y entusiasta que está demasiado emocionada con su trabajo.

—Buenos días —respondo con un gesto breve, e intento no mostrar mi desagrado, por respeto a ella, mientras esquivo un enorme ramo de globos que amenaza con invadir mi espacio personal.

En el ascensor, mis pensamientos vuelven al fin de semana. Ver a Amanda en el club fue... desconcertante. Estaba tan relajada, tan distinta de la mujer profesional y precisa que he conocido en las reuniones. Su risa resonaba como un eco que no he podido quitarme de la cabeza. Pero lo que más me ha molestado, y no tendría por qué pues tiene derecho a estar con quien quiera, fue ver cómo aquel hombre la miraba. Sin duda son una pareja que se quiere. Imagino que parte de la fuerza que tiene una mujer tan profesional como ella, es la estabilidad en su vida privada. Y digo que lo imagino, porque nunca lo he vivido.

¿Pero por qué pienso en ella? «Tú no eres como Jeff ni como Steve», me recuerdo de nuevo. Yo no persigo a las mujeres, ni invado su espacio personal, ni mezclo los negocios con... cualquier otra cosa. Sin embargo, cada vez que pienso en Amanda, siento un impulso que no puedo controlar. ¿Es curiosidad? ¿Algo más? No lo sé. Lo único que sé es que ella me desconcierta y que por más que lo intento, no sale de mi cabeza.

Cuando llego a mi despacho, encuentro un correo de su parte. En él explica, con el tono cortés y profesional de siempre, que trabajará desde casa porque su hija está enferma, pero que sigue coordinando todo el equipo y los proveedores para que la fiesta sea un éxito. De pronto me la imagino en su casa, probablemente cansada, con su hija enferma al lado. La imagen es

extrañamente íntima, algo que jamás me ha evocado nadie, y la pregunta de cómo será su vida fuera del trabajo me vuelve a incordiar durante los siguientes minutos.

Como de costumbre, he dejado la puerta de mi despacho abierta, para poder sentir el bullicio y, de alguna manera, formar parte de lo que ocurre en las oficinas. Por eso no me resulta difícil escuchar la conversación de dos empleados hablando en el pasillo. No suelo prestar atención a las conversaciones ajenas, pero una frase me llama la atención:

—Amanda Hayes tiene que ser una supermamá. Una hija pequeña, un trabajo exigente... No sé cómo lo hace. Seguro que su pareja la apoya mucho.

«Pareja». La palabra resuena en mi mente como una campana. ¿Pareja? Claro, tiene sentido. El hombre del *paddle*. No es difícil imaginarlo: Amanda, su hija y él formando una familia perfecta. Pero entonces, ¿qué hago yo pensando en ella? ¿Por qué siento este nudo en el estómago?

Intento apartar esos pensamientos mientras reviso los informes de ventas del último trimestre para presentar a los inversores y que se convenzan de nuestra ventaja competitiva en el mercado americano. Recordarme la necesidad de que el evento sea impecable y los inversores estén felices, me devuelve de nuevo la imagen de Amanda en el club. Me doy cuenta de que nunca antes había pensado en ella como alguien con una vida fuera del trabajo. Y ahora que lo hago, no puedo dejar de imaginarla.

El reloj marca las diez cuando decido dar un paseo por las zonas donde se está organizando la fiesta. No tengo ninguna razón real para estar allí, pero necesito distraerme y, de paso, me permito rechazar lo que veo demasiado pastelón o ridículo. Las decoraciones han avanzado y ahora el salón principal está lleno de mesas con manteles rojos y centros de mesa ridículamente cursis. Las luces indirectas crean un ambiente cálido que seguramente encantará a los invitados, pero que a mí solo me provoca una sensación de empalago.

—¿Qué le parece, señor Westbrook? ¿Demasiado? —pregunta uno de los coordinadores al verme fruncir el ceño.

—No me lo pondría en mi casa, pero supongo que es lo que toca y cumple su propósito —respondo de forma neutral.

Al salir del salón, me descubro buscándola, aunque sé que no está. Me siento como un idiota. Quiero justificar mi comportamiento, pero no encuentro cómo. Amanda Hayes es una profesional, una madre y, aparentemente, alguien que tiene su vida y su trabajo bajo control. Y yo, por alguna razón, no puedo dejar de pensar en ella.

Cuando vuelvo a mi despacho, encuentro un correo de seguimiento de Amanda. Es tan preciso como los anteriores, con un nivel de detalle que demuestra lo mucho que se esfuerza, incluso desde casa. Pero lo que me sorprende es la última línea:

«Gracias por la flexibilidad. Intento equilibrarlo todo lo mejor que puedo, aunque no siempre es fácil».

No es algo que esperara leer de alguien como Amanda. Siempre parece tan segura y tan capaz, que esa vulnerabilidad que en otra persona me hubiera molestado, en ella me emociona. Sin embargo, esa línea me recuerda que, a pesar de lo que proyectamos en el trabajo, todos tenemos vidas complicadas, batallas que libramos fuera del horario laboral. Y por primera vez,

me pregunto si alguna vez le he dado a alguien esa impresión: que todo en mi vida está bajo control. Quizá me he preocupado poco por la vida personal de mis empleados y esta fiesta tenga que abrir esa puerta. ¿La celebraría mi padre por esa razón? Ya es tarde para preguntarle, por desgracia. Quizá me he centrado en el amor romántico de película *pastelona* y no en que el amor es parte de la vida en todas sus dimensiones. Me gustaría saber si mi padre lo hacía por eso. Esta nueva forma de verlo que asoma con timidez, me deja más relajado.

Mi teléfono privado suena sobre la mesa y sonrío al ver que es Steve.

—¡Brad! No hagas planes el viernes. Me he enterado de que han abierto un bar nuevo. *Speed dating*, con antifaces y todo. Será divertido. Ya te he apuntado.

—Ni hablar —respondo rápido, volviendo la vista a la pantalla del ordenador.

—Oh, venga. No tienes nada que perder. Media hora, unas risas. Y si no te gusta, puedes salir corriendo antes de que termine. No, es broma, no puedes irte así, pero es ideal para ti: nadie va a saber quién eres y necesitas ver a alguien más aparte de a mí y a tus empleados, venga, será divertido y no te comprometes a nada. Hablas durante cinco minutos con las mujeres que coincidan contigo en cada ronda y luego nos vamos tú y yo a tomar unas birras.

Miro a la pantalla llena de números cuando estoy a punto de negarme de nuevo, pero una idea llega a mí: ¿y si me sirve para quitarme a Amanda de la cabeza? Quizás porque es la primera vez que me siento... inquieto al pensar en alguien. ¿Por qué no? Solo es una excusa para salir y distraerme de esta semana interminable.

—Está bien —acepto a regañadientes—. Pero tú invitas a la primera ronda.

Steve ríe triunfante al otro lado de la línea.

—Sabía que dirías que sí. El viernes a las ocho. No faltes.

Cuando cuelga, me quedo en silencio, preguntándome qué diablos acabo de aceptar. *Speed dating*. Antifaces. Suena ridículo. Pero por alguna razón, la idea de ir no me parece tan mala. Como me dice mi *coach*, debo salir de la zona de confort en la vida privada, igual que hago en los negocios donde arriesgarme no me asusta.

La semana se me hace eterna, entre reuniones y un estrés especial que se ha instalado entre el personal de la empresa, nerviosos por la fiesta anual. Amanda regresa el martes, pero apenas está una hora supervisando y regresa a su oficina a seguir trabajando. Y así el resto de días. Revisa que todo está bien, ajusta, da órdenes, y se va. Solo me reúno una vez con ella y con Laura el jueves para ponerme al día de todo. Amanda lleva un traje de chaqueta con una falda de tubo que parece acariciar su piel, las piernas largas y perfectamente curvadas, se estilizan más gracias a los tacones que calzan sus pies. La blusa blanca que lleva deja a la vista el escote suave y terso. «¡Bradley!», me riño a mí mismo para dejar de mirarla de esa forma. Cierro los ojos un segundo, como si reseteara mi cabeza, y me muestro frío, respetuoso y todo lo profesional que soy capaz durante la reunión.

Necesito esa salida con Steve y que pase la fiesta lo antes posible para dejar esas ideas que me sorprenden incluso a mí mismo.

CAPÍTULO 8

La semana de las dudas

Amanda

Es curioso cómo el trabajo, que normalmente es mi terapia de escape, esta semana se ha convertido en un lugar lleno de tensión. Y no es por la carga de tareas —aunque hay muchas—, sino por él. Desde que Brad Westbrook me dijo que lo llamara por su nombre y que no usara el «usted» cuando nos vimos el sábado en el club de tenis, algo ha cambiado entre nosotros. O al menos, eso pensé. A mí me pareció un gesto de cercanía, como si quisiera que las barreras jerárquicas se desdibujaran entre nosotros. Pero ahora siento que ha sido un retroceso. Está más frío que nunca, casi distante, y hasta me parece que me evita. ¿Habré hecho algo mal? ¿Habré cruzado alguna línea sin darme cuenta?

El martes vuelvo a la oficina tras pasar dos días cuidando a Tammy, que ya está recuperada. Paso un rato en el salón principal revisando los avances en la decoración y aprovecho para ajustar algunos detalles con mi equipo. La temática de la fiesta es elegante y muy romántica, y cada elemento debe reflejar eso. A pesar de mi esfuerzo por concentrarme, busco a Brad con la mirada, aún confusa por lo que vi en el club. Cuando finalmente lo encuentro, está al otro lado de la sala, revisando algo con Laura. Su porte es impecable, como siempre: traje gris oscuro, corbata azul y ese aire de control absoluto que parece acompañarlo a todas partes durante el trabajo, y que no casa con el hombre con el que hable el sábado.

Le sonrío cuando nuestras miradas se cruzan, pero él apenas asiente con un cabeceo y sigue con lo suyo. El gesto me deja un regusto amargo. Pensé que, después del fin de semana en el club, nuestra interacción sería más relajada. Además, si es gay —como deduje tras ver cómo su amigo le acariciaba la oreja—, eso debería eliminar cualquier incomodidad entre nosotros. ¿O quizá lo oculta y por eso está tan tenso? ¿Será secreto y no quiere que me vaya de la lengua? Me parece improbable que ese sea el caso, pero no imposible. Sinceramente, es una gran pérdida para las mujeres, pues, como dijo Sabrina, está para que le hagan un favor. Me río por dentro de mi ocurrencia y sacudo esos pensamientos para volver al trabajo.

A lo largo de la semana, nuestras interacciones son breves y estrictamente laborales. Revisamos presupuestos, confirmamos proveedores y coordinamos horarios para el ensayo general de la gala. Todo con la frialdad de un protocolo bien ensayado. Y, aunque intento convencerme de que esto es lo mejor, sigo sintiendo una extraña mezcla de frustración y confusión. ¿Por qué me importa tanto? Es mi cliente. Nada más. Pero su mirada —cuando me la dirige— tiene algo que pone alerta todas mis terminaciones nerviosas. Esto no puede ser. Tan fuera de lugar está que me atraiga mi cliente en horas de oficina, algo que rechazo cuando soy yo la que recibe esas atenciones más «físicas», como que sienta algo por un hombre al que no le gustan las mujeres. Mi hija debe haberme pasado su virus y me ha afectado a la cabeza.

Acaba la semana, por fin, y yo solo sueño con desconectar, pero no sé cómo porque mis pensamientos van allá donde yo voy. Sabrina me llama al mediodía para proponerme un plan, y no dudo en aceptar.

—Han abierto un sitio nuevo en el Soho —dice con entusiasmo—. Es un bar especial y dicen que muy divertido, pero no sé mucho más. Marc y yo ya estamos apuntados, y Patrick también se une. ¡No puedes decir que no, Amanda! ¿Puedes dejar a Tammy con alguien? Te vendrá bien salir y despejarte de ese estrés que llevas encima últimamente.

Río por lo bajo mientras organizo los últimos correos del día.

—¡Me apunto! —contesto sin pedir más información; me da igual donde me lleven con tal de salir de mi cabeza y, con mis chicos del *paddle*, las risas están aseguradas—. Necesito algo de distracción. La única condición es quedar cuando haya acostado a mi hija.

Después de dejar a Tammy con Brooke, que siempre está dispuesta a ayudarme los viernes por la noche, me tomo un momento para arreglarme. Elijo un vestido negro ajustado, con un escote discreto pero muy favorecedor, y unos tacones rojos que aportan un toque atrevido. Me suelto la melena y me maquillo con delicadeza, siempre con especial cuidado en resaltar mis ojos verdes. Cuando me miro al espejo, me siento bien. Segura. Lista para olvidar por unas horas el caos de esta semana.

Sabrina me espera en la entrada del local al que he acudido en taxi, con un vestido rojo que atrae todas las miradas. Parecemos sacadas de la serie *Sex in the City*, y es algo que nos encanta, como si interpretáramos un papel superficial ajeno a nuestras realidades de la semana. El bar en el Soho es un lugar acogedor con un toque moderno. La fachada, discreta y elegante, da paso a un interior con luces tenues, sofás de terciopelo y una barra de mármol negro que reluce bajo las lámparas colgantes. Me llama la atención que al fondo hay varias mesas con solo dos sillas, una frente a la otra, y poca luz. El chico de la entrada nos informa que es un *speed dating* y que debemos llevar antifaces, lo que añade un aire de misterio que, debo admitir, es intrigante y divertido.

Marc y Patrick ya están dentro, bebiendo una cerveza en la barra. Nos unimos a ellos, con los antifaces puestos, como el resto de la gente, desde los camareros hasta los clientes. La tenue iluminación crea un ambiente íntimo; las mesas tienen pequeñas luces que apenas iluminan lo suficiente para ver la bebida y una hoja donde anotar las impresiones sobre las personas que vamos a conocer.

—No comprometes a nada; solo es un juego para conocer gente y, si alguien te hace *click...*, es cosa tuya lo que hagas después —dice Sabrina, guiñándome un ojo—. Relájate y disfruta.

Sonrío y trato de dejarme llevar por el ambiente. La primera ronda de copas llega rápido, y mientras bebemos, observo cómo otros grupos se mueven por el lugar, hablando y riendo. La gente se observa la una a la otra, aunque no hay mucha luz y cualquier idea que nos formemos de los demás, no será real. La música es suave, lo suficiente para crear un ambiente cálido sin dificultar las conversaciones.

Nos invitan a participar en las citas rápidas y, aunque intento declinar, Sabrina me arrastra hacia una de las mesas. Me coloca en un asiento y me ajusta el antifaz correctamente.

—Cinco minutos por ronda. Solo habla y disfruta. Si alguien te gusta, lo marcas en la hoja. Si no, pues una experiencia más. ¡No te preocupes tanto! A lo mejor te da ideas para tus eventos —

ríe y se va a ocupar su mesa.

La primera ronda comienza y el hombre que se sienta frente a mí tiene una voz grave pero amable. Hablamos de cosas triviales: el clima, la ciudad, los lugares favoritos para comer. Es entretenido, pero no pasa de ahí. Luego llega el segundo, un tipo demasiado hablador que no deja espacio para que yo diga nada y que no deja de mirarme el escote. Hago un esfuerzo por ser cortés, pero cuento los segundos hasta que termina.

Cuando llega la tercera ronda, un hombre alto ocupa el asiento frente a mí. Su camisa oscura es visible incluso en la penumbra, y su perfume —amaderado y sofisticado— llena el aire entre nosotros. Cuando habla, su voz tiene un timbre familiar, profundo y seguro. Mi corazón se acelera.

—Hola —dice con un tono neutro, casi en un susurro, pero hay algo en su forma de hablar que me hace inclinarme hacia adelante, intrigada.

—Hola —respondo, y doy un sorbo a mi vino para darme un margen y asentar mis pensamientos.

—Supongo que esto no es lo que esperabas hacer un viernes por la noche.

Río suavemente, y me relajo un poco. Parece educado y tan incómodo como yo. La luz es tan baja que no me deja verlo por más que me muevo. Los del local lo han previsto todo.

—Ni de cerca. Mis amigos me arrastraron aquí. ¿Y tú?

—Lo mismo. Un amigo decidió que necesitaba distraerme. No me dio muchas más opciones, por no decir ninguna.

—Así que somos dos prisioneros de la amistad. ¿Te resulta tan raro como a mí?

—Definitivamente. No soy fan de este tipo de cosas. Pero bueno, al menos no es un caos total. Me lo esperaba peor, la verdad.

—¡Vaya! ¿Te refieres al local o a mí? —bromeo—. ¿Eso que has dicho es un cumplido? —pregunto, levantando una ceja, aunque sé que no puede verla. Bebo otro sorbo porque no sé qué hacer con las manos.

—Depende de cómo te lo tomes —responde con un deje de humor en su voz. Me gustaría verle la cara, pero por más que muevo la cabeza, no logro hacerlo. Entre la penumbra y que es más alto que los anteriores, la luz de la lamparita no le llega ni al mentón. Al menos la parte de cuello y la barbilla me transmiten buenas vibraciones, tiene un aspecto varonil. Mi mente inquieta quiere imaginarse el resto mientras hablamos. Aunque su tono me es familiar, esa forma de susurrar y de hablar tan tranquila, no consigo ubicarla, así que me imagino que se parecerá a alguien de los muchos hombres con los que hablo en mi trabajo. Tal vez de algún evento pasado.

La conversación sigue con comentarios sobre lo absurdo de la situación y la necesidad de algunas personas de tener citas por encima de todo. A pesar de lo breve del encuentro, me siento cómoda hablando con él, como si fuera fácil ser yo misma, sin ser juzgada por mi aspecto o mi posición. Nunca imaginé que cinco minutos dieran para tanto y alguien, a quien ni veo ni volveré a ver, me haya hecho sentir el aleteo de las mariposas en mi pecho. Identifico la sensación con la que me provoca Brad, el inalcanzable y fuera de mi radio de opciones, y pienso que soy yo la que no está bien. Serán mis hormonas o el estrés que me provocan estas sensaciones.

—Bueno, espero que las siguientes rondas sean igual de llevaderas —dice cuando suena la campana que indica el cambio—. Me ha gustado hablar contigo.

—Y yo espero que tu amigo te invite a algo mejor la próxima vez —respondo, sonriendo.

Él suelta una ligera carcajada antes de levantarse.

Cuando se va, me quedo mirando su silueta desaparecer en la penumbra. Algo en su voz, en su manera de hablar, me resulta extrañamente familiar, pero no logro identificarlo. Y mientras otro ocupa su lugar, mi mente sigue atrapada en esos cinco minutos que, de alguna forma, me han dejado una huella inesperada.

CAPÍTULO 9

Ecos del fin de semana

Brad

El sábado por la mañana, Steve me espera en la entrada del club con una sonrisa tan ancha que solo puede significar una cosa: se siente ganador antes de que ni siquiera toquemos una raqueta. Eso, o ha pasado una de las mejores noches de su vida. Lleva una gorra nueva y unas gafas de sol que parecen sacadas de un desfile de moda en lugar de servir para jugar al tenis.

—¿Preparado para que te humille? —me dice mientras me da una palmada en la espalda.

—¿Eso es lo que te dices para motivarte cada vez que pierdes? —le respondo con una sonrisa irónica, mientras avanzamos hacia las pistas.

El club está tan animado como siempre, con el sonido de fondo de pelotas rebotando y conversaciones en el aire. Miro hacia las pistas de *paddle*, con la esperanza absurda de ver allí a Amanda. No sé ni por qué lo hago si sé que no puede haber nada entre nosotros. Parece que no está. Solo hay un grupo de adolescentes jugando y algunas parejas mayores entrenando.

—¿Buscas a alguien? —pregunta Steve, dándome un codazo mientras calienta con algunos saltos.

—No —respondo, tal vez demasiado rápido. Intento concentrarme en el partido, pero mi mente divaga y eso es peligroso porque puedo perder en el juego, como ya sé que he perdido en el amor.

El partido empieza y, aunque Steve se esfuerza, lo derroto en el primer set.

—¿Qué? ¿Agotado de la noche? —bromeo porque él se fue con una de las chicas del *Speed dating*.

—Dejémoslo en satisfecho; más que tú, seguro, que te la habrás tenido que cascar, como siempre. No te entiendo, amigo.

Entre set y set, nos sentamos en los bancos a recuperar el aliento, y ahí es cuando empieza el interrogatorio que ya tardaba. No sé por qué ese empeño en hurgar en mi vida personal. A veces le bromeo y le acuso de ser un detective contratado por mi madre que está deseando que me case.

—Entonces, ¿qué tal la experiencia de anoche? —pregunta con una sonrisa que roza la burla.

—Una experiencia absurda, pero educativa —señalo, secándome el sudor con una toalla.

—Ajá, claro. Yo creo que estuvo genial. Y rápido. ¡Con decirte que cogimos una habitación en el hotel de la esquina y no nos quitamos los antifaces hasta que todo acabó! Una experiencia sublime, diferente, llena de misterio. Lo bueno es que la chica no estaba nada mal. —Su tono es

claramente provocador.

—¿La chica? ¿No tiene nombre? Es que alucino contigo. Os creéis que soy yo el que se burla del amor y sois los demás, los tíos que no veis más que tetas y culos. Es que alucino, Steve.

—¡Buah! Eso del amor está sobrevalorado, Brad. Espero que te des cuenta antes de que seas un viejo baboso que no puede ni mear solo. El raro eres tú que ayer seguro que más de una se te puso a tiro y te vas solo a casa.

Pienso en la chica de anoche, en la voz cálida y segura que me dejó mejores sensaciones que cualquiera de las que ponían sus tetas por delante. Pocas personas saben lo seductora que puede ser una voz y la de ella, susurrando porque no se permitía hablar en alto, me sedujo de manera inevitable e hizo que esos cinco minutos los viviera con una intensidad fuera de lo común. En mi cama soñé que me desnudaba con la voz, que me acariciaba sin dejar de susurrarme al oído... Creo que Steve no me conoce tan bien como cree. Sin embargo, pienso en las otras dos mujeres que intentaron alargar la conversación, después de que terminara la ronda y que me invitaron a pasar la noche juntos, y mi cuerpo no reacciona de la misma manera. Sé que ellas solo buscan sexo, y es lo que podría haber tenido, pero la voz susurrante de la chica del vestido negro y del tatuaje en la muñeca, hicieron sombra a todo lo demás. ¿Volveré a verla?

—Tuve una conversación interesante con una mujer que llevaba un vestido negro y llevaba una T tatuada en la muñeca —admito finalmente, sin entrar en más detalles.

Steve arquea una ceja y deja escapar una carcajada.

—¿Solo una conversación? ¿Y qué pasó?

—Nada. Hablamos durante cinco minutos y luego se terminó la ronda. No la volví a ver.

—¿Y no intentaste quedar luego? —pregunta, sorprendido—. Si te gustó, eso hubiera sido lo lógico.

—Steve, no voy a buscar a alguien que conocí en un lugar donde la gente va por desesperación o aburrimiento —respondo con tono algo cortante, aunque sé que no es toda la verdad—. Aunque me contó que la llevaron sus amigos y no sabía nada del *Speed dating*.

Él ríe y niega con la cabeza a la vez.

—Eres un caso perdido, Brad. No sé cómo esperas que alguien aparezca en tu vida si siempre encuentras una excusa para no llegar a más.

Dejo que el comentario se pierda en el aire y me concentro en el segundo set. Esta vez, Steve me lo pone más difícil, pero al final también le gano. Cuando terminamos, nos tomamos unas cervezas en el bar, donde no veo ni a Amanda ni a sus amigos. Una hora después, me despido de él y me dirijo a casa, con la voz seductora de aquella mujer aún rondando en mi cabeza.

El domingo por la mañana llego a Los Hamptons, donde mi madre y mi hermana Jess ya me esperan para comer. La casa familiar es un lugar lleno de recuerdos: las fotografías en las paredes, el olor a madera antigua y sal marina, y las enormes ventanas que ofrecen vistas al océano. Es un refugio al que siempre vuelvo cuando necesito claridad.

—¡Brad! —exclama Jess mientras me abraza—. Llegas justo a tiempo. Mamá está en la cocina, preparando tarta de limón para el postre.

—¿Y tú qué haces? ¿Supervisando? —bromeo, mientras dejo mi chaqueta en el perchero.

—Alguien tiene que asegurarse de que no se olvide de poner suficiente azúcar. Esa tarta está de muerte, hermanito, y solo la hace cuando vienes tú, así que... ¡ven todos los días, por favor!

Entramos abrazados a la cocina, riéndonos, y saludo a mi madre. Jess tiene diecisiete años y fue un milagro que llegara al mundo cuando mi madre se negó a hacerse un tratamiento más. Después de nacer yo, tuvo un cáncer que le impidió quedarse embarazada durante años. Casi no hemos convivido, porque yo tenía quince cuando nació y enseguida me fui a estudiar fuera, pero la adoro tanto como ella me admira. Mi madre, ahora viuda, tiene sesenta años, aunque aparenta menos. Eleanor tiene más energía que muchas de cuarenta. La rodeo por detrás y le beso en el pelo. Ella da un respingo por el susto.

—¡Brad! Un día me matas, ¿es que no puedes saludar como todo el mundo? —Se deshace de mi abrazo para ponerse frente a mí—. Hola, cariño. Me alegro de verte.

Después de dejar unos cuantos besos sobre mis mejillas, nos vamos los tres al comedor. En verano nos gusta comer en el jardín, desde donde podemos escuchar el sonido de las olas, pero en febrero hace aún demasiado frío y nos quedamos dentro, al calor de la chimenea. Durante el almuerzo, Jess no tarda en sacar el tema de siempre.

—¿Y tú, Brad? ¿Cuándo vas a traernos a alguien para que la conozcamos? —pregunta con una sonrisa que no finge ser maliciosa, pero lo consigue.

—Jess, ya hemos hablado de esto. Estoy concentrado en la empresa. No tengo tiempo para complicarme la vida —respondo mientras corto un trozo de tarta— Tengo que mantenerla entre las mejores para cuando tengas edad de trabajar y me jubiles —rio y ella me lanza la servilleta haciéndose la ofendida.

—Oh, claro, cambias de tema porque, para ti, el amor es una complicación —replica, poniendo los ojos en blanco. No la culpo, a los diecisiete las chicas suelen ser muy enamoradizas y creen en el tipo de amor que venden las series y las películas.

Mi madre interviene antes de que la conversación se desvíe.

—¿Y cómo va la fiesta de San Valentín? —Tampoco es que mejore mucho con ese cambio de tema, que detesto, y ella lo sabe mejor que nadie porque conoce la razón.

—Bien. Amanda Hayes, la organizadora de Luxe Events, lo tiene todo bajo control.

—¿Amanda Hayes? No la conozco. ¿Shannon Morgan ya no trabaja con vosotros?

—Ha delegado en ella por motivos personales. Tuve mis reticencias al principio, pero la verdad es que es excelente. Es detallista, eficiente, y no se deja intimidar —admito, sorprendiéndome a mí mismo por describirla de esa manera.

Mi madre sonríe, pero no comenta nada. En cambio, me mira con esa expresión astuta que siempre me hace sentir que sabe más de lo que dice.

—Espero que lo haga bien, porque ya me imagino que tú no quieres saber nada de San Valentín, ¿verdad?

—Imaginas bien, mamá. Sigo pensando que es una patraña consumista y falsa.

—Pero si es ideal —interviene Jess—. ¡Oh! El amor... —hace como que habla en verso, con

la mano en el pecho y la mirada perdida, y todos nos reímos.

—Míralo como el evento anual de la empresa, cariño, y déjate llevar. No es para tanto.

—Lo sé, mamá, pero es que me da grima: está todo de color de rosa, con corazones, y Amanda quiere dar regalitos o hacer juegos para emparejar a los invitados, ¿te lo puedes creer?

—Hago el gesto de meterme dos dedos en la boca para vomitar y Jess se ríe. En cambio, mi madre tuerce el gesto, disgustada.

—Eres un exagerado. El evento es mucho más que eso. ¿Sabes por qué tu padre empezó la tradición de celebrar la fiesta anual en San Valentín y no en Navidad como casi todo el mundo?

—pregunta después de dejar los cubiertos sobre la mesa y mirarme directamente a los ojos. Esto se pone serio. Dejo los míos para que vea que voy a escuchar con atención todo lo que me diga.

—Para mejorar la moral de los empleados —respondo automáticamente.

Ella niega con la cabeza.

—No, Bradly. La hacía porque creía que el amor, en todas sus formas, es lo que mantiene a la gente unida. Decía que una empresa no es solo números y contratos, sino personas. Y las personas necesitan sentir que forman parte de algo, que importan. Esa fiesta no era solo para celebrar San Valentín con intenciones románticas o cursis, como tú lo ves, cariño; era su manera de recordarle a todos que, incluso en un entorno tan competitivo como el nuestro, el amor tiene su espacio entre las personas que conviven tantas horas a la semana.

Me quedo en silencio, digiriendo sus palabras. Nunca había pensado en mi padre de esa manera. Siempre lo vi como un hombre práctico, enfocado en los resultados. Quizá porque lo veía poco o porque quería educarme con rigidez, no conocía tanto su lado emocional. Esta historia revela un lado de él que nunca me mostró.

—Brad —continúa mi madre, tras colocar una mano sobre la mía—, el amor no es una distracción, ni algo cursi en lo que nos obliguen a creer por razones equivocadas. Es lo que nos da fuerza para vivir una vida con sentido, lo que nos ayuda a ser mejores y nos da ilusión cada día. Quizás deberías recordar eso, especialmente ahora que lideras la empresa.

Asiento lentamente, sin saber qué decir. Sus palabras resuenan en mi cabeza durante todo el viaje de regreso a Manhattan. Mientras conduzco, pienso en Amanda y en que debería contarle esto para que se transmita la esencia durante la fiesta, aunque quizá Shannon ya se lo ha dicho. A mis pensamientos llega también la mujer del antifaz negro y su voz seductora se cuela en mi cabeza poniendo firme otra parte de mi cuerpo. Distraigo esa sensación pensando en mi padre y todo lo que creía saber sobre lo que realmente importa en la vida. ¿Por qué mi padre nunca me habló desde el corazón?

CAPÍTULO 10

La recta final

Amanda

Lunes. Cuatro días para la gala y siento que llevo un nudo en el estómago que no me deja respirar. Amanda Hayes, conocida entre las compañeras de Luxe Events por arrancar la semana con energía, hoy amanece más inquieta que nunca. Estoy sentada en la sala que me han habilitado dentro de la empresa para trabajar, revisando el listado de pendientes para organizar la semana, y siento que el reloj avanza más rápido de lo habitual. Aunque todo parece estar bajo control, una parte de mí no puede evitar pensar en todos los «y si» que podrían arruinar el evento. No me puedo permitir ni el más pequeño fallo.

La puerta se abre con un golpe suave y Laura, la asistente que me ha asignado Bradley, asoma la cabeza.

—Amanda, han llamado de la empresa de audiovisuales. Hay un problema con las pantallas del salón principal. Dicen que el modelo que pediste no estará disponible a tiempo.

—¿Qué? ¿Y por qué me avisan con tan poco tiempo? —respondo, dejando caer en la mesa el bolígrafo que sostenía. Me levanto de golpe, aupada por la tensión que sube hasta mis hombros.

—Han tenido un retraso en los envíos. Pero aseguran que pueden ofrecerte un modelo alternativo.

Respiro hondo, tratando de calmarme. No puedo perder la cabeza por esto. Es un obstáculo más, uno que resolveré, como siempre.

—Llámales y organiza una videollamada. Quiero saber exactamente qué modelo proponen en sustitución y si se ajusta al diseño que hemos preparado. Y avísame cuando esté listo. Ah, y pregunta al señor Westbrook si quiere asistir o lo deja en nuestras manos, por favor.

Laura asiente y desaparece por donde ha venido, dejándome a solas con mis pensamientos. Este tipo de contratiempos no deberían afectarme tanto, pero hoy siento que estoy más al borde de lo habitual. Tal vez porque no he dormido bien, o porque cada vez que pienso en Brad Westbrook, mi mente se llena de preguntas sin respuesta. Necesito tomar el aire antes de la reunión y caminar un poco. Es algo que hago habitualmente, porque me ayuda a pensar con claridad.

Salgo a la terraza del edificio para despejarme un poco. La brisa fresca de febrero me sacude al abrir la puerta y un escalofrío me recorre el cuerpo al notar las bajas temperaturas de Nueva York en este mes. La terraza es un lugar que pocas veces uso, pero hoy siento que necesito el aire y la vista de la ciudad para recuperar algo de calma. Desde aquí se ven las luces de Manhattan, parpadeando como la ciudad que nunca descansa. Me apoyo en la barandilla y dejo

que el frío me despeje.

Debo comportarme como la profesional que soy y solucionar esto antes de que Brad pueda enfadarse y echar por tierra mi trabajo. Siento que me evalúa todo el tiempo, porque si no, no entiendo su actitud desde que nos vimos en el club, fuera del trabajo. ¿Por qué está tan frío conmigo? ¿Es por algo que hice? ¿O simplemente me lo imaginé todo en el club? ¿Y si es porque intenta ocultar algo sobre su vida personal? Mi lógica me dice que no debería importarme, pero mi corazón insiste en enredarse en lo que no puede tener. No va conmigo lo de dejar cabos sueltos y mi mente inquieta hace lo posible por entender a este CEO, guapo hasta decir basta y algo obsesivo, que nada tiene que ver con los que he trabajado antes.

—¿Todo bien? —La voz de Brad me sobresalta. Me giro y lo encuentro en la puerta, con las manos en los bolsillos de su abrigo. Si me dicen que tengo el superpoder de atraer lo que pienso, en este momento me lo creo.

—Solo necesitaba un respiro —respondo, y vuelvo la vista a la ciudad. Espero que se marche, pero en lugar de eso, se acerca y se coloca a mi lado en la barandilla.

—La vista es impresionante desde aquí —comenta.

—Sí, lo es. Aunque a veces parece que cuanto más arriba estás, más lejos te sientes del suelo —respondo sin pensar. Me sorprende de mi propia sinceridad, porque eso es lo que dije de él nada más conocerlo.

Brad guarda silencio unos segundos. Temo que esté procesando las palabras y se sienta señalado. Cabrearle podría acabar con el proyecto de forma definitiva. Si es que soy idiota. Sin mirarme, dice:

—Tienes razón, a veces olvidamos lo más básico. Que todos necesitamos un momento para respirar o una conversación amigable que levante el ánimo. Cuanto más arriba estás, menos aprecias lo que hay abajo, para bien y para mal. —Hace una pausa que no trato de rellenar—. Amanda, lo estás haciendo muy bien, aunque sé que no necesitas oírlo de mí.

Lo miro, sorprendida. No es el Brad Westbrook controlador que imaginaba, el que todo el mundo teme en las reuniones. Aquí, en la claridad de la terraza, parece... humano.

—Gracias. Aunque no sé si siempre lo siento así. A veces es difícil equilibrarlo todo. La mayoría tenemos vidas muy complicadas.

—Lo imagino —responde, y su tono sugiere que lo dice en serio.

Nos quedamos en silencio con la mirada al horizonte, cada uno sumido en sus pensamientos. Es un momento extraño en el que mis nervios vuelven a aflorar. Tengo un problema que resolver y no es momento de estar tomando el aire. Reacciono también porque mi teléfono vibra con una llamada de Laura:

—Ya está la videollamada lista, Amanda.

—Gracias. Voy para allá.

—Es Laura para avisarme de que tenemos la reunión en cinco minutos —informo a Brad—. Me tengo que ir —digo, enderezándome—. ¿Te ha avisado del problema con los audiovisuales? La reunión es para buscar una solución. Voy a prepararme.

—Claro. Nos vemos dentro.

Paso por el cuarto de baño para revisar mi aspecto y veo unas ojeras que no me gustan nada. Me aplico un poco de polvos, repaso mis labios y salgo. Cuando llego a la sala de reuniones, me encuentro con Brad, que parece haber decidido aparecer justo en ese momento. Va impecable, como siempre, con un traje azul oscuro que resalta el gris acerado de sus ojos y que no vi en la terraza porque llevaba el abrigo encima. Su presencia llena la sala y, de repente, la tensión en mi pecho aumenta.

—¿Problemas? —pregunta, con autoridad, como si no se lo hubiera dicho hace unos minutos.

—Nada que no pueda resolver —respondo con firmeza, aunque por dentro mi corazón late más rápido de lo que me gustaría.

Nos sentamos frente a la pantalla mientras el gerente de la empresa audiovisual aparece en escena. Explica las opciones, los pros y contras del nuevo modelo, y responde a todas mis preguntas con paciencia. Brad, a mi lado, interviene solo para preguntar sobre los costos y garantizar que no se excedan del presupuesto y Laura toma nota de todo.

—Entonces, ¿esto asegura que el evento tendrá la misma calidad que habíamos planeado? —pregunta él, con tono firme y calmado a la vez, como alguien que está acostumbrado a negociar.

—Absolutamente, señor Westbrook. No notarán la diferencia.

—Eso espero —responde, y su mirada se encuentra con la mía por un breve instante.

Cuando la llamada termina, Brad se queda sentado mientras yo recojo mis notas.

—Buen trabajo—. Me sorprende que lo diga y una sonrisa quiere aparecer en mi cara, pero me resisto.

—Es mi trabajo, señor Westbrook... Brad —corrijo, recordando su insistencia en que no lo llame de manera formal.

—Lo sé. Y lo haces muy bien. Por eso Shannon confió en ti.

Su cumplido me desconcierta, pero trato de no mostrarlo. Me limito a asentir y mientras él se dirige hacia la puerta. Antes de salir, su voz me detiene.

—Amanda.

Me giro, esperando algo más, pero él parece dudar. Me sostiene la mirada unos segundos antes de decir:

—Gracias. Por encargarte de todo esto.

—Es mi trabajo —repito una vez más como un loro, porque no sé qué otra cosa decir. Sale de la sala y yo me quedo con la confusión revoloteando por mi estómago.

Abro el portátil para seguir trabajando y, aunque todavía siento el frío de la terraza en mi piel, una extraña calidez recorre mi interior. A la hora del almuerzo me avisan de que ha llegado Sabrina. Pasaba por la zona y ha subido a verme para invitarme a almorzar. Acepto porque necesito despejarme, y porque con ella siempre termino riéndome, incluso en los días más tensos.

—Vale, ¿qué te pasa? —pregunta de golpe mientras la camarera me sirve un poco de agua.

Nos hemos sentado en un Bistro de estilo francés que hay a dos calles de las oficinas de Westbrook Enterprises. Es pequeño y acogedor. Nos hemos pedido una ensalada y una quiche cada una que espero con ganas. Los nervios me abren el apetito.

—Nada —respondo de forma automática, pero su mirada me dice que no me cree.

—Amanda, te conozco. Estás rara. Llevas así varios días. ¿Es por la fiesta? ¿Por Tammy? ¿O por ese jefe tuyo tan guapo?

—¡Sabrina! No digas eso. Además, no es mi jefe, es mi cliente. Y no tiene nada que ver.

—Ajá. Claro. Entonces, ¿por qué te pones roja cada vez que lo menciono?

Niego con la cabeza, e intento cambiar de tema aprovechando que nos sirven la comida, pero ella insiste.

—Vamos, amiga. Sabes que me lo puedes contar. ¿Te gusta? Porque si es así, no veo el problema. Dale una alegría a ese cuerpo tuyo, ¿no?

—No es eso. Es solo que... es más complicado. Y no tiene sentido hablar de algo que no va a pasar.

—¿Por qué no? A veces las mejores cosas de la vida llegan cuando menos las esperas.

—Sabri —me acerco a ella para bajar la voz—, tengo razones para creer que es gay. Tema zanjado.

—¿Estás loca? —Suelta una carcajada que hace que nos miren de otras mesas—. No lo creo. ¿Tú lo has visto? A ese le van las almejas, cariño. Solo por cómo te miró en el club, lo tengo claro.

—En absoluto. En dos semanas que llevo viéndolo, no he visto señales ni una vez.

—Cariño, que no sea un plasta como muchos de los tíos que se te acercan, no quiere decir que le gusten los hombres. Quizá sea un tipo educado y tímido para las relaciones. Venga, si tiene un polvazo, tía. Y sé que te has dado cuenta. A mí no me engañas. Si te gusta, cuando acabe la fiesta ve a por él. No tienes nada que perder, Amanda.

Me río y le quito importancia, pero la verdad es que sus palabras se quedan conmigo incluso después de volver a la oficina. ¿Y si Sabrina tiene razón? ¿Y si estoy complicando algo que podría ser sencillo? Pero entonces recuerdo a Tammy, mi vida como madre soltera, y todas las razones por las que no puedo permitirme ningún tipo de relaciones. Mi poco tiempo libre debe ser para ella.

Esa tarde, mientras reviso los últimos detalles de la fiesta para que mi equipo sepa exactamente qué hacer los días que quedan, recibo un mensaje en mi correo. Es de Brad y solo ocupa una línea:

«Gracias de nuevo por encargarte de todo. El miércoles participaré en el ensayo general, si no hay inconveniente. Buen trabajo».

Lo leo varias veces, buscando un significado oculto que probablemente no existe. Pero la sensación que me deja es cálida, como si esa pequeña muestra de reconocimiento fuera suficiente para alimentar algo dentro de mí, que cada vez es más grande, pero que no quiero hacer nada para que crezca.

Apago el ordenador y miro por la ventana de mi despacho. La ciudad brilla con sus luces, ajena a mis dilemas. La fiesta está a la vuelta de la esquina, y debo dar lo mejor de mí, aunque ahora es tiempo de estar con mi hija.

CAPÍTULO 11

La sospecha

Brad

El martes llego temprano a la oficina, nervioso porque solo quedan tres días para la fiesta anual de la empresa y eso significa dos cosas: que debo tener todo listo para que los inversores se enamoren de mi proyecto, y que dejaré de ver a Amanda casi a diario. Desde la reunión de ayer estoy más alterado aún porque vi algo que me dejó atónito. En un momento de la reunión, Amanda se subió la manga mientras hablaba, dejando al descubierto una pequeña T tatuada en el interior de su muñeca izquierda. El mismo que llevaba la mujer del *Speed dating*. El detalle pasó desapercibido para todos menos para mí, y desde entonces, no puedo dejar de pensar en ello. Es un detalle personal, íntimo, y choca con la imagen profesional y controlada que proyecta. ¿Qué significa? ¿Puede haber dos personas con el mismo tatuaje? Podría ser una plantilla, o tener un significado que se me escapa.

Desde ese momento, no he podido dejar de pensar en ello. ¿Podría ser Amanda? Pero hay algo que no encaja: Amanda tiene una hija, y todo apunta a que está casada o tiene una relación estable. ¿Qué haría una mujer en su situación participando en algo como aquello? ¿Me equivoqué al juzgarla? ¿O hay algo más que no sé? Casi no he dormido esta noche por culpa de los nervios y de lo confundido que me tiene Amanda Hayes desde que entró en mi oficina hace dos semanas y empecé a perder el control sobre mí mismo. Algo que nunca me había ocurrido antes. Lo que sea, está ahí, llamando mi atención como un misterio que quiero resolver.

Intento enfocarme en los asuntos más urgentes, pero Amanda Hayes sigue rondando en mi mente. En nuestra reunión del lunes, su voz y su actitud transmitieron profesionalidad, pero también una energía contenida que parecía decirme que hay mucho más debajo de la superficie y que hace todo lo posible para no mostrarlo. Y la misma pregunta vuelve una y otra vez, porque no le encuentro respuesta y no me gusta tener nada fuera de control, necesito que todo tenga un porqué: ¿qué hacía en un *speed dating*? Una mujer como ella, con una hija y una vida aparentemente estable, no encaja en ese lugar. Pero la realidad es que yo tampoco encajaba, y allí estábamos los dos, si es que era ella. La contradicción me tiene al borde de la irritación.

En ese debate interno estoy, mientras reviso la presentación, cuando Laura aparece en mi despacho con noticias que me complican el día.

—Señor Westbrook, tengo dos temas que tratar con usted. Por un lado, Erika ha tenido un problema; se fue a esquiar el fin de semana y no podrá regresar hoy. La nieve ha cerrado los aeropuertos en el norte, y está atrapada. ¿Qué vamos a hacer sin jefa de protocolo cuando los inversores están a punto de llegar?

Frunzo el ceño pensando en si podré apañármelas sin ella.

—Bueno, mientras esté aquí para la fiesta y para la reunión, podremos sobrevivir. Ya es coincidencia que hayan cerrado el aeropuerto de donde sea que está —gruño las últimas palabras porque podía haber elegido otro fin de semana para hacer ese viaje.

—Bueno, es que ahora viene el segundo tema. El señor Cook y el señor Sinclair, de Cook Investors, han adelantado su visita y están aquí, en la sala de juntas. ¿Les hago pasar?

—¿Cómo? ¿Así, sin avisar?

Odio estas situaciones que escapan a mi control. Seguramente lo han hecho a propósito para ver cómo trabajamos normalmente y no durante un día preparado para dar buena imagen. Solo que en medio de la organización de la fiesta anual por San Valentín, lo que van a ver no es real. Erika es insustituible en estas situaciones en las que es crucial ser los mejores anfitriones para afianzar su confianza antes de la reunión del viernes.

—Toma asiento, por favor. Tenemos que pensar algo rápido. Primero, les haré de guía por la empresa, avisa a Jeff para que me acompañe. Por cierto, ¿les han servido café?

—Sí, ya me he encargado de eso. Les hemos llevado un desayuno completo para que elijan.

—Bien. Gracias. Reserva mesa para esta noche. Cenaremos ellos dos, Jeff y tú y... ¿quién conoces que sepa de protocolo? Necesitamos ayuda.

Laura duda un momento antes de responder.

—Podríamos preguntarle a Amanda Hayes. Llevo dos semanas trabajando mano a mano con ella y sé que es su especialidad dentro de la organización de eventos. Conoce bien el protocolo de empresa y yo creo que de todo tipo. Sí, creo que puede ser buena idea.

Mi primer instinto es rechazar la sugerencia de Laura, aunque confío en su criterio. Pero no quiero involucrar a Amanda en algo que no forma parte del contrato con Luxe Events. Por otro lado, sé que la cuenta de Westbrook es muy importante para ellos y Amanda la mejor opción. No creo que pongan problemas, aunque deba pagar un suplemento por las horas extra. Otra cosa es que ella acepte. Suspiro y acepto.

—Pídele que venga a mi despacho, por favor. Yo hablaré con ella.

Unos minutos después, Amanda entra en mi oficina. Lleva un traje oscuro de líneas grises muy finas y el pelo recogido en una coleta alta. Avanza hacia mi escritorio con pose profesional, pero puedo notar la sombra de cansancio en sus ojos.

—¿Necesitabas algo, Brad? —pregunta de forma directa y eficiente, sin dejar de mirar la tablet que lleva en la mano mientras hace *scroll* con la otra.

Le explico la situación, que necesito a alguien que sepa de protocolo hasta que vuelva Erika y la importancia de la cena de esta noche. La imagen de la empresa debe ser impecable para que opten por nuestro proyecto. Amanda mantiene una expresión neutra mientras hablo, pero cuando termino, suelta un suspiro apenas perceptible.

—Entiendo la urgencia, pero esto no estaba en mis planes. Mi prioridad es la fiesta, además, tengo una hija...

—Lo sé, y no te pediría algo así de no ser necesario. Si necesitas que hable con Shannon o

con la CEO de Luxe Events, que llame a una canguro... Lo que sea. Y, por supuesto, modificaremos el contrato para compensar este suplemento. He hablado con Laura y creemos que eres la persona que necesitamos. Solo será esta noche y si surge algo de aquí a que vuelva nuestra jefa de protocolo.

Amanda me observa en silencio durante unos segundos antes de aceptar.

—Está bien. Déjame que haga un par de llamadas. ¿A qué hora los recogemos?

—A las siete en su hotel. Te paso la dirección.

A las seis y media, el coche de la empresa recoge a Amanda en su apartamento antes de dirigirse al hotel donde se alojan los inversores. Cuando baja del coche, tengo que esforzarme para mantener la compostura. Lleva un vestido negro ajustado que roza la perfección en cada línea. Es elegante, sofisticado y discreto, y resalta su figura de una manera que me pone muy nervioso. Estoy seguro de que no se ha vestido para estar sexi, no es ese tipo de mujer, pero al menos a mí me parece muy sensual. Creo firmemente que no es necesario enseñar piel para ser sexi y eso es un don en mujeres tan elegantes como ella.

—Estás... impresionante —le alabo antes de que me dé tiempo a morderme la lengua. No quiero parecer un ligón de barra.

Amanda me mira con sorpresa, pero una leve sonrisa cruza sus labios.

—Gracias. Ya sabes que un buen protocolo necesita de elegancia y saber estar, es parte del trabajo.

Los inversores nos esperan en la entrada. Son dos hombres de mediana edad, perfectamente vestidos con trajes a medida y relojes que probablemente valen más que algunos coches. Tras los saludos de rigor, Cook y Sinclair suben al automóvil con nosotros. El trayecto al restaurante, donde nos esperan Laura y Jeff, es corto y aprovechamos para hablar de las calles de Nueva York. Amanda es buena conversadora, se nota que tiene don de gentes, y a su lado me siento como un aprendiz. Me recreo en la silueta que las luces de los comercios dibujan en su cara, miro sus manos largas y bien cuidadas, los gestos que hace con ellas al hablar, y un intenso deseo de estar a solas con ella me recorre el cuerpo como un latigazo. Cabeceo para quitarme la idea de la cabeza, aunque mi cuerpo no quiera hacerme caso.

El restaurante es uno de los más exclusivos de Manhattan. Presumen de tener una decoración moderna y minimalista que combina con la madera oscura y el mármol más tradicionales. Las luces son cálidas, para guardar la intimidad de los comensales, y tiene reservados para reuniones privadas. Nos conducen a uno de ellos que goza de unas increíbles vistas a la ciudad, y la cena transcurre sin nada destacable. Amanda maneja la conversación con una elegancia que me impresiona, haciendo que los británicos se sientan cómodos. Hablamos de restaurantes, de Londres, de viajes... Todo dentro de la cordialidad más absoluta, sin entrar en temas ni de empresa ni personales.

Sin embargo, a medida que las botellas de vino se vacían, el ambiente cambia. Me he fijado que Amanda hace como yo, solo se moja los labios con el vino para que parezca que bebe, pero no lo hace. Ninguno hemos vaciado la primera copa todavía, cuando los demás llevan varias. Los inversores empiezan a relajarse demasiado, y sus comentarios hacia Amanda y Laura se vuelven

más personales. Al principio son sutiles, pero pronto cruzan la línea hacia lo incómodo. Jeff se mantiene callado y tenso tras la mirada que le he lanzado para que no se una a los británicos. Ellas mantienen el tipo con educación, pero puedo ver la incomodidad en la postura y la tensión en sus caras.

Cuando uno de ellos se inclina demasiado hacia Amanda, y coloca una mano en el respaldo de su silla, mi paciencia se agota.

—Caballeros, creo que es hora de movernos a otro lugar. ¿Quieren tomar una copa o volver al hotel a descansar? —sugiero con tono firme.

Me arrepiento de haber dejado abiertas las opciones, porque ellos aceptan, y pronto nos dirigimos al *rooftop* de moda en Manhattan, a sugerencia de Jeff que es el que más sale de los cuatro. Es un lugar en el que el lujo se exhibe en todos los detalles, con música suave, luces tenues y vistas impresionantes de la ciudad. Desde aquí, el horizonte de Nueva York parece un mar de estrellas.

Sin embargo, la incomodidad no desaparece. Mientras hablo con Jeff, Laura y un cliente que encontramos en el lugar, noto que los inversores se han quedado a solas con Amanda. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver cómo uno de ellos intenta llevar la mano más abajo de su cintura, mientras el otro ríe algo al oído de ella demasiado cerca. Su expresión es de asco y sé que está molesta. Esto no debería pasar. ¿De qué van estos tíos? La sangre me hierve por dentro.

No lo pienso dos veces. Camino hacia ellos y me interpongo entre Amanda y los británicos.

—Creo que es hora de que terminemos la noche —digo serio, con la voz más fría de lo habitual. No evalúo si esto puede costarme que quieran invertir en mi proyecto. En este momento todo me da igual. Se están pasando. Su actitud no se puede consentir.

Amanda me mira, sorprendida, pero no dice nada. Los inversores intentan protestar, pero mi mirada los detiene. No quiero montar una escena, pero tampoco voy a permitir que sigan comportándose así.

—Acompáñame —le digo a Amanda, tomándola suavemente del brazo. Ella parece desconcertada, pero no se resiste. Me despido de los británicos y les sugiero a Jeff y a Laura que también se vayan. Como si fuera un padre, les recuerdo que nos espera tres días de mucho trabajo. Puede parecer algo estúpido por mi parte, pero son mi responsabilidad como jefe.

Cuando estamos fuera, llamo al chófer para que nos recoja. Amanda me observa con un gesto de incredulidad y enojo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunta con tono cortante, cruzándose de brazos.

—Asegurarme de que llegues a casa sin que esos idiotas sigan molestándote.

Entramos al coche, ella disgustada y yo con un fuego en el pecho que me quema. Se sienta, pone el bolso en su regazo como una protección, y se cruza de brazos de nuevo.

—Sé cuidarme sola, Brad. No necesito que vengas a rescatarme como si fuera una damisela en apuros.

—¿Seguro? Si te gusta que te acosen, vuelve con esos dos. Aunque no te estaba rescatando, solo te daba una excusa para que te pudieras deshacer de ellos. Si no era lo que querías, haberte quedado.

—¿Cómo me va a gustar que me acosen? ¡Qué estupidez es esa! Por supuesto que no. Solo digo que sé cómo espantarlos sin ser maleducada. Pero, es tu empresa, tú sabrás qué te conviene más. Me temo que has quedado mal con ellos.

—Vale, lo siento. Te pido disculpas. Cuando pasó lo de Jeff pensé que te incomodaban estas situaciones. Veo que me he equivocado contigo. Ahora entiendo...

—¿Qué entiendes?

La miro, quizá con algo de desprecio que no se merece, y señalo el tatuaje de su muñeca.

—Entiendo que estuvieras en un *speed dating*. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Amanda me mira, atónita.

—¿Perdona? —Exclama con estupor.

—Lo que has oído. No entendía que alguien como tú, con una hija, un marido, una vida estable, estuviera en un sitio como ese. ¿Necesitas buscar un hombre? ¿Tú? ¡Si se te acercan como moscas...! ¿Qué buscabas en un lugar como ese?

Su rostro pasa de la incredulidad a la furia.

—¿Eras tú? —casi grita al decirlo y yo miro de reojo al chófer; espero que no esté atento y subo la ventanilla que nos separa—. Ya sabía yo que la voz me era familiar. —Se ladea para mirarme de frente—. Algo me decía que podrías ser, pero no me cuadra que el gran Bradley Westbrook necesite ir a un sitio a ligar. ¿Lo necesitas, Brad?

—No, no lo necesito. Me hicieron una encerrona —digo en voz demasiado alta. Estoy furioso y no tengo por qué disimular. Lamento haberle hablado así, tan lejos de cómo me suelo comportar. Siento que todo está mal, que no hago más que meter la pata, y ni siquiera sé por qué me importa tanto.

—Claro que no lo necesitas. Un tipo guapo y con dinero solo va a esos sitios a burlarse de los demás, ¿no? O a cazar a pobres ingenuas... Entonces, ¿qué hacías allí, Brad? Oh, espera. ¿No será porque eres gay? ¿Es para que nadie lo sepa? Además, no entiendo por qué estás tan interesado en mi vida personal. Tú tienes tu pareja y yo tengo a mi hija.

Su respuesta me deja sin palabras. Antes de que pueda reaccionar, el coche llega, y Amanda se baja apresurada, sin decir una palabra más. Me quedo allí, con su pregunta resonando en mi cabeza y una sensación de desconcierto que me paraliza.

CAPÍTULO 12

Entre el hielo y el fuego

Amanda

El miércoles amanece con una claridad fría que se filtra por las cortinas de mi habitación. El cielo está despejado, pero la helada que cubre los cristales de la ventana anuncia que será un día gélido, de esos que calan hasta los huesos aunque lleves abrigo. Sin embargo, lo único que siento en este momento es el eco de la noche anterior.

Me despierto más cansada de lo que estaba antes de acostarme. Mi mente no deja de dar vueltas a lo ocurrido con Brad y los inversores. Su actitud protectora, que debería haberme hecho sentir segura, solo consiguió que me sintiera pequeña, como si no fuera capaz de resolver sola mis asuntos. Y luego, ese reproche absurdo en el coche sobre el *speed dating*... Lo que dijo no tiene sentido. ¿Qué más le da lo que yo haga o deje de hacer con mi vida personal? Y, sobre todo, ¿cómo se atreve a insinuar que buscaba algo estando casada? No sabe nada de mi vida y no sé cómo ha llegado a esa conclusión en un mundo lleno de familias monoparentales.

Sus palabras resuenan en mi cabeza como un tambor mientras me preparo un café, antes de levantar a Tammy para llevarla al colegio. «¿Qué buscabas en un lugar como ese?», se atrevió a preguntarme como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. Ni a una pareja le consentiría esa intromisión en mi vida. Me hierva la sangre cada vez que lo recuerdo. El Brad Westbrook que había empezado a considerar humano y complejo, se transformó en alguien irritante y controlador.

Regreso a casa después de dejar a Tammy y me siento a planificar el día. Tomo un sorbo de café y miro el reloj: las diez. He decidido trabajar desde casa hoy. No puedo enfrentarme a su presencia sin sentir que cada palabra que me diga será un recordatorio de su falta de tacto y de mi enojo. Además, le he pedido que sea Jeff quien lleve a los británicos a conocer Manhattan.

Intento concentrarme en los últimos detalles de la fiesta, pero mi cabeza me incordia tanto que decido sacar esos pensamientos para centrarme en el trabajo. Sabrina, como siempre, es mi refugio cuando necesito poner las cosas en perspectiva. La llamo, y su voz alegre me recibe al otro lado de la línea.

—Buenos días, guapa. ¿Qué tal llevas la resaca emocional de la cena? —pregunta con humor para hacerme sonreír.

—No sé ni por dónde empezar. Sabrina, fue un desastre. Los británicos se pasaron de la raya, y Brad... —Me detengo, recordando su mirada en el coche—. Brad fue un idiota, para variar.

—¿Por? ¿Qué ha pasado?

Le cuento todo, desde el momento en que se interpuso entre los británicos y yo hasta la discusión en el coche. Sabrina escucha con atención, aunque sé que está a punto de estallar con algún comentario sarcástico.

—A ver, Amanda, cariño. Tú sabes que yo siempre estoy de tu lado, pero ¿estás segura de que no te estás tomando esto demasiado a pecho? Vale, se pasó con el comentario del *speed dating*, pero no creo que lo hiciera con mala intención. Seguramente siente algo por ti y la duda le debe reblandecer el cerebro —ríe—. Y que conste que no lo defiendo, fue un estúpido, lo mires por donde lo mires; solo digo que no es para tanto que alguien se preocupe un poco por ti, cielo, no estás acostumbrada. Por cierto, que flipo que fuera él y no os dierais cuenta ninguno.

—¿Que no tuvo mala intención? Me juzgó como si tuviera derecho a opinar sobre mi vida y me trató como si le perteneciera al alejarme del *rooftop*. Además, sabía que era yo la del *speed dating* porque vio el tatuaje y no me dijo nada. ¡Y encima lo de ser gay! Me siento como una idiota por haber creído eso. Ahora no sé qué pensar de él, ni de nada.

Sabrina suelta una carcajada que me toma por sorpresa y que me contagia. La risa sin control me ayuda a relajarme y verlo todo con otra perspectiva, aunque siga mosqueada.

—Escúchame, Amanda. Ese hombre no es gay. No sé qué viste en el club, pero te aseguro que un hombre así no se queda en casa viendo *Friends* los viernes por la noche, abrazado a su chico, entre cojines rosas. ¡Si me dijiste que odia San Valentín! Y si tanto te molesta lo que dijo, ¿por qué sigues pensando en él? Porque, amiga, lo haces. Si no, no me llamarías para desahogarte.

—Dios, cómo odio que tengas razón —exclamo.

Respiro hondo y cambio de tema para dejar que este repose, aunque su risa me acompaña mucho después de colgar. Es una bocanada de aire fresco, pero no lo suficiente para despejar mi mente.

Por la tarde, decido que no puedo seguir esquivando las cosas. Hay mucho que ultimar y no puedo hacerlo todo desde casa. De hecho, un problema de última hora con las confirmaciones de los invitados me obliga a ir a las oficinas de Westbrook Enterprises. Al llegar, noto la tensión en el ambiente. La cuenta atrás para la fiesta parece haber puesto a todos en estado de alerta. Me cruzo con Laura, que me saluda rápidamente mientras carga con un montón de cajas con acreditaciones, y me doy cuenta de que en su rostro se refleja el mismo cansancio que siento yo.

—Amanda, menos mal que has venido. Brad está en su despacho y quiere que revises las últimas modificaciones del programa con él —me dice, apresurada.

—Claro —respondo con tono neutro para que no note lo poco que me apetece encontrarme con él. No tengo ganas de verle, pero tampoco quiero dar la impresión de que me afecta.

Subo al piso de dirección y camino hacia su despacho con paso firme. Al entrar, lo encuentro revisando unos papeles, con la chaqueta del traje colgada en el respaldo de la silla. Lleva la corbata ligeramente desanudada y el botón de la camisa desabrochado, dejando a la vista el inicio del pecho por el que asoma algo de vello. Es perfecto. En su cara veo que el día ya le ha pasado factura, o quizá es que no ha dormido bien, como yo. Levanta la vista al oírme entrar y me dedica una mirada impasible.

—Amanda, gracias por venir. Tenemos que hablar del protocolo de la fiesta. Hay un par de cambios que quiero asegurarnos de que estén claros.

Asiento y me acerco a la mesa, coloco mi tablet junto a los papeles que él ha desplegado con los planos de los salones. Mientras hablamos, trato de concentrarme en el trabajo, pero hay una tensión demasiado evidente entre nosotros. Su tono es cortés, casi frío, y yo me esfuerzo por mantener la misma distancia emocional. Aun así, hay momentos en los que nuestras miradas se cruzan, y siento como si el aire se volviera más denso y helado.

—¿Algo más? —pregunto cuando terminamos de revisar los puntos clave.

—Sí. Quiero que sepas que lamento lo de anoche. No debería haber dicho lo que dije en el coche. Fue inapropiado y muy extraño en mí.

Su disculpa me toma por sorpresa, pero no dejo que se note.

—Gracias por decirlo. Pero no cambia lo que pasó. Dejémoslo ahí y sigamos con lo que importa.

Él afirma con un cabeceo, pero puedo ver en su expresión que mis palabras le han afectado. Antes de que la conversación pueda continuar, Laura aparece en la puerta.

—Brad, Amanda, acaban de llegar unas cajas con regalos de empresa que no estaban en el inventario. ¿Podéis echarles un vistazo?

Ambos nos dirigimos al salón principal, donde un equipo de empleados está desempaquetando las cajas. La sala, que ya luce impresionante con las decoraciones que hemos colocado, ahora está llena de pequeños objetos que nadie esperaba. Mientras revisamos los contenidos, noto que Brad me observa de reojo. La tensión entre nosotros sigue ahí, pero algo ha cambiado. Quizás su disculpa, aunque tardía, ha empezado a romper el hielo.

—Podemos hacer un sorteo o algún juego y que esto sea el premio —sugiero tras hacer una comprobación en mi correo electrónico—. El proveedor nos lo regala.

Cuando terminamos, Laura recibe un mensaje y se aparta para atender una llamada. Me quedo a solas con Brad en el salón. Él se gira hacia mí, con una expresión que me cuesta interpretar.

—Amanda, sobre lo de anoche...

—Ya lo hemos hablado. No hace falta que lo repitas —le corto, más bruscamente de lo que pretendía.

—Solo quería decir que... no fue mi intención hacerte sentir incómoda. No sé por qué reaccioné así, pero lo lamento.

De nuevo, el silencio entre nosotros se vuelve casi insoportable. Estoy a punto de responder cuando Laura vuelve y nos interrumpe. Otra vez. No es nuevo para mí que es imposible mantener una conversación la tarde de antes de un evento. Todo el mundo tiene algo que preguntar.

—Perdón, Amanda necesitamos que alguien se encargue de recepción de invitados a falta de Erika. ¿Podemos decidir quién lo hará?

Brad y yo intercambiamos una mirada. Él da un paso hacia atrás, como cediéndome el control. Respiro hondo y tomo la decisión.

—Yo me encargo. Tú tienes otras cosas que hacer.

—Gracias, Amanda. Sé que esto no está siendo fácil, pero lo estás haciendo muy bien.

Sus palabras, aunque simples, tienen un peso que me alaga. Mientras me alejo con Laura para atender los detalles de última hora, siento que nada de lo que me está pasando es normal. No sé si es para bien o para mal, pero una cosa es segura: Brad me atrae y no sé si podré contenerme mucho más. ¿Y si Sabrina tiene razón?

Salgo de la sala de reuniones con Laura pisándome los talones y un millón de pensamientos cruzando mi mente. Cada vez que Brad me dice algo amable o me mira con esa intensidad que parece atravesarme, siento cómo las barreras que me he esforzado en construir comienzan a resquebrajarse. Es frustrante, porque sé que no puedo permitirme distraerme. Este trabajo, este proyecto, es mi prioridad absoluta para demostrar mi valía. Pero luego está él, complicándolo todo con su mera presencia.

Laura me pone al día mientras caminamos hacia la recepción, donde nos espera el personal que envía la empresa de catering para conocer el espacio y distribuirse el trabajo. Su tono es profesional, pero noto un deje de admiración cuando menciona a Brad.

—Su padre fue un jefe magnífico, pero Brad no se queda corto. Teníamos miedo porque no estaba muy apegado a la empresa antes, y nos ha sorprendido para bien. Es impresionante cómo mantiene la calma en situaciones tensas, como esta, ¿no crees? —comenta, con una sonrisa que parece buscar una respuesta específica de mi parte.

—Supongo que es parte de ser un buen líder —respondo de la manera más neutra posible—. Con la fama de obsesivo del control que tiene, no se le escapará ningún detalle.

Laura me lanza una mirada divertida, pero no insiste. Menos mal. Si supiera lo que realmente pasa por mi cabeza cada vez que lo veo, seguramente me perdería todo el respeto profesional que he logrado construir en estas semanas trabajando con ella.

Cuando llegamos a recepción, el equipo del catering, que ha llegado temprano, se mezcla con el personal de logística. El ambiente está cargado de energía, a todos se les nota el nerviosismo que precede a los grandes eventos. Me coloco junto al mostrador y empiezo a revisar la lista de personal, asegurándome de que todo esté en orden y de que tienen sus uniformes.

Poco después, siento una presencia detrás de mí. Es Brad. No necesito girarme para saberlo; su colonia amaderada y ese aire de autoridad que siempre lo acompaña lo delatan al instante.

—¿Cómo va todo por aquí? —pregunta en voz baja y con su aplomo habitual.

—Bajo control —respondo sin levantar la vista de la lista. Intento que no se me note, pero su cercanía hace que mi corazón lata demasiado rápido. Me pone muy nerviosa y no sé por qué. Soy muy buena manejando situaciones incómodas y que con esta no pueda, me enerva más aún.

—Bien. Si necesitas algo, estoy por aquí.

Asiento sin decir ni una palabra, y él se aleja. Pero no pasa mucho tiempo antes de que lo vea interactuando con algunos de los empleados, mostrando una sonrisa que rara vez dirige al personal. Es un maestro en el saber estar, y eso me hace sentir... diminuta. No porque me minimice, sino porque su presencia lo llena todo.

Unos minutos después, Laura se me acerca con un gesto de urgencia.

—Amanda, tenemos otro problema. ¿Recuerdas el británico que no puede comer nada de frutos secos ni lactosa? Pedimos para él unos dulces especiales y parece que se han equivocado. Todos llevan nueces y no tenemos alternativa.

Suspiro con hastío. No hay tiempo para quejarse; simplemente hago lo que se necesita hacer.

Brad nos mira desde lejos. Seguro que se ha dado cuenta de que algo ocurre.

—Bien, me encargaré personalmente de esto —le aseguro a Laura dando la espalda a Brad con toda mi intención. Siento su mirada en mi espalda, y una parte de mí desea volverme y decirle algo, cualquier cosa, para romper esta tensión que parece envolvernos como una tormenta que amenaza con desatarse en cualquier momento.

Voy a llamar a la pastelería que me sirve en otras ocasiones y hacer el pedido como un favor personal, cuando veo que Brad se acerca a mí. De nuevo esas mariposas en el estómago que trato de parar poniéndome la mano sobre él.

—Bien, Amanda. Quedan menos de veinticuatro horas. Me gustaría ver la decoración definitiva del salón, pero que no sea ninguna cursilada de San Valentín.

—Necesito hacer una llamada urgente. Laura te acompaña.

Me escaqueo convencida de que no le va a gustar porque le he dado un toque romántico que sé que detesta, pero es lo que toca en un día como el de mañana. La última vez que lo vio tenía menos adornos y aun así quiso eliminar algunos. Hemos acabado de decorar sin que él lo vea y ahora me asaltan las dudas sobre si mi pequeño desafío tendrá consecuencias negativas. Pero es que no me he pedido resistir. «¡Es San Valentín!», me refuerzo a mí misma. Y, si no le gusta, que celebre la fiesta anual en otra fecha. Solo espero que no le dé un síncope porque esto está que arde.

CAPÍTULO 13

Corazones en llamas

Brad

Odio San Valentín. No es ningún secreto, ni lo intento ocultar. La fiesta anual de la empresa tiene sentido para unir a los empleados y clientes, para demostrarles que Westbrook no es solo números y resultados. Lo que he visto en recepción, el equipo de catering y el resto de personal trabajando, me ha dado buena impresión. Seguro que Amanda lo está haciendo muy bien, a pesar de que me cueste reaccionar ante ella después de lo ocurrido ayer.

Le pido que me enseñe el salón principal. Por mucho que haya delegado en ella e insistido en lo que no quiero, necesito asegurarme de que no me haya organizado una fiesta de instituto llena de cursiladas. ¿Corazones rosas y purpurina? Eso es otra historia. Me lo imagino y, mientras vamos al salón principal para ver cómo avanzan los preparativos, siento que mi paciencia está al límite.

Al entrar, el impacto visual es inmediato. Globos en forma de corazón flotan en las esquinas, centros de mesa con rosas rojas y velas crean una atmósfera que algunos podrían considerar romántica, pero que a mí me parece empalagosa. Lo peor es la mesa principal, la mía, donde una enorme figura de un corazón rosa preside como si fuera el invitado de honor, mientras que pétalos de color rojo y rosa yacen esparcidos sobre el mantel blanco. Por el salón cuencos de caramelos con formas de corazón de todos los colores, nubes y dulces azucarados. Me va a subir la glucosa solo con verlo.

Me quedo paralizado. Esto no puede ser real. Respiro hondo, tratando de mantener la calma, pero cada detalle que observo me irrita más. No solo me molesta lo que veo, sino lo que significa: Amanda Hayes ha llevado esto más allá de lo que considero aceptable y ha incumplido mis normas. ¿Le di carta blanca? Creo que sí. En cualquier caso, debería haber respetado mis gustos.

Los camareros y decoradores están terminando de colocar los últimos detalles, moviéndose con una precisión casi coreografiada. Ninguno parece notar mi presencia hasta que dejo escapar un seco:

—¿Qué es esto? —grito.

El equipo se detiene. Los murmullos cesan y todos se giran hacia mí con expresiones de incertidumbre. Uno de los decoradores, un hombre de mediana edad con gafas, da un paso adelante con una sonrisa nerviosa y habla antes de que Laura, que se ha quedado muda, pueda darme una razón.

—Es la decoración final, señor Westbrook. La señorita Hayes aprobó cada detalle.

Eso lo explica todo. Amanda y su visión «profesional» de cómo debe ser esta fiesta el día de San Valentín. Respiro hondo otra vez, pero no sirve de nada. El corazón rosa de la mesa principal parece burlarse de mí.

—Todos fuera. Ahora. —Mi voz es firme, sin dejar espacio a la discusión. Los empleados intercambian miradas, dudando.

—¿Señor? —pregunta Laura, claramente confundida.

—He dicho que se vayan. Quiero hablar con Amanda Hayes. Ahora mismo.

Pasan unos segundos antes de que empiecen a recoger sus cosas. Algunos murmuran entre ellos, pero nadie se atreve a protestar. Cuando el salón queda vacío, insisto a Laura para que localice a Amanda y ella se vaya también.

—Está con una llamada —me informa—. Enseguida le digo que venga.

—Sí. Y dile que no tarde.

Amanda entra al salón unos minutos después, con paso decidido y expresión alerta. Lleva su tablet bajo el brazo, y su rostro muestra la mezcla perfecta de profesionalidad y curiosidad.

—¿Qué ocurre, Brad? Laura me dijo que querías verme aquí.

—Quiero que me expliques esto. —Hago un gesto amplio con las manos, abarcando toda la decoración.

Ella frunce el ceño, mirando a su alrededor como si buscara algún desastre.

—¿Qué pasa? Todo está según el plan que aprobaste.

—¿El plan? ¿En qué momento aprobé esto? —Mi tono es más cortante de lo que pretendo, pero no puedo evitarlo—. Corazones rosas, Amanda. ¡Corazones rosas! Esto no es lo que quiero para la fiesta.

Amanda se cruza de brazos y me enfrenta con la mirada.

—Esto es exactamente lo que pediste: una gala elegante, con un toque romántico para celebrar San Valentín. Si no te gustan los corazones rosas, podrías haberlo mencionado antes.

Su tono seguro me irrita más, pero no es solo eso. Es el recuerdo de nuestra discusión en el coche, las emociones mezcladas que siento cada vez que estoy cerca de ella. Todo se acumula en mi interior, y lo que debería ser una conversación profesional lo siento como una batalla personal.

—Lo menciono ahora porque has pasado todos los límites. Westbrook Enterprises parece una tienda de San Valentín en liquidación. ¡No puedo creer que esto sea lo que representamos como empresa! Quiero que lo cambies. Y quiero que lo hagas antes de mañana.

Amanda me mira, incrédula.

—¿Cambiarlo? ¿Estás diciendo que rehaga todo esto en menos de veinticuatro horas? ¿Sabes lo que estás pidiendo? —Su voz sube un tono, y puedo notar el enfado en sus ojos.

—Lo sé perfectamente. Pero no estoy dispuesto a comprometer la imagen de mi empresa por

esto.

—Esto no es solo tu empresa, Brad. También es mi trabajo. Y he hecho exactamente lo que Shannon y tú me pedisteis. Además, es lo que tu gente espera, lo que han tenido en fiestas anteriores. ¿Sabes lo que hice antes de empezar? Les pregunté a todos y cada uno de tus empleados, me informé y estudié lo que Shannon hizo años anteriores. Y, créeme, esto es lo que esperan en San Valentín. Si tienes algún problema, es cosa tuya, no mía.

Sus palabras son un golpe directo a mi orgullo. Doy un paso hacia ella, cerrando parte de la distancia que nos separa.

—¿Cosa mía? Amanda, esta es la empresa de mi familia y llevo en ella más tiempo que tú. No necesito que nadie me diga cómo hacerlo.

—Pues empieza a demostrarlo porque, por lo que sé, tu padre comenzó esta fiesta anual para que las personas se unieran, hablaran entre ellas y recibieran el cariño de la empresa y tú, tú no has venido a ninguna —responde, desafiante, sin retroceder ni un milímetro.

El salón queda en completo silencio. La tensión entre nosotros me empieza a afectar, siento como si el aire estuviera cargado de electricidad y el corazón me bombea en el pecho con demasiada fuerza. Estoy a punto de responder cuando, de repente, un chispazo real ilumina un rincón del salón. Ambos nos giramos hacia el origen del ruido y vemos una chispa saltar de uno de los candelabros eléctricos.

—¿Qué demonios...? —empiezo a decir, pero Amanda ya se está moviendo hacia el interruptor principal para cortar la electricidad del salón.

—No te acerques —le advierto, siguiéndola de cerca—. Podría ser peligroso.

—No voy a dejar que se incendie, o a lo mejor es lo que quieres —responde sin detenerse.

Justo antes de llegar, una chispa salta y alcanza el mantel más cercano; la llama que genera crece y el humo empieza a espesarse en el aire de una forma tan rápida que nos aturde. Mi instinto me empuja a actuar. Cojo un extintor que está junto a la entrada y corro hacia las llamas. Amanda está demasiado cerca, intentando apartar los globos para que no les alcance el fuego y lo alimente.

—¡Apártate, Amanda! —grito, con urgencia al ver que no se aleja.

Ella me lanza una mirada desafiante, como si no quisiera ceder el control, pero el calor y la intensidad del fuego finalmente la hacen retroceder. Con un movimiento rápido, descargo el polvo químico del extintor sobre las llamas, y las sofoco poco a poco. El salón se llena de humo y un silencio tenso sustituye al sonido del caos tan solo los segundos que tardan las alarmas en sonar.

Cuando todo parece bajo control, suelto el extintor y me vuelvo hacia Amanda. Ella está en el suelo, apoyada contra una mesa caída, con el rostro manchado de cenizas y los ojos brillantes de lo que podría ser miedo... o adrenalina.

—¿Estás bien? —pregunto, y me acerco en unos pocos pasos. Me agacho frente a ella, apoyando una mano en su brazo.

—Sí, creo que sí —responde, con voz vacilante. Pero su respiración está entrecortada y su pecho sube y baja rápidamente.

—Tienes que salir de aquí. Este humo no es seguro.

Intento levantarla, pero tropieza con alguno de los objetos que han caído y pierde el equilibrio. Instintivamente, la sujeto por la cintura, atrayéndola hacia mí. Su cuerpo se pega al mío, y el calor de la situación, combinado con la cercanía, hace que me sienta lejos de allí.

Estamos demasiado cerca. Puedo ver cada partícula de ceniza en su rostro, cada hebra suelta de su cabello, y siento el temblor leve de su respiración contra mi pecho. Ella levanta la cabeza, y nuestras miradas se encuentran. En su expresión veo sorpresa y vulnerabilidad y una oleada de ternura y de deseo me recorre el cuerpo.

—Gracias —murmura—. Casi me caigo, pero..., ya puedes soltarme.

—De nada —respondo lo primero que me viene a la cabeza porque estoy aturdido y no solo por el conato de incendio.

Pero es algo, lo sé. La intensidad de este momento me sacude con una fuerza inesperada, y aunque sé que debería apartarme, no puedo. Algo invisible nos mantiene en esta proximidad incómoda, íntima, como si el universo quisiera asegurarse de que ambos sintiéramos este momento.

Un ruido en el pasillo rompe el hechizo. La alarma de incendios sigue sonando y Amanda se aparta bruscamente al oír que la puerta se abre. Me levanto de inmediato, pero no antes de notar que mi mano todavía estaba en su cintura. La retiro como si me hubiera quemado, justo cuando el equipo de seguridad entra corriendo al salón.

El barullo que se forma a nuestro alrededor me recuerda de forma implacable mi fracaso en mantener el control, no solo del salón, sino de todo lo que Amanda Hayes representa en mi vida. Las luces rojas parpadean en las paredes mientras el equipo de seguridad y mantenimiento recorre el salón, ajenos a la tensión que se había instalado entre nosotros.

Uno de los guardias me aborda inmediatamente, pidiendo explicaciones, mientras Laura y la enfermera de la empresa nos atienden. Mi voz es firme mientras les explico el incidente, les aseguro que el fuego está controlado y les doy instrucciones para revisar el sistema eléctrico. Pero mi mente no está completamente en sus preguntas. Mi atención sigue atrapada en Amanda.

Ella se ha apartado unos pasos, todavía cubierta de cenizas, con el rostro ligeramente manchado de humo y los ojos brillantes por la mezcla de adrenalina. Habla con la enfermera, que la reconoce, y observo por su postura que intenta proyectar calma, aunque sus manos tiemblan ligeramente cuando las cruza frente a su cintura. Ha sido un momento intenso, peligroso y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en lo cerca que estuvimos, en el calor de su cuerpo bajo mis manos.

La enfermera se la lleva fuera, a una zona sin humo, mientras yo permanezco con los de seguridad. Les digo que no hace falta llamar a los bomberos; los chicos de mantenimiento podrán arreglarlo y que esté listo para la fiesta. Les insisto en que lo revisen todo bien para que no nos llevemos ningún susto.

Miro hacia el pasillo y observo a Amanda mientras se gira hacia la salida. Algo en mi interior se retuerce. No quiero que se vaya. No quiero que este momento termine así, pero no encuentro las palabras adecuadas para detenerla.

—Amanda... —murmuro.

La sigo con la mirada hasta que cruza el umbral de la puerta principal. Se gira un instante, y nuestras miradas se encuentran. Es un segundo apenas, pero suficiente para que sienta la intensidad de lo que acaba de pasar. Me quedo allí, anclado al suelo, con el olor a quemado todavía impregnando el aire. El equipo de seguridad sigue haciendo preguntas mientras buscan el origen de todo, pero sus palabras son un ruido de fondo. Mi mente está fija en Amanda y en el fuego, literal y figurado, que hemos compartido esta tarde.

Lo que sea que está pasando entre nosotros, es como ese incendio: intenso, impredecible y capaz de consumirlo todo si no tenemos cuidado. ¿Sentirá ella lo mismo? Si lo siente, se está conteniendo y eso solo puede significar que le va bien con su pareja. Y yo no debería hacer nada que rompa una familia feliz.

CAPÍTULO 14

En el ojo del huracán

Amanda

El día de la fiesta amanece con el cielo despejado, pero mi ánimo no está a la altura de la luz que me llega a través de las ventanas de mi cocina. Los sucesos de la tarde anterior siguen rondando en mi cabeza, desde la discusión con Brad hasta el pequeño incendio que casi arruina el salón. No puedo dejar de pensar en la intensidad del momento en que sus manos me sujetaron y nuestros cuerpos quedaron peligrosamente cerca. Pero hoy no hay espacio para distracciones emocionales: hay demasiadas cosas que hacer para que la fiesta salga perfecta.

Decido empezar la mañana trabajando desde casa para repasar el plan del día y coordinar los últimos detalles con mi equipo. Afortunadamente, las notificaciones en mi móvil me confirman que la mayoría de los proveedores ya están entregando lo necesario en Westbrook Enterprises. Respiro hondo, aliviada de que, al menos, no haya más sorpresas de última hora.

A media mañana, llego a la empresa y lo primero que hago es visitar el salón principal. Nada más entrar, noto que todo está impecable: los manteles están perfectamente planchados, las mesas brillan con la decoración recién colocada, y el suelo no muestra ni una sola señal del desastre de anoche. Me acerco a uno de los candelabros eléctricos, ahora arreglado y que funciona perfectamente. Está claro que Brad ha insistido hasta el agotamiento para que el equipo de mantenimiento y el de limpieza dejara todo en orden.

Sin embargo, algo no encaja. Algunos detalles que formaban parte del diseño original han desaparecido. Miro alrededor con el ceño fruncido: faltan varios globos con forma de corazón, los lazos rosas de las columnas han sido retirados, y hasta algunos centros de mesa son más austeros, sí, parecen menos «románticos» de lo que diseñé con la florista. La irritación y la frustración comienzan a subir por mi pecho. Noto cómo me arden las orejas y eso solo me pasa cuando estoy cabreada por algo que considero injusto o cuando, como ahora, ningunean mi trabajo. Ni Bradley Westbrook, por muy cliente mío que sea, tiene derecho a hacer eso.

Subo al despacho de Brad con pasos firmes, decidida a exigir explicaciones, sin pasar antes por Laura, a la que no se me ocurre buscar; algo me dice que la orden viene de arriba. Cuando entro, él está sentado detrás de su escritorio, con la mirada fija en la pantalla del ordenador. La chaqueta cuelga del respaldo de su silla, se ha aflojado la corbata, y su camisa blanca perfectamente planchada resalta contra el fondo oscuro del despacho.

—¿Qué ha pasado en el salón de la fiesta? —le pregunto, sin rodeos.

Brad levanta la vista, sorprendido por mi tono.

—Buenos días para ti también, Amanda —responde con calma, dejando los papeles a un lado—. ¿Te encuentras bien? Quería que te viera el médico pero...

—No estoy de humor para formalidades, Brad. ¿Por qué faltan objetos de la decoración? ¿Dónde están los globos y los lazos rosas? —insisto, cruzándome de brazos.

Él suspira y se levanta, caminando despacio hasta colocarse frente a mí. Su postura es relajada, pero hay una tensión en su mandíbula que delata su incomodidad. Se apoya en su mesa, cruzando las piernas, con una pose que hace que mis bragas quieran salir volando, antes de hablar.

—Los retiré. Era una cuestión de seguridad. No quiero que lo de anoche se repita. Todo ese material arde con nada y no me fio. Es demasiado inflamable. Ayer nos coordinamos bien y no llegó a más, gracias a que los apartaste.

—¿Seguridad? —repito, incrédula—. ¿Y no se te ocurrió consultarme antes? Soy la responsable de la organización, Brad. Esto no es solo una fiesta cualquiera, es mi trabajo y he invertido tiempo y recursos en ello.

—Y lo estás haciendo muy bien, pero soy el anfitrión de este evento, Amanda. Al final, es mi decisión elegir qué se queda y qué no. —Su tono es firme, pero no hostil.

—¡Me encargaste una fiesta de San Valentín, por el amor de dios! —replico llevando las manos a las caderas. Sigo de pie e indignada por su actitud.

—¡Si! —sube algo la voz sin perder la educación—. Pero no esperaba esto. Dije que sin cursilerías y me has llenado la empresa de...de... ¡Que parece un algodón de azúcar! Y tenemos una reputación que mantener.

Lo miro, intentando contener mi enfado. No quiero causar un enfrentamiento mayor, pero siento que lo que ha hecho es una falta de respeto hacia mi profesionalidad. Respiro hondo y opto por no seguir discutiendo. No vale la pena.

—Perfecto. Haz lo que quieras. Tú pagas, son tus empleados y tus clientes, aunque así no es como lo hacía tu padre —respondo, con el orgullo herido y me doy la vuelta para salir del despacho. Antes de cerrar la puerta, añado—. Espero que tus "ajustes" no arruinen la experiencia que esperaban tus invitados.

Camino hacia la cafetería con pasos rápidos, buscando un momento de calma antes de seguir con el día. Mientras me sirvo un café, llamo a Shannon para desahogarme.

—¿Siempre es así de... obsesivo? —le pregunto cuando contesta al segundo tono.

—¿Te refieres a Bradley Westbrook? Oh, cariño, eso es parte de su encanto. —La risa de Shannon al otro lado de la línea es cálida, pero no hace que me sienta mejor—. Su padre siempre me daba vía libre a la hora de organizar estos eventos. Pero Brad nunca venía. Le horrorizan las fiestas de este tipo.

—Bueno, está claro que San Valentín no es su tema favorito. Pero es frustrante. Intento demostrar que soy capaz de llevarlo a cabo de forma profesional, y sus manías lo hacen imposible.

—Amanda, no te lo tomes como algo personal. Bradley es... complicado. Pero créeme, si alguien puede lidiar con alguien como él, eres tú. Sé que tienes la paciencia que hace falta y que

sabes dar solución a cualquier problema que surja. Si el equipo sabe lo que tiene que hacer, y me consta que sí, todo irá bien. Da igual si hay un globo más o menos. Descansa, ponte guapa y disfruta de la noche.

Shannon intenta animarme y, aunque sus palabras me reconfortan un poco, no eliminan del todo mi irritación. Decido centrarme en lo que queda por hacer y dejo el tema de Brad en un rincón de mi mente, al menos por ahora.

Minutos después, mientras termino mi café, recibo un mensaje en mi móvil. Es de Brad. «Erika todavía no ha regresado a NY. Necesito que recibas a los inversores británicos y los lleves a comer. Llegarán en una hora. Os lo compensaré. BW».

Resoplo, dejo la taza sobre la mesa y me sirvo otro café. ¿En serio? Primero cambia la decoración y ahora esto, justo en el rato que quería ir a la peluquería para hacerme un recogido. Pero sé que no puedo negarme. Shannon tiene razón: Westbrook Enterprises es una cuenta demasiado importante como para ponerla en riesgo por mi orgullo.

Miro el reloj y empiezo a organizarme. No tengo más remedio que ser profesional, aunque el simple hecho de pensar en pasar más tiempo con Brad Westbrook hoy me cause un gran dolor de cabeza y se me quiten hasta las ganas de comer.

CAPÍTULO 15

Sombras y fuego

Brad

La noche anterior no ha sido generosa conmigo. Apenas he pegado ojo, y no por las preocupaciones habituales de la empresa. Amanda Hayes no me deja en paz ni siquiera en mis sueños. Revivo una y otra vez el momento del incendio, su cuerpo temblando bajo mis manos, el miedo y la vulnerabilidad en sus ojos. Y luego, la cercanía. Esa proximidad tan intensa que parecía capaz de borrar todo lo demás. Lo he soñado como si estuviera allí de nuevo, y cada vez que despertaba, me encontraba buscando su rostro en la penumbra de mi habitación, su tacto suave y el contorno de su cuerpo. He soñado con unos besos que nunca he tenido, con unos labios que deseo probar y con un baile unidos por nuestro sexo como si ya hubiera sido mía.

No soy así. No suelo perder el control, ni con mis emociones, ni con mis pensamientos o deseos. Mi padre me enseñó a controlarme en todos los ámbitos y eso no hizo más que aumentar mis obsesiones, mi necesidad de que nada salga del camino previamente trazado. Pero Amanda... Amanda es distinta. Su mezcla de fuerza y sensibilidad me desconcierta. No sé qué hacer con ella, y eso me pone más nervioso todavía porque es como una caja llena de sorpresas que me muero por descubrir.

Me levanto demasiado temprano, harto de dar vueltas en mi cama. A primera hora, llego a la oficina antes que nadie, decidido a retomar el control. La fiesta es esta noche y, aunque detesto San Valentín, no puedo permitir que nada salga mal. El chofer me recoge antes de lo habitual, cuando la ciudad todavía bosteza bajo el tenue amanecer de febrero. El aire es frío, seco, y tiene una calma inusual en Nueva York, justo antes de despertar por completo. Aún no hay tráfico denso, pero ya se intuyen los movimientos del día: los repartidores cargan cajas frente a las cafeterías que comienzan a encender sus luces, y algún corredor solitario cruza Central Park envuelto en bufandas.

En las esquinas, algunos puestos de flores empiezan a colocar los ramos para que los enamorados regalen en San Valentín, algo que detesto, y me ofrecen los primeros toques de color que anuncian lo que está por venir: rosas rojas y blancas que se destacan contra el gris invernal. Desde la ventanilla del coche, el *skyline* de Manhattan se perfila nítido contra un cielo despejado. Incluso en esta hora temprana, San Valentín ya asoma en la ciudad, como un murmullo que va creciendo conforme avanza la mañana. Pero para mí, es solo otro día más que sobrevivir. Me espera una jornada en la que las luces rojas y los globos en forma de corazón no logran encender ni una chispa en mi ánimo y solo acrecienta los nervios que siento en mi interior.

Al llegar, busco al jefe de mantenimiento, con quien reviso todo el salón principal. Doy

instrucciones claras para retirar cualquier elemento inflamable. No quiero más riesgos. Mientras supervisamos, observo cómo desaparecen los globos con forma de corazón, los lazos rosas y algunos adornos que, aunque no lo diría en voz alta, no encajaban con mi visión de la empresa. Aunque lo hago por el riesgo de incendio, no por deseo personal, y sé que a Amanda le va a sentar mal.

Horas después, sube a verme encendida de ira, a recriminarme lo que hemos quitado. Parece que se lo toma como algo personal y no acepta que ha sido por el riesgo de incendio. Sé que lo he gestionado mal. Quizá he sido demasiado brusco. Pero no puedo permitirme dudar ahora.

A la hora de comer, Laura me informa de que Amanda y Jeff han recogido a los inversores británicos en su hotel, como les he pedido. Nos vemos en el restaurante donde hemos reservado una mesa privada, encuentro a Amanda hablando con Cook y Sinclair, los dos británicos que, a pesar de su actitud cuestionable en la última cena, tienen el potencial de ser grandes aliados para uno de mis proyectos con Europa. Jeff escucha atentamente, e interviene de vez en cuando con comentarios ingeniosos que alivian la conversación.

Amanda está impecable, como siempre. Lleva un vestido azul marino que roza lo formal, pero que mantiene un aire de frescura. Sin embargo, hay algo en su expresión que no pasa desapercibido para mí: está cansada. Lo noto en el leve fruncimiento de su ceño, en la forma en que se frota la muñeca cuando cree que nadie la mira. Me siento culpable, aunque no lo diga. Sé que anoche la presioné demasiado.

Tomo asiento junto a ella, y el almuerzo transcurre sin incidentes. Amanda conduce la conversación con elegancia, aunque noto la tensión en sus respuestas. Los inversores parecen más contenidos esta vez, tal vez por mi presencia o porque Amanda, con su profesionalidad, marca límites sin necesidad de palabras. Por mi parte, apenas pruebo la comida. Mi atención está dividida entre el proyecto, la fiesta, los inversores y Amanda, quien parece más distante conmigo que los días anteriores.

Cuando terminamos, decido que es suficiente. No hay necesidad de alargar más la comida.

—Señores, ha sido un placer, pero creo que será mejor que les dejemos descansar un poco antes de la fiesta de esta noche. Jeff, ¿puedes acompañarlos de vuelta al hotel?

Los inversores se despiden con un apretón de manos y expresan su entusiasmo por la fiesta. Jeff los escolta, y Amanda y yo nos dirigimos al coche que nos llevará de vuelta a la oficina. El silencio en el trayecto me resulta asfixiante.

—Gracias por encargarte de ellos —rompo el hielo.

—Para eso nos pagas —responde Amanda, sin mirarme.

Su tono es cortante, pero no puedo culparla. Lo intento de nuevo.

—Sobre lo del salón... Lo siento. Sé que fui demasiado lejos. No debí tomar decisiones sin consultarte, y menos hablarte como lo hice.

Por un momento, parece que va a responder, pero se limita a asentir y mirar por la ventana. Mi frustración crece, pero me obligo a mantener la calma. Esto no es solo trabajo. Amanda merece más que mis disculpas apresuradas, pero sé que este no es el momento.

De vuelta en la empresa, revisamos juntos los últimos detalles para la gala. Laura y su equipo

están ultimando los arreglos, y el salón, aunque menos recargado que antes, está impresionante. Amanda supervisa cada aspecto con precisión, señalando pequeños cambios y asegurándose de que todo esté en su lugar. Su dedicación es evidente, y no puedo evitar admirarla.

Antes de irnos, hago un último recorrido por el salón. Amanda camina a mi lado, manteniendo una distancia prudente. Al terminar, nos detenemos junto a la entrada.

—Todo está listo —dice, con un tono neutro que no deja espacio a conversaciones personales—. ¿Quieres repasar la lista de asistentes confirmados?

Cojo la *tablet* que me tiende y me fijo sobre todo en las autoridades, los clientes y otros invitados externos a la empresa. Entonces me doy cuenta de una cosa.

—Veo que vienes sin acompañante. Imagino que tu pareja se queda con la niña.

—¿Pareja? No, te equivocas. Soy madre soltera. Bueno, ahora sí que creo que no hay nada más que hablar. Está todo preparado.

—Lo está. —Intento no mostrar cuánto me afecta su actitud distante y, más aún, la información que me acaba de proporcionar sobre ella—. Mejor será que descanses un poco. Nos vemos esta noche, Amanda.

Ella se muestra de acuerdo y se da la vuelta para irse. La observo mientras se aleja, y una sensación de vacío se instala en mi pecho por separarme de ella, aunque reconozco que el corazón ha dado un brinco al saber que no tiene pareja. Esta noche será decisiva, no solo para el proyecto, sino para mi reputación dentro de la empresa y mi obsesión por estar a la altura de mi padre. La idea de que también es decisiva para lo que sea que me atrae de Amanda, la desecho de mi cabeza porque no noto interés por su parte. Si no marcaba distancia por estar casada, como yo suponía, será porque no le gusto. Imagino que nuestra relación acabará esta noche.

CAPÍTULO 16

La magia comienza

Amanda

La noche de la fiesta ha llegado y, con ella, un revoltijo de nervios y orgullo que recorre cada fibra de mi cuerpo. He acudido temprano al salón, con una hora de antelación, para supervisar que todo esté en orden y recibir a los invitados. Mi vestido de seda azul marino, elegante y sobrio, cae hasta los tobillos. El escote en forma de corazón es discreto, las mangas largas abrazan mis brazos, y he optado por un moño bajo que es lo más rápido que me han podido hacer en la peluquería con el poco tiempo que tenía. En los labios llevo un tono burdeos que combina con el ambiente cálido del salón. Es un look que he pensado mucho porque quiero transmitir profesionalidad, sin perder el toque festivo, como exige la noche.

El salón principal está listo para brillar. Las luces cálidas y las velas en las mesas crean una atmósfera acogedora, mientras que las baladas románticas, cuidadosamente seleccionadas, llenan el ambiente con una música suave que invita a la conversación y al buen humor. Es el escenario perfecto, ni demasiado cursi ni demasiado austero, un equilibrio que refleja el espíritu de la empresa y mi dedicación. Me detengo un momento, y me permito disfrutar de la vista con orgullo: las mesas perfectamente preparadas con el catering, las copas que brillan bajo las lámparas, y la decoración impecable, aunque más escasa de lo que hubiera querido, como si el pequeño incendio de anoche nunca hubiera ocurrido. Saco el móvil para hacer fotos a todo antes de que todo se descomponga.

Los primeros en llegar son algunos empleados, que entran con miradas curiosas y ganas de pasarlo bien. Jeff y Laura están conmigo para recibir a los asistentes, mientras Shannon, impecable en un traje crema que resalta su elegancia natural, se une al equipo para asegurarse de que todo fluya. La música, basada en baladas clásicas de amor, empieza a llenar el espacio de calidez, y poco a poco, el salón comienza a cobrar vida.

Una de las azafatas de mi empresa se acerca para avisarme de que los inversores británicos han llegado. Me adelanto hacia la entrada para recibirlos. Cook y Sinclair, impecables en sus trajes oscuros, me saludan con sonrisas cordiales.

—Bienvenidos, señores. Es un placer tenerles aquí esta noche —les digo, estrechando sus manos y guiándolos hacia el área donde podrán tomar algo mientras llegan más invitados.

Mientras converso con ellos, siento que algo cambia en el ambiente. Al girarme, lo veo. Brad acaba de entrar al salón junto a su familia, y su sola presencia parece llenar el espacio. Lleva un esmoquin negro perfectamente ajustado, con un lazo que resalta su porte impecable. Aunque su expresión es seria, hay algo en su mirada que parece más humano. Sé que debajo de esa fachada

está orgulloso de la fiesta anual que hemos preparado. Se juega más de lo que dice, porque los empleados le van a comparar con su padre.

Brad saluda a todos los que se encuentra por el camino hasta llegar al pequeño estrado que hemos preparado, donde luego se colocará la orquesta, y da un breve discurso hablando de la evolución de la empresa durante el último año. Se emociona cuando nombra a su padre a quien hace un sentido homenaje. Se nota que lo admiraba y, de una forma inesperada, eso me conmueve. Al bajar, su madre y su hermana, lo abrazan. Enseguida, se dirige hacia nuestro pequeño grupo.

—Señores Cook, Sinclair, aquí está el anfitrión de la noche —digo, cediéndole el lugar.

—Bienvenidos —dice Brad con voz firme, estrechándoles las manos. Luego me dedica una mirada, que parece querer decir algo que no verbaliza, y un nudo se me instala en la boca del estómago.

Aprovecho su llegada para excusarme y dirigirme hacia mi equipo. Es el momento de iniciar los juegos que hemos preparado para romper el hielo y hacer que los empleados interactúen entre ellos. Ese era el objetivo del padre de Brad: que sus empleados fueran más que eso, que se sintieran familia.

El primer juego, «El corazón errante», ya está en marcha. A cada empleado se le entregó un pequeño corazón adhesivo al entrar. La regla es sencilla: nadie puede quedarse con su propio corazón. Tienen que entregárselo a alguien que les haya hecho un cumplido, los haya hecho reír, o simplemente les haya caído bien durante las últimas semanas. Al final de la noche, quien acumule más corazones ganará un premio especial. Las risas y los gestos tímidos empiezan a surgir mientras los corazones cambian de manos. Brad me mira con lo que creo que es un gesto divertido. ¿Conseguiré que ame esta fecha gracias a los juegos? Eso sí que sería un triunfo para mí.

En el segundo juego, «Encuentra tu pareja famosa», cada invitado lleva en la espalda el nombre de un personaje famoso de parejas icónicas, como Romeo, Julieta, Mickey o Minnie. Sin saber cuál es el suyo, deben hacer preguntas a los demás para averiguarlo y encontrar a su pareja. Las preguntas llenan la sala de un barullo incómodo, desde «¿Soy un personaje histórico?» hasta «¿Salgo en películas?». El salón se llena de risas cuando las parejas se encuentran, algunos incluso posando para hacerse fotos improvisadas. Si Brad quería que interactuaran, lo estamos consiguiendo. Veo como él y los inversores siguen con su charla desde una de las barras que rodean la sala.

El tercer juego, «La flecha del amor», tiene su propia esquina en el salón. Una diana con forma de corazón invita a los participantes a lanzar flechas de velcro. Dependiendo de dónde caigan, reciben una tarjeta con un cumplido que deben entregar inmediatamente a alguien en la fiesta. Las tarjetas van desde «Tienes una sonrisa increíble» hasta «Gracias por ser tan amable conmigo en el trabajo». Las caras se iluminan con sonrisas francas, y el ambiente se vuelve aún más cálido. Estoy disfrutando observando la reacción de cada uno. Algunos se han acercado a Brad y, ante su sorpresa, le han entregado varias tarjetas. Nuestras miradas se cruzan y me las señala agitándolas con la mano ¿Es posible que esté contento?

Mientras tanto, los camareros circulan con bandejas de canapés, tapas variadas, *finger food* y bebidas, asegurándose de que nadie se quede con las manos vacías. La música cambia a un ritmo ligeramente más animado, pero sin perder el toque romántico. Mientras superviso que todo fluya,

me permito un momento para observar. La gente ríe, conversa, se conecta. Es exactamente lo que esperaba conseguir con esta fiesta.

Entonces, lo siento de nuevo. La mirada de Brad. Está al otro lado del salón, hablando con un grupo de empleados, pero sus ojos me buscan entre la multitud. Cuando nuestras miradas se cruzan, un calor inexplicable me recorre. Aparto la vista con rapidez, y finjo estar ocupada con una bandeja de copas que pasa a mi lado, pero mi corazón late más rápido de lo que puedo controlar.

Esta noche no es como las demás. Hay algo en el aire, algo más allá de los globos y las baladas románticas. Es como si esta fiesta, con todas sus luces y la alegría de los asistentes, fuera algo más que la mayoría de los eventos que organizo. Laura me llama, porque se acerca el momento de la encerrona que los empleados han preparado para el gran Bradley Westbrook y no sabemos cómo va a reaccionar.

CAPÍTULO 17

Corazones en la pista

Brad

No soy un hombre que disfrute de los eventos sociales. Por mucho que mi apellido me obligue a aparecer en reuniones, cenas y fiestas, nunca me he sentido realmente cómodo en ellas. Siempre hay algo que me resulta frío y mecánico en las sonrisas, los apretones de manos y las conversaciones ensayadas. Pero esta noche... esta noche está siendo diferente, a pesar de que el tema me horroriza en lo más profundo de mi ser. San Valentín siempre me ha parecido de mal gusto. Y, para mi sorpresa, la diferencia tiene que ver con Amanda Hayes y la magia que ha creado. Sin duda, Shannon tenía razón al confiar plenamente en ella.

De pie, junto a una de las columnas, observo cómo la gente se ríe, habla y baila bajo las cálidas luces del salón. La música suave y las velas en las mesas crean una atmósfera casi etérea, entrañable, sin artificios. La decoración, aunque sigue teniendo más corazones de los que me gustaría, se ha equilibrado y es elegante. Ahora lo veo todo con otros ojos. Quizá porque sé el esfuerzo que Amanda ha puesto en cada detalle, o quizá porque, esta noche, todo parece tener un significado más profundo.

Mientras escucho a los inversores hablar y miro alrededor, una copa de champán se calienta en mi mano. Mi mente está demasiado ocupada para pensar en beber. Cada vez que intento concentrarme en los invitados, en los inversores o en cualquier cosa que no sea ella, mis ojos acaban buscándola. Amanda está al otro lado del salón, pendiente de que todo salga bien y sin perder detalle de los movimientos de su equipo y de las necesidades de los invitados. La perfecta anfitriona. Lleva un vestido azul marino que cae con elegancia, y resalta cada uno de sus movimientos como si estuviera diseñado especialmente para ella. El pelo recogido en un moño bajo, deja al descubierto la línea de su cuello, y el color burdeos de sus labios añade un contraste que me resulta hipnótico. No puedo evitarlo; cada vez que la miro, siento que algo en mi interior se tambalea, como si todo lo que creía seguro y estable se estuviera desmoronando.

Mis pensamientos se interrumpen cuando algunos empleados se acercan para entregarme tarjetas que han recibido durante los juegos. No esperaba recibir ninguna, y mucho menos leer frases tan sinceras: «Gracias por ser un líder que inspira, aunque no lo diga en voz alta», «Gracias por confiarme un proyecto complicado», «Gracias por tu apoyo en los momentos difíciles».

Cada tarjeta es un pequeño golpe a mi coraza. Nunca pensé que algo tan sencillo pudiera emocionarme, pero aquí estoy, con un nudo en la garganta y una sensación de gratitud que no sé cómo expresar. Sé que Amanda ha estado detrás de todo esto, que ha pensado en cada detalle

para que esta noche signifique algo más que una fiesta. La busco con la vista, y nuestras miradas se cruzan. Ella me observa desde la distancia, y aunque su expresión es profesional, hay una leve sonrisa en sus labios que me provoca una corriente de deseo que ni se imagina. Ojalá sea mutuo.

Reacciono cuando mi madre se acerca con una sonrisa llena de orgullo. Está radiante, como siempre, con su vestido crema que combina perfectamente con su porte distinguido.

—Esto es maravilloso, hijo —dice, colocando una mano en mi brazo—. Estoy segura de que tu padre estaría muy orgulloso de ti. Tanto como lo estoy yo.

Trago saliva, sintiendo el peso de esas palabras. Mi padre siempre fue un hombre de conexiones, alguien que sabía cómo unir a las personas de una manera que parecía natural. Yo nunca he tenido ese don y, esta noche más que nunca, siento su ausencia. Pero también siento algo que no esperaba: una chispa de esperanza y de confianza en que lo estoy haciendo bien o, al menos, lo mejor que sé, y ver que la gente está contenta me anima a seguir.

—Gracias, mamá —respondo, sin apartar la mirada de Amanda. Ella está hablando con Laura, moviendo las manos para explicarle algo. Cada gesto suyo parece lleno de propósito, como si incluso el aire que la rodea estuviera de acuerdo en que debe fluir a su ritmo.

De pronto, me sorprendo cuando las luces comienzan a bajar. El salón se sumerge en un murmullo de expectación, y un único foco ilumina a Rachel, nuestra empleada más veterana, quien se jubilará en unas semanas. Camina hacia mí con un ramo de rosas decorado con corazones de papel y nubes de caramelos, mientras una canción romántica suena suavemente de fondo. El momento no puede ser más cursi, pero no me siento mal.

Cuando me acerco a recibirlo, el peso del momento cae sobre mí como una losa. Rachel avanza con una mezcla de timidez y orgullo en su rostro, y cuando sus manos, algo temblorosas, me extienden el ramo, siento una punzada en el pecho.

—Señor Westbrook, esto es para usted —dice con una sonrisa emocionada—. Es un detalle que su padre solía hacer cada año, y queríamos continuar la tradición. Gracias por mantener vivo su legado.

Sus palabras resuenan en mi cabeza con una fuerza inesperada. La imagen de mi padre me llega nítida, y vuelvo a recordar cómo siempre encontraba la forma de conectar con los empleados de una manera auténtica, algo que yo nunca he sentido que lograra. Una sensación de arrepentimiento por no haber asistido a las fiestas anteriores se asienta en mi corazón. Maldito orgullo. Mis manos, acostumbradas a manejar contratos y decisiones, se sienten torpes al recibir algo tan delicado como este ramo.

—Gracias, Rachel. Gracias a todos. —Mi voz sale más grave de lo que pretendía, por culpa de la emoción que no esperaba sentir.

El tiempo parece detenerse y no sé cómo reaccionar. Siento que todos me observan mientras yo miro el ramo en mis manos, con sus colores vivos y el aroma dulce de las rosas mezclado con el de los caramelos. Siento que toda la atención del salón está sobre mí, y el calor sube por mi cuello hasta alcanzar mis mejillas. El ramo es... cursi, para qué negarlo, pero también está lleno de significado. Antes de que mi incomodidad se convierta en un desastre, mi hermana aparece como un salvavidas.

—Bradley, esto es adorable. —Su voz adolescente es tan alegre que me hace sonreír.

Toma el ramo con naturalidad y gira hacia los asistentes.

—¡Es perfecto! —dice, y el salón estalla en aplausos.

Las luces vuelven a subir, y las conversaciones alegres llenan el espacio. La música cambia a un ritmo más animado, y la gente comienza a bailar. Yo me río, incapaz de contenerme, una carcajada sanadora que asombra a los que tengo cerca. El momento, aunque inesperado, es increíble y cálido, y siento que las barreras jefe-empleado se derriban de alguna manera. Esto es lo que mi padre buscaba, que nos sintiéramos como una familia que se quiere.

Dejo la copa de champán en una mesa cercana y, sin pensarlo demasiado, me abro paso entre la multitud. Necesito encontrar a Amanda. No sé exactamente qué voy a decirle, pero no puedo dejar pasar esta noche sin hablar con ella. La encuentro junto a una de las mesas, revisando algo en su *tablet*, siempre trabajando.

—Amanda —digo, acercándome lo suficiente para que me escuche por encima de la música.

Levanta la vista, sorprendida.

—¿Brad? ¿Todo bien? ¿Algún problema?

Sonrío, mientras trato de ordenar mis pensamientos.

—Sí, perfecto. Quería darte las gracias por todo lo que has hecho esta noche. No solo por la fiesta, sino por... todo. Los juegos, las tarjetas, los detalles. Has conseguido algo que yo nunca habría logrado.

—Es mi trabajo, Brad. Pero gracias. Me alegro de que estés satisfecho.

—No, Amanda. No lo entiendes. Esto no es solo una fiesta. Quiero decir que sí, este es tu trabajo y es excelente. Pero has conseguido algo más, has logrado que me importe, que sienta algo más que indiferencia por este día. Y eso no es poca cosa.

Ella me mira y, cuando parece que va a decir algo, la música cambia y alguien pasa corriendo cerca de nosotros, rompiendo la burbuja en la que me sentía a su lado. Sin embargo, no dejo que se aleje.

—¿Me concedes un baile? —pregunto, con la voz más baja de lo habitual.

La pregunta la toma por sorpresa, pero tras un segundo de duda, contesta.

—Estoy trabajando, tengo un cliente un tanto obsesivo, no se vería bien que yo...

Sonrío por su broma, que no acaba, y la cojo de la mano sin dejar que me replique. Nos dirigimos a la pista de baile, donde las parejas se mueven al ritmo de una melodía suave. Coloco una mano en su cintura y tomo la otra con delicadeza. Su proximidad me hace olvidar todo lo demás. En ese momento, no hay fiesta, ni empleados, ni inversores. Solo estamos ella y yo, moviéndonos al ritmo de una canción que parece haber sido escrita para nosotros. Y me siento flotar. Estoy en el paraíso. Mis dedos rozan la tela suave de su vestido, y el calor de su cuerpo traspasa la distancia mínima que nos separa. Amanda levanta la mirada, y en sus ojos veo una chispa que me desafía y que me hace querer descubrir cada secreto que guarda. Este momento, aunque breve, es suficiente para darme cuenta de una cosa: estoy perdido, y todo lo que quiero está aquí, en mis brazos.

CAPÍTULO 18

Despertar inesperado

Amanda

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es un techo desconocido, elegante y minimalista, como el resto del entorno. Las sábanas son suaves, demasiado para lo que estoy acostumbrada, y el aroma que me rodea tiene un toque masculino que no es el mío. Me toma un segundo darme cuenta de dónde estoy, pero la respuesta llega como un torrente cuando giro la cabeza y lo veo. Brad está a mi lado, dormido, con el rostro relajado y el pelo ligeramente despeinado.

Un recuerdo intenso y caótico de la noche anterior golpea mi mente, y me quedo paralizada mientras las piezas encajan. Todo empezó en la pista de baile, con esa canción que parecía haber sido creada para nosotros. Nunca imaginé que aceptaría bailar con él, y mucho menos que ese momento nos llevaría hasta aquí.

Rehusé bailar porque estaba trabajando, pero él tiró de mi mano y nos incorporamos a la pista con los demás. Brad colocó su mano en mi cintura con cuidado, y nuestras miradas se cruzaron como si buscáramos alguna señal de que eso estaba bien. Pero conforme la música nos envolvía, algo cambió. Sentí cómo la presión de su mano aumentaba ligeramente, cómo su cuerpo se acercaba al mío con una naturalidad que no parecía premeditada. Mis pies se movían al ritmo de la música, pero mi mente estaba perdida en su mirada, en el calor de su proximidad, y olvidé dónde me encontraba porque solo lo sentía a él.

—Amanda... —murmuró, con una voz tan baja que apenas pude escucharla.

—¿Sí? —respondí, sintiendo que mi respiración se volvía más corta.

—¿Alguna vez has sentido que todo lo que planeas, todo lo que crees tener bajo control, se desmorona como un castillo de naipes? —Su pregunta me tomó por sorpresa.

—Más de lo que me gustaría; creo que no soy tan obsesiva del control como tú. ¿Por qué lo preguntas?

Él se detuvo un segundo, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Porque eso es lo que siento contigo. Todo lo que creía saber sobre mí mismo, sobre lo que quería, ha cambiado desde que entraste en mi despacho para sustituir a Shannon.

La música seguía, pero para mí no existía nada más que su voz y su tacto. Antes de que pudiera responder, Brad inclinó ligeramente la cabeza hacia mí, y en sus ojos vi algo que no podía negar: deseo, duda, y una sinceridad que me dejó sin aliento. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, y cuando sus labios se acercaron a los míos, reaccioné. No era lugar para un beso y

menos mientras estaba trabajando. Me separé de él, antes de que alguien pudiera vernos. Incluso me sentí mal porque no me esperaba de él que quisiera seducirme en plena fiesta. Pensé que era diferente, sobre todo por las veces que me salvó de otros hombres, y resulta que es uno más. Quizá pensó que meterse entre mis piernas era el final de fiesta ideal y que estaría incluido en el precio. Ese pensamiento me enfureció, pero disimulé.

—Esto no es profesional, Brad —dije como si tuviera el control, aunque mi voz temblaba.

—No, no lo es. Pero no puedo fingir que no quiero esto. Que no te quiero a ti.

Sus palabras me dejaron sin defensas. Sabía que estaba cruzando una línea peligrosa, y debía decidir si me importaba, porque la verdad era que a su lado me sentía completamente viva.

Me giro en la cama, observando su respirar tranquilo y sigo reviviendo la noche. Los recuerdos se suceden rápidamente: las miradas que intercambiamos durante el resto de la fiesta, la despedida de los invitados hasta que nos quedamos solos con el de seguridad que cerró detrás de nosotros, las risas nerviosas cuando dejamos la fiesta juntos, las miradas cargadas de deseo en el coche, la manera en que me ayudó a quitarme los zapatos al llegar a su apartamento. Cada detalle está impregnado de una mezcla de emoción y deseo que todavía siento en mi piel.

Recuerdo cuando llegamos a su apartamento y cerró la puerta de un portazo, dejando el bullicio de la ciudad y la fiesta atrás. El silencio era tan abrumador que casi podía oír los latidos de mi corazón. Brad se giró hacia mí, todavía con la chaqueta del esmoquin perfectamente ajustada. Sus ojos oscuros me miraron con tanta intensidad que temí desfallecer de deseo.

—¿Quieres algo de beber?

—Agua estaría bien. Con lo que hemos bebido en la fiesta es suficiente —sonrió.

Se dirigió a la cocina abierta, y me dejó sola unos segundos que aproveché para recorrer la estancia con la mirada. Vi un espacio amplio, con una pared de cristal que ofrecía una vista impresionante del *skyline* de Nueva York en la oscuridad de la noche. Las luces de la ciudad parpadeaban como estrellas artificiales, y en el centro de todo estaba él, trayéndome un vaso de agua.

—Toma. —Me lo ofreció con una sonrisa apenas perceptible.

—Gracias. —Nuestros dedos se rozaron, y un escalofrío me recorrió. Bebí un sorbo, más para ocupar mis manos que por necesidad.

Él se quedó mirándome, y sentí que su mirada me desnudaba por completo, lo que hizo que me humedeciera más de lo que ya estaba.

Avanzó un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separaba. Su proximidad hizo que me faltara el aire, pero no me moví.

—Siento que, desde el primer día, has puesto mi mundo patas arriba. Y, aunque me molestó al principio, ahora reconozco que me gusta. Sí, me vuelve loco cómo me retas, cómo no dejas que me salga con la mía, cómo haces que todo sea mejor solo con que estés cerca.

Sus palabras me derriten. Quiero responder, pero antes de que pueda decir nada, él se inclina ligeramente hacia mí. Su mano se posa en mi mejilla, y su contacto es tan suave que apenas lo siento, pero es suficiente para que mi corazón se acelere, junto con otras partes de mi cuerpo que cada vez lo reclaman más.

—Dime que no quieres esto, Amanda, y me detendré —susurró, con voz ronca y llena de emoción—. No quiero que creas que solo te deseo para una noche. Si tú o yo nos hemos confundido, no sigo.

¿En serio? No quiero una segunda versión de lo que pasó con Alex, aunque ya es diferente porque aquella vez estaba borracha. En lugar de responder, cerré los ojos y dejé que sus labios encontraran los míos. El beso comenzó con la lentitud propia de una exploración cuidadosa, pero pronto se convirtió en algo más intenso y urgente. Porque los dos nos teníamos ganas. Mis manos se deslizaron hacia su cuello, y sentí cómo me atraía hacia él, eliminando cualquier distancia entre nuestros cuerpos.

—Amanda... —murmuró contra mis labios, con la voz llena de deseo y una ternura que me hizo temblar.

De alguna manera, llegamos al sofá. Me sentó con cuidado, como si temiera romperme, y luego se arrodilló frente a mí, quitándose los tacones con una delicadeza que me sorprendió. Sus dedos rozaron mi piel, y el contacto me encendió como una chispa cuando sus manos siguieron el curso de mis piernas, por debajo de la falda, hasta llegar a mi vértice.

—Eres perfecta —dijo, mirándome como si fuera lo único que existe en el mundo.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban, pero no pude apartar la mirada de él. Nos besamos con intensidad mientras llevó las manos a la cremallera de mi vestido y la bajó. Noté cómo la tela se deslizaba despacio por mis brazos, dejando el pecho al descubierto, como una caricia. La piel se me erizó, pero enseguida la calidez de sus manos me hicieron recuperar la suavidad. Su boca encontró mis pezones que lamíó y succionó provocándome un jadeo febril y la necesidad de tenerlo dentro de mí. Nunca me habían hecho arder tan rápido y quizá fue porque llevábamos días deseando lo mismo.

Le desabroché el pantalón mientras él seguía endulzándose con mis senos, e introduje la mano dentro de su bóxer. Él me frenó. Se levantó para quitárselo y acabó de bajar mi vestido. Se sentó a mi lado y me alzó para quedarme a horcajadas sobre él. Me penetró despacio, sin dejar de mirarme, con deseo y devoción, con sus manos sobre mis caderas y las mías en el respaldo del sofá. Lo hicimos de una forma lenta, desafiándonos con la mirada, explorando nuestra intimidad con una fricción húmeda y suave. Me mordí el labio inferior y arqueé la espalda cuando aceleramos el movimiento hasta convulsionar casi a la vez. Fue sublime.

Luego me senté a su lado, él pasó un brazo alrededor de mis hombros, y me acurrucó contra su pecho. Escuchar los latidos de su corazón me calmó, y sentí que algo más profundo se despertaba dentro de mí. Sus dedos acariciaban mi brazo, enviando pequeñas descargas eléctricas por mi piel.

—¿Estás bien?

—Sí. —Levanté la vista para mirarlo, y lo vi sonreír de una forma nueva para mí y que iluminó todo su rostro—. Y pensar que creía que eras gay.

Nos besamos de nuevo después de haber soltado una carcajada provocada por mis palabras. Sus manos recorrieron mi espalda, y las mías se perdieron en su pelo. Nuestras vidas fuera de ese sofá desaparecieron, porque todo lo que importaba era ese momento. Brad me ha hecho sentir cosas que nunca creí posibles.

Tras el segundo orgasmo, entre caricias y sonrisas, nos fuimos a su habitación. La cama, grande y cubierta con sábanas de un blanco impecable, estaba lista para nosotros. Cada beso fue como un descubrimiento, un paso más hacia algo que era tan inevitable como el amanecer.

—Amanda, no quiero que esto sea solo una noche —insistió, mientras me acariciaba.

—Ni yo —respondí, con total honestidad.

Y entonces, nos entregamos el uno al otro de nuevo, sin miedos, sin dudas, bajo la luz tenue de las lámparas y con el eco lejano de la ciudad como único testigo. Fue un momento lleno de pasión, pero también de algo más profundo que sé que no voy a olvidar. Y mientras me perdía en sus brazos, en su calor, en todo lo que es él, supe que esta noche renacía la Amanda que llevaba tiempo escondida.

Ahora, mientras lo observo dormir, me doy cuenta de que todo ha cambiado. Esto no va a ser solo una aventura, ni un error como el que cometí con el padre de Tammy. Es algo más profundo, o así lo siento. Y tengo miedo de lo que pueda significar.

Brad se mueve ligeramente, y sus ojos se abren lentamente. Al verme, una sonrisa cálida, que me derrite por completo, se dibuja en su rostro.

—Buenos días —dice, con voz ronca por el sueño.

—Buenos días.

Brad se incorpora ligeramente, apoyándose en un codo, y su mirada se suaviza mientras me observa.

—¿Estás bien? —pregunta, mientras acaricia el tatuaje de mi muñeca.

Sonríó, porque no hay palabras que puedan expresar lo que siento en este momento. Estoy bien. Estoy mejor que bien. Estoy exactamente donde quiero estar.

—Brad... —empiezo, pero él me interrumpe colocando un dedo suavemente sobre mis labios.

—Déjame hablar primero. Anoche, cuando te vi llegar a la fiesta, supe que estaba perdido. No sé cómo explicarlo, pero contigo siento algo que nunca he sentido antes. Y sé que esto es complicado, pero quiero intentarlo. Quiero intentarlo contigo.

Voy a contestarle, pero una carcajada brota de mi garganta antes que las palabras. Él frunce el ceño, mosqueado por mi risa, aunque se la contagio y ríe conmigo.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo gracioso?

—Tú eres gracioso —le aseguro sin dejar de reír—. ¿Te has dado cuenta? Creo que San Valentín te ha lanzado una flecha. Has sucumbido a su magia a pesar de no soportarlo.

Me mira atónito y nos abrazamos unidos por las carcajadas que acunan nuestro corazón.

CAPÍTULO 19

Un día en Los Hamptons

Brad

Empezar el día haciendo el amor con Amanda y matarnos a risas antes de salir de la cama, es mejor que un sueño. Pero la vida sigue y, aunque preferiría quedarme todo el tiempo del mundo así con ella, las obligaciones comienzan a desfilar por mi cabeza haciéndome reaccionar. Por desgracia.

Me inclino hacia Amanda y la beso en los labios. Su boca me recibe cálida, anhelante, con el deseo renovado. Cuando nos separamos, sus labios todavía rozan los míos, y sé que podría quedarme aquí todo el día, explorando este nuevo mundo que hemos creado entre los dos.

Pero el mundo real no desaparece tan fácilmente, y una costumbre familiar me obliga a romper este momento.

—Amanda, quiero pedirte algo. —Mi tono es serio, y eso hace que ella me mire con atención—. Hoy tengo una comida en Los Hamptons con mi madre y mi hermana. Es algo que hacemos cada año después de la fiesta, para hablar de la empresa, pero también para relajarnos un poco. Me gustaría que vinieras conmigo.

La sorpresa en su rostro es evidente, y sé que no esperaba que se lo pidiera.

—Brad, no creo que sea buena idea... —empieza a decir, pero yo la interrumpo.

—Por favor. Ya las conoces, y ayer les causaste una impresión increíble. Además, no quiero dejarte ir tan pronto. Me haría feliz que compartieras este día conmigo y que conozcas la casa familiar.

Ella duda, y lo entiendo. Es una invitación personal, íntima, y no quiero presionarla. Pero cuando sonrío, sé que acepta y siento que algo dentro de mí se llena de una alegría inesperada.

—Está bien. Tienes suerte porque mi hija está hoy con su padre. La llevé ayer y no vuelve hasta el domingo. Pero necesito pasar por casa para cambiarme. No voy a ir a Los Hamptons vestida de fiesta.

—Por supuesto —respondo, y le sonrío mientras me levanto y empiezo a buscar mi ropa—. Preparamos algo de comer y me ducho mientras desayunas.

La dejo sola en la isla de la cocina, con vistas a Central Park, y un café, tostadas y fruta para desayunar. Cuando estoy listo, vamos al garaje por el ascensor interior y subimos al coche. El trayecto hacia su apartamento es tranquilo. La ciudad comienza a despertarse del letargo de la

noche más tarde de lo habitual a pesar de ser viernes. Subimos unos minutos y descubro un piso elegante, cálido y lleno de vida. Amanda se encierra en su habitación y yo aprovecho ese tiempo para reflexionar sobre lo que siento. La noche anterior fue más que un encuentro físico; fue una conexión que me ha hecho revivir. Ella ha desafiado cada una de mis reglas y de las barreras que me había autoimpuesto, y en lugar de hacerme sentir perdido, me ha dado un propósito que no había encontrado en años.

Cuando regresa, lleva un vestido blanco de corte sencillo que resalta su figura de una manera que me deja sin aliento. Se ha dejado el pelo recogido en una coleta, y sus labios tienen un brillo natural que aumenta lo mucho que deseo besarla de nuevo.

—¿Qué tal? —pregunta, girándose un poco para mostrarme el resultado—. Imposible peinarme, así que hoy con coleta.

—Estás perfecta —respondo, porque es la única palabra que me viene a la mente.

El camino hacia Los Hamptons transcurre con una calma que me resulta extrañamente placentera. Mis dedos buscan los suyos en el apoyabrazos del coche, y cuando nuestras manos se entrelazan, siento una calidez que me colma por dentro.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En ti.

Ella sonríe, y el calor que se instala en mi pecho es suficiente para hacerme olvidar cualquier preocupación.

La casa familiar nos recibe con su fachada blanca impecable y los ventanales amplios que miran al mar como si quisieran capturar cada ola en movimiento. El aire huele a salitre y a la hierba recién cortada del jardín. Es un lugar lleno de recuerdos para mí, el escenario de muchas vacaciones en familia, momentos felices de verano y también de los silencios compartidos que nos unían tras la muerte de mi padre. Pero hoy, la casa tiene un nuevo significado. Estoy aquí con Amanda, y algo en mí se llena de una emoción que no sé si es nerviosismo o alegría.

Al bajar del coche, veo que mi madre y mi hermana nos esperan en la puerta. Mi madre, con su porte elegante y su eterna sonrisa tranquila, lleva un vestido beige que resalta el brillo de su cabello canoso. Mi hermana, en cambio, viste un conjunto casual de pantalones vaqueros y una blusa azul que combina con sus ojos, pero en su rostro lleva esa expresión traviesa que la delata. Sus sonrisas al vernos juntos no dejan lugar a dudas: están curiosas, expectantes. Ni recuerdo la última vez que vine acompañado a una comida familiar, y sé que esto es todo un acontecimiento para ellas.

—¡Bradley! —exclama mi madre, abriendo los brazos mientras se acerca para darme un beso en la mejilla. Luego dirige su atención a Amanda, con una calidez que me hace sentir aliviado—. Amanda, qué alegría verte. Shannon nos habló maravillas de ti, pero viendo el éxito de la fiesta de ayer, creo que se quedó corta. Bienvenida.

—Gracias, señora Westbrook. Es un placer estar aquí —responde Amanda con esa mezcla de seguridad y dulzura que me ha conquistado.

—Llámame Eleanor, por favor. Y esta es Jess, mi hija menor. —Mi madre hace un gesto hacia mi hermana, que ya está evaluando a Amanda con una sonrisa cómplice.

—Así que tú eres la mujer que ha conseguido hacer que mi hermano baile en público. Eso es todo un logro —dice Jess, después de darle dos besos a Amanda. Sus ojos brillan con picardía cuando me mira.

Amanda ríe, algo sonrojada, pero no pierde su saber estar.

—Digamos que es muy persuasivo cuando se lo propone.

—¿Persuasivo? —replica Jess, levantando una ceja—. Eso sí que es nuevo.

Me aclaro la garganta, intentando recuperar algo de control en la conversación.

—¿Nos quedamos aquí en la puerta o vamos a entrar? —propongo, aunque en el fondo me encanta ver cómo Amanda encaja con ellas.

Mi madre sonríe y nos guía hacia el interior de la casa. La entrada está decorada con flores frescas y una luz natural que atraviesa los ventanales, y llena el espacio de una calidez acogedora. Amanda se toma un momento para admirar los detalles, y yo me permito disfrutar de su expresión, como si estuviera viendo todo con nuevos ojos.

—¿Te enseño la casa antes de que vayamos al jardín? —le pregunto, y ella acepta con entusiasmo.

La llevo por las habitaciones principales, mostrándole la sala de estar, con los enormes sofás que mi madre se empeñó en comprar, y estanterías llenas de libros antiguos, el despacho de mi padre que aún conserva su esencia, y finalmente el comedor, donde la mesa ya está preparada con manteles blancos y vajilla de porcelana.

—Es preciosa, Brad. Se nota que tiene historia —comenta Amanda mientras sus dedos rozan ligeramente la madera del respaldo de una silla.

—La tiene. Este era uno de los lugares favoritos de mi padre. Siempre decía que aquí el tiempo parecía ir más despacio.

Nos reunimos con mi madre y mi hermana en el jardín, donde una mesa auxiliar está preparada con aperitivos: queso, galletas saladas y un plato de aceitunas. Las sillas de mimbre están colocadas estratégicamente para aprovechar las vistas al mar, y el sonido de las olas acompaña la conversación. Amanda se sienta junto a mi madre, y en pocos minutos están hablando sobre la fiesta de la noche anterior.

—Fue un evento precioso. Aunque estoy segura de que Brad todavía no se ha reconciliado del todo con San Valentín —dice mi madre, lanzándome una mirada que me hace sonreír.

—Bueno, digamos que anoche fue un paso en la dirección correcta —responde Amanda, mirándome de reojo.

Jess, que está sirviendo limonada, no pierde la oportunidad de intervenir.

—¿Y cómo convenciste a mi hermano para que bailara? Porque te aseguro que eso es algo que no hace ni por dinero.

Amanda se ríe, dejando la bebida sobre la mesa.

—Te aseguro que fue él quien lo propuso. Yo solo me dejé llevar. Supongo que fue cosa de la música y el ambiente.

—No, si al final va a adorar San Valentín... —Jess se mofa de mí, pero viniendo de ella no me molesta—. Flipé con la decoración. No estábamos seguras de que Brad lo fuera a tolerar, ¿verdad, mamá?

—Bueno, ya está bien —añado, interrumpiéndola.

—Me gustaría saber por qué esa obsesión con San Valentín —sigue Amanda haciendo caso omiso de mi petición.

—¡Oh! ¿Se lo contamos? —dice mi madre con diversión.

—No —digo, aunque sé que no me van a hacer caso.

—Sííí —salta emocionada mi hermana con su energía adolescente.

—No quiero escucharlo. Me voy.

Me levanto sonriendo, le doy un beso a Amanda en la frente y las dejo cotilleando. De lejos las escucho reír y sé que le están contando lo enamorado que fui de niño. Seguro que Amanda ya sabe que era un fanático de San Valentín con diez o doce años y que regalaba lo más cursi que encontraba a las chicas que me gustaban, creyendo que les iba a encantar. Resultó que los niños se reían de mí, se burlaron y me gastaron bastantes bromas pesadas que consiguieron dos cosas: ridiculizarme ante las niñas y traumatizarme de por vida. Bueno, hasta ayer que Amanda logró que me reconciliara con esta fecha. Es curioso: el amor rescatando al amor.

Después del aperitivo, les propongo a las chicas que demos un paseo hacia la playa antes de sentarnos a comer, con Tuck, el perro de mi hermana. El sendero que lleva al mar está flanqueado por altos arbustos que crujen suavemente con el viento. Amanda camina a mi lado, Tuck correteando alrededor y Jess le tira un palo para hacerlo correr. Cuando llegamos a la orilla, Jess se adelanta para jugar con el perro, dejándonos a solas por un momento.

—Gracias por venir, Amanda. Sé que no era algo planeado, pero me alegro mucho de que estés aquí.

Ella se detiene, y se gira hacia mí con una sonrisa cálida que me dan ganas de atrapar con un beso.

—Gracias por invitarme, Brad. Esto... esto significa más de lo que crees.

El almuerzo transcurre en el comedor, con la luz del mediodía iluminando la mesa. La comida, preparada con esmero por la cocinera, es un festín delicioso, compuesto por una ensalada americana, pollo asado con verduras y arroz. Amanda conversa con mi madre sobre su trabajo, mientras Jess se divierte contando anécdotas de mi infancia que preferiría enterrar para siempre. Lo curioso es que ella no había nacido, y la mitad es inventado. Aun así, sonrío y disfruto de una sensación nueva: la calidez de mi familia y la presencia de Amanda en ella.

Mientras las observo, me doy cuenta de algo importante: quiero que Amanda forme parte de esto, no solo hoy, sino todos los días. Quiero que sea más que una aventura, más que un romance pasajero.

Cuando acabamos de comer, volvemos al jardín para tomar café. Amanda se acomoda en una de las sillas de mimbre, y yo me siento a su lado, dejando que mi mano roce la suya de forma casual. El cielo está despejado, y mientras observo el mar en calma, pienso que esto es lo que deseo en mi vida. No sé cómo lo hace, pero con una sola mirada, Amanda es capaz de hacerme

sentir cosas que no creí posibles. Es cierto que nos conocemos desde hace poco tiempo, pero ya hemos vivido momentos complicados y sé no hay nada que desee más que seguir construyendo algo real con ella.

EPÍLOGO

Un San Valentín inolvidable

Amanda

Un año. Ha pasado un año desde que organicé por primera vez la fiesta de San Valentín en Westbrook Enterprises, y todo lo que creía imposible en mi vida ha cambiado. El simple hecho de mirar a mi alrededor esta noche, de observar cómo los empleados se mueven entre la decoración romántica y los pequeños detalles que hemos diseñado con mimo, me llena de orgullo y gratitud.

El salón principal está radiante, más romántico que nunca, con luces cálidas, flores frescas y una atmósfera que invita a soñar y a creer en el amor. Globos en forma de corazón flotan delicadamente en las esquinas, y en el centro de cada mesa hay arreglos florales que Jess me ayudó a elegir hace unos días. Aunque sé que Brad sigue sin ser fanático de esta festividad, me atrevería a decir que este año la disfruta más, porque ahora significa algo completamente distinto para él. Para nosotros. Es nuestro primer aniversario y la fiesta del amor.

Mientras superviso que todo esté listo, los recuerdos de cómo llegamos hasta aquí me asaltan sin tregua. Ha sido un año de sorpresas, de aprendizaje, y de amor. Mucho amor y pasión. Tras aquella primera fiesta, pensé que sería difícil encontrar un equilibrio entre mi vida profesional, mi hija y esta nueva relación que se abría paso como una corriente imparable. Pero Brad no solo supo adaptarse, sino que también me enseñó que el amor, cuando es verdadero, no te exige ceder, sino crecer juntos.

Los recuerdos de los últimos meses aparecen en mi mente como una película mientras ajusto una de las velas que adorna el centro de una mesa. Las escapadas a los Hamptons, las cenas improvisadas en su apartamento, los momentos en los que Tammy y él construyeron una relación que me dejó sin palabras. Nunca olvidaré la primera vez que ella lo llamó «Brad» con esa confianza desenfadada de una niña feliz, o la vez que él le enseñó a montar en bicicleta sin ruedines en Central Park.

—Mamá, esto es precioso. —La voz de Tammy me saca de mis pensamientos. Está a mi lado, radiante con su vestido rosa, mirándome con ojos llenos de tanta emoción que siempre logran entermecerme.

—¿Te gusta, cariño? —le pregunto, agachándome para colocarme a su altura y arreglarle el lazo que rodea su coleta.

—Mucho. ¿Crees que Brad también está nervioso? —pregunta, bajando la voz como si fuera

un secreto.

—Brad no se pone nervioso, o eso nos quiere hacer creer. —Le guiño un ojo, y ambas reímos.

La puerta del salón se abre, y mi corazón da un vuelco al verlo entrar. Brad está impecable con su traje oscuro, como siempre, pero hay algo en su porte diferente a la fiesta de hace un año. Camina hacia mí con una seguridad tranquila que me recuerda cuánto hemos crecido juntos los últimos meses. Sus ojos me encuentran entre la multitud y esa sonrisa discreta, que le conozco tan bien, aparece en sus labios.

—Esto es increíble, Amanda. Como siempre, has superado todas mis expectativas. Eres la mejor. —Su voz baja y grave tiene un efecto inmediato en mí. Mis piernas flaquean como si fuera el primer día y un nudo se instala en mi estómago mientras el deseo me recorre como una ola que te engulle en el mar.

—Gracias. Pero no habría sido posible sin tu apoyo... Y sin tu recién estrenada tolerancia a los corazones rosas y las luces románticas.

Él me mira divertido, y su risa me envuelve como un abrazo.

—Ya, también has logrado eso. Sabes que todo es posible gracias a tu magia.

Antes de que pueda responder, su mano roza la mía y me acaricia con sensualidad. El tacto de su dedo haciendo círculos lentos sobre la palma de mi mano llega como un rayo hasta mis partes más íntimas que parecen deshacerse en su humedad. Voy a tener que apartarme de él durante la fiesta para no derretirme con su presencia.

—¿Podemos hablar un momento? Hay un problema de última hora que resolver —pregunta, alzando la voz para que nuestra próxima desaparición tenga una excusa.

Asiento con la cabeza, y él me guía hacia su despacho, lejos del bullicio que empieza a llenar el salón. El camino hasta allí lo aligera con una conversación sobre no sé qué bebida del catering que no ha llegado, pero no le hago mucho caso porque sé que miente. Cuando llegamos, cierra la puerta detrás de nosotros, y el clic del pestillo resuena en el aire como un latido más de mi propio corazón.

—¿Qué pasa, Brad? —pregunto, sintiéndome algo nerviosa por su repentina seriedad. A ver si no mentía... Esperaba un beso lujurioso, pero en lugar de eso se ha puesto serio.

Él no responde de inmediato. Me mira fijamente y, cuando me tiene al borde de un ataque de nervios, veo que avanza hacia mí, acortando la distancia hasta que apenas hay espacio entre nosotros. Sus manos encuentran mi cintura, y su mirada se clava en la mía con una intensidad que me deja sin aliento.

—Solo quería un momento contigo antes de que comience todo esto. —Su voz es un susurro que parece recorrer cada fibra de mi ser y que espanta de un plumazo todos mis nervios.

—Brad, nos van a estar buscando... —intento protestar, pero mi voz se apaga cuando sus labios rozan los míos.

El beso es lento. El paripé que ha montado desde que hemos entrado en el despacho ha servido para aplacar la urgencia. Mis manos se aferran a las solapas de su chaqueta mientras siento cómo su calor se mezcla con el mío. Todo lo demás deja de tener importancia, la fiesta, los invitados, los juegos de amor... Todo se ha quedado en el salón principal y ahora solo estamos

nosotros.

—Amanda... —murmura contra mi cuello, mientras sus manos suben por mi espalda con una caricia que me hace temblar.

—¿Sí? —Soy incapaz de formar una frase entera porque mi cuerpo grita solo lo que desea.

—Nunca pensé que algo así sería posible. No solo contigo, sino conmigo mismo. Me has hecho creer en cosas que había olvidado, en cosas que pensé que no merecía —me dice mientras acuna mi cara con sus manos sin dejar de mirarme a los ojos y a los labios.

Sus palabras me derriten, y lo único que puedo hacer es rodearlo con mis brazos y perderme en él. El resto del mundo puede esperar, porque este momento es nuestro, y no pienso dejar que nada lo interrumpa.

Andamos torpemente hacia la mesa del despacho, que ya conoce nuestras embestidas. Le abro el pantalón mientras él me sube la falda y se coloca entre mis piernas. Nos besamos con tanta avidez que las lenguas bailan a su propio ritmo aumentando las ganas que tengo de él y que manifiesto frotándome contra su dureza. Él baja su bóxer y aparta mis bragas de encaje para enterrarse en mí con un gemido que me hace feliz.

Con sus manos en la mesa y las mías en sus hombros, Brad consuma una vez más nuestra unión, empujando cada vez más como si quisiera ser uno conmigo. Sigo sus embestidas en un ir y venir constante que alcanza su climax cuando los dos gritamos de placer, ocultando nuestra voz con la música que sube desde la fiesta.

Nos quedamos abrazados unos segundos, exhaustos y plenos. Cuando nos separamos, nuestras frentes se apoyan la una contra la otra, y ambos respiramos profundamente, como si intentáramos volver a la realidad.

—Deberíamos volver antes de que alguien venga a buscarnos —digo, aunque mi cuerpo protesta ante la idea de separarme de él.

—Tienes razón. Pero prométeme algo.

—¿Qué?

—Que esta noche, cuando todo haya terminado, tendremos nuestra propia celebración. Solos tú y yo.

Sonrío, y le doy un beso suave antes de que él salga de mí y, entre risas como dos adolescentes que se han saltado una clase para besarse, vamos al aseo que tiene en el despacho a recomponernos.

—Prometido.

Mientras bajamos al salón, siento que todo lo que hemos vivido nos ha llevado hasta este momento. Esta noche no es solo una celebración de San Valentín. Es una celebración de lo que hemos construido juntos, de cómo hemos aprendido a amar no solo al otro, sino también a nosotros mismos.

Y mientras las luces de la fiesta comienzan a brillar, sé que estamos listos para todo lo que venga. Porque este amor, nuestro amor, es la magia de San Valentín que hace que todo valga la pena.



Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:



También puedes seguirme en Facebook



NO TE VAYAS TODAVÍA...

¿Conoces la Serie *Pasiones Prohibidas*?

Si tu respuesta es no, te dejo el comienzo de *Pasión en Los Angeles* para que la conozcas:

PASIÓN EN LOS ANGELES

Prólogo

Emily

Las puertas del ascensor se cierran con un suave zumbido, aislándome del bullicio del edificio y dejando que el silencio me envuelva. Siento la tensión acumulada en mis hombros, y mientras el ascensor asciende, trato de calmarme. Este es un día importante, un día en el que no puedo permitirme fallar.

El reflejo en las paredes de acero pulido me devuelve la imagen de una mujer segura de sí misma, impecablemente vestida en un traje de diseño que resalta mi figura esbelta. Dos mechones de mi cabello rubio, cuidadosamente peinado en un moño bajo, enmarcan mi cara con un toque desenfadado, y el maquillaje destaca la fuerza de mi mirada. Hoy, soy la abogada brillante, la mujer que ha trabajado incansablemente para llegar hasta donde está.

El ascensor se detiene en el piso más alto, y las puertas se abren con un suave tintineo. Respiro hondo y doy un paso adelante, entrando en el corazón del poder corporativo de Los Ángeles. Las paredes de cristal ofrecen una vista panorámica de la ciudad, y la luz del sol se filtra a través de ellas, creando un juego de sombras que recorre el suelo de mármol.

Al fondo, lo veo. Daniel Grayson está de pie junto a una ventana, con la espalda hacia mí. Su silueta, alta y poderosa, irradia una autoridad que pocos pueden igualar. Lleva un traje hecho a medida que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel, y su presencia domina la habitación, incluso sin decir una palabra.

Mis pasos resuenan en el suelo, y él se gira lentamente, con una sonrisa que no llega a sus ojos. Esa sonrisa que tantas veces he visto en las salas

de juicios, en reuniones, en cada enfrentamiento que hemos tenido. Una sonrisa que siempre he detestado.

—Emily Collins, siempre tan puntual —dice con una voz que, a pesar de su tono educado, tiene un filo que corta el aire entre nosotros.

—Daniel Grayson, siempre tan confiado —respondo, sin molestarme en ocultar el sarcasmo en mi voz.

Nos miramos durante un largo segundo, midiendo el terreno en un constante desafío. La tensión entre nosotros es lo natural, y ambos sabemos que esta reunión no es solo una cuestión de trabajo. Es una batalla, una más en nuestra larga historia de rivalidad.

—Parece que el destino sigue juntándonos, ¿no crees? —comenta, mientras se acerca a la mesa de conferencias en el centro de la sala.

—Más bien diría que es una mala broma del destino —respondo, tomando asiento frente a él—. Pero estoy lista para lo que sea que tengas preparado y lo haré con la excelencia que acostumbro.

Daniel se inclina hacia adelante, apoyando las manos en la mesa, y su sonrisa se ensancha, convirtiéndose en una mueca calculadora.

—No subestimes lo que soy capaz de hacer, Emily. Esta vez, no voy a dar tregua.

—Nunca lo haces —le devuelvo, manteniendo su mirada sin parpadear.

La puerta de la sala se abre de repente, interrumpiendo nuestro enfrentamiento silencioso. Un asistente entra con una carpeta en la mano, depositándola sobre la mesa antes de salir rápidamente. Mis ojos se deslizan hacia la carpeta, y un escalofrío recorre mi espalda al ver el nombre del caso impreso en la portada.

Este es el caso que definirá nuestras carreras. Pero lo que ninguno de los dos sabe es que, en esta partida de poder y ambición, hay mucho más en juego de lo que podemos imaginar. Y lo que está a punto de comenzar no es solo una batalla legal, sino una guerra emocional que podría destruirnos a ambos. O al menos a mí por lo que me toca del caso en lo personal.

Miro a Daniel una última vez antes de abrir la carpeta, sintiendo cómo la tensión en la sala se intensifica. Al abrirla, mis ojos se encuentran con las primeras líneas del caso, y una palabra en el documento hace que mi corazón dé un vuelco. Cierro la carpeta lentamente, controlando mi respiración.

—Empecemos —digo, aunque mis pensamientos ya están en otra parte.

Las cartas están sobre la mesa, y el juego acaba de comenzar.

Capítulo 1

Emily

El clic constante de mis tacones sobre el mármol resuena en el amplio vestíbulo de Grayson & Associates, la firma más prestigiosa de Los Ángeles. Me rodea un lujo sobrio y sofisticado, desde los paneles de madera oscura que recubren las paredes hasta las obras de arte modernas que adornan los rincones estratégicos del lugar. Es un entorno diseñado para impresionar y, sobre todo, para intimidar.

Pero nada de esto me intimida a mí.

Mi traje de chaqueta gris perla, hecho a medida, se ajusta perfectamente a mi cuerpo. Mi camisa blanca de seda cae con elegancia, y mis tacones negros añaden los centímetros que necesito para igualar, al menos físicamente, la altura de Daniel Grayson. Suelo recibir miradas de admiración cuando entro a un lugar, pero en este edificio todos parecen demasiado ocupados o demasiado acostumbrados al lujo para prestar atención. Mejor así. Hoy tengo un objetivo claro, y no es precisamente llamar la atención.

Al llegar a la sala de reuniones, las puertas de cristal se abren automáticamente, revelando un espacio amplio y luminoso. Los ventanales van del suelo al techo, ofreciendo una vista panorámica de la ciudad, con el ajetreo de Los Ángeles extendiéndose como un mar de luces y edificios bajo el cielo azul. En el centro de la sala, una mesa de conferencias de cristal impecable refleja la luz que entra por las ventanas, y las sillas de cuero negro parecen tan perfectas que casi es una pena usarlas.

Daniel ya está allí, sentado en una de las sillas de cuero como si el mundo entero le perteneciera. Lleva un traje oscuro, probablemente italiano, y una corbata azul marino que complementa a la perfección su cabello negro,

siempre peinado con una precisión casi militar. Su aspecto, como siempre, es impecable. Me mira con esa expresión suya tan característica, una mezcla de desafío y curiosidad, como si ya estuviera pensando en su próximo movimiento.

—No esperaba menos de ti, Collins —dice, mientras deja de examinar unos documentos y se inclina hacia atrás en su silla, como si nuestra reunión fuera poco más que un trámite—. Puntual como un reloj suizo.

—Y tú, como siempre, derrochando arrogancia —respondo con una sonrisa fría, mientras tomo asiento frente a él.

Nos observamos durante unos segundos que se hacen largos, midiendo nuestras fuerzas como dos depredadores que comparten el mismo territorio. Pero hoy no estoy dispuesta a dejar que Daniel se salga con la suya. Hay demasiado en juego.

Antes de que pueda decir algo, una secretaria entra en la sala con una bandeja de café. Su uniforme, impecable, y su peinado recogido en un moño perfecto, son un reflejo del ambiente de la firma: profesional, intocable. Deja la bandeja sobre la mesa con movimientos precisos, como si estuviera ejecutando una coreografía ensayada. Todo aquí está medido, cada detalle, cada gesto. Y eso incluye a Daniel.

—¿Café? —pregunta él, con esa voz suya tan controlada, mientras toma una taza y la lleva a sus labios sin esperar mi respuesta.

—No, gracias —respondo con igual cortesía, aunque lo que realmente quiero es que esta reunión comience de una vez. No estoy aquí para socializar.

El aroma del café recién hecho se mezcla con el leve olor a cuero y madera de la sala, creando una atmósfera que debería ser relajante. Pero la tensión es palpable, una cuerda invisible que se tensa más con cada segundo que pasa.

—Bien, vamos al grano —dice Daniel, dejando la taza de café en la mesa con un suave tintineo—. Este caso no es como los demás, Emily. Lo sabes, ¿verdad?

No respondo de inmediato. Sé exactamente lo que quiere decir. Este caso es diferente, no solo por lo que está en juego profesionalmente, sino por lo que representa para mí. Pero no voy a mostrarle ni una pizca de duda.

—Cada caso tiene su complejidad, Grayson —respondo, finalmente—. Y estoy más que preparada para manejarlo. ¿Tú lo estás?

Él esboza una sonrisa que no alcanza sus ojos, y siento un escalofrío recorrerme. Daniel Grayson es el tipo de hombre que disfruta con los desafíos, que se alimenta de ellos. Y sé que, para él, esta batalla es personal.

—Oh, créeme, Collins. Estoy más que preparado. De hecho, estoy deseando ver cómo intentas manejarlo —dice, con una seguridad que me pone en guardia.

Abre la carpeta que tiene frente a él y empieza a exponer los detalles del caso. Pero mientras habla, mi mente se aleja ligeramente, repasando la última vez que nos enfrentamos en un juicio. Fue una guerra de estrategias, cada uno intentando adelantarse al otro, cada mirada, cada palabra cuidadosamente medida. Daniel es meticuloso, calculador. Y hoy, más que nunca, tengo que estar a la altura.

A medida que el debate avanza, la tensión en la sala aumenta. Ambos somos conscientes de que lo que está en juego es más que un simple veredicto. Se trata de nuestra reputación, de nuestro orgullo, y quizá de algo más profundo, algo que ninguno de los dos está dispuesto a admitir.

—Así que —concluye Daniel, cerrando la carpeta y mirándome directamente a los ojos—, supongo que estás lista para perder.

—La pregunta es si tú estás preparado para enfrentarte a la realidad cuando ganemos —respondo, con una confianza que espero sea suficiente para desestabilizarlo.

Pero Daniel no se inmuta. Se inclina hacia adelante, y por un momento, nuestras caras están tan cerca que puedo oler su colonia, un aroma fresco y amaderado que parece tan peligroso como él.

—No subestimes lo que soy capaz de hacer, Emily —susurra, con una

intensidad que me hace contener la respiración—. Porque esta vez, no pienso dejar que te salgas con la tuya.

Nos quedamos así, mirándonos, midiendo nuestras fuerzas en silencio. La tensión es casi insoportable, y sé que uno de los dos va a ceder pronto. Pero no seré yo.

Antes de que pueda responder, la puerta de la sala se abre, y uno de los socios principales de la firma entra con una expresión grave.

—Grayson, Collins, hay algo que deben ver.

Nos miramos brevemente antes de seguir al socio fuera de la sala. Al entrar en la oficina, veo que hay un televisor encendido en la pared, mostrando una noticia en directo que hace que mi corazón se detenga.

Algo ha pasado, algo que podría cambiar el curso de este caso, y tal vez, de nuestras vidas.

(...)

Sigue leyendo aquí:



*Todos los derechos reservados, solo pertenecen a su autora, Scarlett Simmons

*Imagen de portada generada por IA